ÁNGEL LOMBARDI

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA

CLÍO
FUNDACIÓN Y EDICIONES

ACADEMIA DE HISTORIA DEL ESTADO ZULIA
MARACAIBO

UNIVERSIDAD DEL ZULIA

Ángel Lombardi

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA

Fundación Ediciones Clío
Academia de Historia del estado Zulia
Centro de Estudios Históricos de la Unviersidad del Zuliao

Maracaibo – Venezuela 2023

Este libro es producto de investigación desarrollado por sus autores. Fue arbitrado bajo el sistema doble ciego por expertos.

Introducción a la Historia
Ángel Lombardi (autor).

@Ediciones Clío
@Academia de Historia del estado Zulia
@Centro de Estudios Históricos de la Universidad del Zulia

Noviembre de 2023

Maracaibo, Venezuela
4ta edición
ISBN: 978-980-7984-94-2
Depósito legal: ZU2023000335

Colección *Ciencias sociales*

Diseño de portada:
Diagramación:: Julio César García Delgado

Esta obra está bajo licencia: Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Las opiniones y criterios emitidos en el presente libro son exclusiva responsabilidad de los autores

Introducción a la Historia / Ángel Lombardi (autor).
—1ra edición digital — Maracaibo (Venezuela) Fundación Ediciones Clío / Academia de Historia del estado Zulia / Centro de Estudios Históricos . 2023.
116 p.; 22,8 cm
ISBN: 978-980-7984-94-2
1. Historiografía, 2. Historia, 3. Filosofía, 4. Teoría de la Historia.

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución sin fines de lucro que procura la promoción de la Ciencia, la Cultura y la Formación Integral dirigida a grupos y colectivos de investigación. Nuestro principal objetivo es el de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural con la intención de Fomentar el desarrollo académico, mediante la creación de espacios adecuados que faciliten la promoción y divulgación de nuestros textos en formato digital. La Fundación, muy especialmente se abocará a la vigilancia de la implementación de los beneficios sociales emanados de los entes públicos y privados, asimismo, podrá realizar cualquier tipo de consorciado, alianza, convenios y acuerdos con entes privados y públicos tanto de carácter local, municipal, regional e internacional.

Introducción a la historia tiene como finalidad explorar procesos, ejemplos, metodologías y doctrinas, mostrando los límites y compromisos de la disciplina frente a la contemporaneidad. Aunque se presenta como un manual, también analiza la cultura y se conecta con disciplinas como la filosofía, sociología y antropología, enriqueciendo el diálogo y abrazando la diversidad. No se enfoca en la rigidez de la especialización, sino en la ilustración como herramienta para comprender un mundo en constante revelación y complejidad.

Atentamente;

Dr. Jorge Fymark Vidovic López
https://orcid.org/0000-0001-8148-4403
Director Editorial
https://www.edicionesclio.com/

Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia

El Fondo Editorial de la Academia de Historia del estado Zulia, busca promover las publicaciones sobre Historia local y Regional e Historia venezolana, especialmente las investigaciones que aportan conocimientos inéditos o enriquezcan la producción científica sobre distintas temáticas de la Historia.

Se persigue que la Academia de Historia del estado Zulia, genere una producción editorial propia, desarrollada fundamentalmente por historiadores, con altos niveles de calidad e innovación, tendientes a satisfacer las necesidades de acceso al conocimiento y consolidar una producción editorial para ofrecer a la colectividad en general, como aporte a sus objetivos y fines institucionales.

El proyecto nace de la confluencia de dos circunstancias que justifican su carácter netamente académico: la convicción de que todavía es posible hacer un libro de calidad, tanto en contenidos como en presentación formal, y la participación de prestigiosos historiadores en el desarrollo del proyecto a fin de garantizar un marco de seriedad y rigor científico

Juan Carlos Morales Manzur

Director del Fondo Editorial

Índice general

Prólogo **9**

Prefacio **13**

Historia/Vida **13**

¿Qué es la historia? 13

Introducción **17**

Capítulo I **21**

I. Historiador 21

Definición y problemática 21

II. Historia 23

III. La Historia: ciencias auxiliares. Relaciones con otras ciencias 27

Ciencias auxiliares y relaciones con otras ciencias 30

Capítulo II **33**

Historiografía 33

Historia de la historiografía 39

Siglo XIX 57

Siglo XX 69

Capítulo III **77**

I. Teoría de la Historia 77

Tiempo y espacio 77

Tiempo histórico 78

El espacio histórico 83
El hecho histórico 86
El problema de la verdad histórica 88
Individuo y sociedad 90
II. Metodología e investigación histórica 95
La investigación histórica 96
Operaciones historiográficas 99
III. Filosofía de la Historia 103

Epílogo: Hacia una nueva Historia 105

Bibliografía 109

Prólogo

"¿Hace falta creer en algo? ¡En nada! Es el comienzo de la sabiduría".

Gustave Flaubert a George Sand, 1871.

Introducción a la Historia es un libro progresista. Y fue escrito desde la más grande honestidad intelectual. No existe en ninguna de sus páginas la pretensión de convencer a nadie. *Introducción a la Historia* no impone sino que propone.

Agotados por una época de verdades arrogantes; de ciencias militantes del cambio social que no cambiaron nada y si lo cambiaron fue para imponerse al lado de los nuevos explotadores: la propuesta del Rector Lombardi es contraria a los universos unidimensionales.

Diríamos que se trata de una obra sólo apta para mentes abiertas en capacidad para el asombro y la reflexión crítica. El joven estudiante y el lector acucioso encontrarán una estimulante guía de aprendizajes sin etiquetas de por medio. Podrá descubrir a los autores clásicos y modernos más representativos de la ciencia histórica.

No hay en el autor ningún plan doctrinario preconcebido. Al contrario, bebe en todos los pozos y encuentra muchas virtudes en cada uno de ellos. *Introducción a la Historia* es tan fascinante porque el humanismo es una convicción que no merece ninguna promesa de fidelidad. Se asume y punto.

"*Introducción a la Historia* sin pretenderlo terminó siendo una antropología filosófica personal abrevada en la cultura contemporánea y sus raíces humanistas". Palabras textuales de su propio autor.

Introducción a la Historia tiene ya cinco reediciones: 1977, 1988, 1996, 2010 y ésta de 2023. Cada edición ha sido revisada, corregida y ampliada para ponerla a tono con el momento actual.

Su vigencia radica en sus muchos aportes en torno a la duda metódica y sobre las formas más idóneas de cómo pensar los intrincados problemas que conforman el vasto cuerpo de la ciencia histórica.

Encarar la docencia e investigación con un sentido de compromiso profesional gratificante, y hasta festivo, es una preocupación permanente en *Introducción a la Historia*. Este es un libro que se elaboró proponiendo debates y no soluciones.

Incluso, existen en el libro, las premisas sobre la imposibilidad de recuperar el pasado en el presente. Y que el epicentro del oficio del historiador son las hipótesis que nos conducen a certezas débiles y precarias. Por lo tanto, toda conclusión es provisional.

Ludwig Wittgenstein decía que como intelectual no se dejaba influir. El Rector Lombardi hace otro tanto porque es un hombre de convicciones firmes y capaces de cambiarlas también si éstas han perdido vigencia y pertinencia.

La historia es el historiador. La biografía de un autor, la pública, e incluso, hasta la privada, debería ser el espejo de una virtud consagrada al servicio del prójimo. Procurando evitar, de la mano de la suprema razón, el aniquilamiento moral dentro de la Historia de la Caída y el Pecado.

El Rector Ángel Lombardi es un líder espiritual. Hay una trama de sabiduría en cada una de las páginas de *Introducción a la Historia*. En los apartados acerca de la conceptualización de la historia, su metodología y disquisiciones teóricas y filosóficas tratadas con orden y claridad: se superpone una hermenéutica intuitiva y creativa de altos vuelos que rescata al librepensador optimista y angustiado.

Introducción a la Historia práctica la heterodoxia y eso lo hace peculiarmente atractivo. Estamos en presencia de un libro de novedades intelectuales de hondo calado porque su autor no desistió nunca de la revisión y la autocrítica.

Esta nueva edición por parte de la Editorial Clío, con base en España, ayudará a difundir aún más, un libro que en los predios de la Universidad del Zulia desde la década del 70 del siglo XX pasado hasta el día de hoy, es ya una promesa de provecho académico sin condiciones.

Las distintas generaciones de estudiantes universitarios venezolanos e hispanoamericanos aplicados en transitar los más grandes misterios que habitan en esa paradoja que llamamos: hombre. Le estamos muy agradecidos.

Angel Rafael Lombardi Boscán

Maracaibo-Noviembre, 2023

Prefacio
Historia/Vida

¿Qué es la historia?

La historia como quehacer humano acompaña a la humanidad desde sus orígenes, como reflexión e indagación se remonta a la Grecia clásica (siglos VIII a IV a.C.), y sus padres reconocidos son Hosíodo y Heródoto, especialmente este último.

Como disciplina científica se constituye en el siglo XVIII y su consolidación y auge corresponde al siglo XIX. El siglo XX ha conocido la crisis de la historia/ciencia y un nuevo renacer, expresión simbólica de lo primero es la famosa y acerba *Segunda intempestiva,* texto nietzscheano contra la historia al uso. El renacer de la historia tiene mucho que ver con el marxismo y el desarrollo de las ciencias sociales, incluyendo el psicoanálisis. El exponente más coherente y connotado de esta nueva etapa, que arbitrariamente llamamos Nueva Historia ha sido y creo sigue siendo la llamada Escuela de los *Annales.* Ésta se constituye en 1929 en torno a Lucien Febvre y Marc Bloch; sus antecedentes e influencias fueron múltiples, las más específicamente reconocidas: la Escuela de Síntesis Histórica de Henri Berr, la Nueva Historia Social y Económica con H. Pirenne y E. Labrouse a la cabeza; la Nueva Geografía de E. Recluss y Vidal de la Blanche; la Sociología durkeniana y weberiana y la Antropología de Morgan y Levy Bruhl. De esta mezcla variada y explosiva, se va a desarrollar un nuevo quehacer historiográfico, una de cuyas cumbres es la monumental obra de F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949). Verdadera síntesis teórico-metodológica de esta escuela, cuyos inicios se caracterizaron por el tono crítico y polémico de sus planteamientos, especialmente contra la historia

tradicional o historia de acontecimientos, historia superficial e ideologizada, historia de archiveros, anticuarios y aficionados. Frente a todo ello, y a la falta de contemporaneidad de los estudios históricos, surge la historia/vida. Decía Pirenne: "el historiador... un hombre que ama la vida y sabe mirarla". El historiador ni está momificado ni cultiva la ciencia de los muertos, su pasión fundamental es tratar de comprender y de comprometerse. Crítico, heterodoxo y antidogmático, su quehacer profesional se resuelve en un permanente: "plantear problemas y formular hipótesis", de allí la necesidad de reescribir permanentemente la historia, porque ésta siempre es contemporánea.

No existe la historia en abstracto ni la historiografía es neutral, lo que existen son historiadores de carne y hueso, con ideas, convicciones y prejuicios. Razón tiene Carr cuando nos dice: "si quieres saber qué es la historia comienza por estudiar al historiador. Éste tiene ideología y pertenece a una época y a una cultura determinadas. Su realidad concreta es su límite y allí están sus mejores posibilidades profesionales. Así nos exhorta L. Febvre: "entre la acción y el pensamiento no hay ningún tabique, para hacer historia volved resueltamente la espalda al pasado, vivid primero".

En la ciencia, la esencia es la imperfectibilidad.

K. Jaspers

"En el alternado predominio de la investigación documental y de la especulación teorética, el pensamiento historiográfico se inclina actualmente hacia la segunda postura. La venerable musa de la erudición datística parece ceder el campo a la reflexión conceptual, en la que los filósofos historicistas se han reservado la función normativa: Dilthey Rickert, Windelband, Croce, Ortega, Jaspers. No es extraño, pues, que en la docencia superior se haya sentido la necesidad de organizar cursos introductorios en los que se examina la problemática total de la historia".

Introducción

La historia es una disciplina llamada a cobrar una importancia creciente en nuestro medio y en el mundo de hoy; igualmente el historiador será valorizado al máximo como uno de los arquitectos fundamentales en la construcción de lo por venir y, por ende, como participante eficaz en la solución de los problemas del hombre contemporáneo.

Estas afirmaciones —que a primera vista pueden crear desconfianza viniendo de parte interesada— las fundamento en la esencia de nuestra ciencia y de nuestro quehacer profesional.

Es común precisar el concepto de historia como "el conocimiento del pasado", en donde un sujeto, el historiador, existencialmente inmerso en su tiempo y lugar, elabora un conocimiento a través del estudio de un hecho histórico concreto, delimitado en tiempo y espacio.

Siempre se entendió a la historia como la memoria de la humanidad, y al historiador su organizador y archivero.

En toda época cada sociedad valorizó al máximo esta realidad y esta misión, pues ello permitía cumplir exitosamente el proceso de identidad de los pueblos. Metodológicamente se fue definiendo la historia como la ciencia monstruo, teniendo como objeto estudiar el pasado del hombre, todo le competía y nada escapaba a sus búsquedas.

La historia siempre fue interdisciplinaria, y sus resultados, trabajo de equipos y especialistas. Precisamente ésta es la primera razón que me permite hablar de la valorización de la historia y el historiador en un mundo en que no se concibe avance científico sino como trabajo interdisciplinario de muchos especialistas.

La segunda razón que me asiste en mis afirmaciones se refiere a un nuevo concepto de historia e historiador, que día a día se afirma e insinúa la de

entender la historia como una verdadera antropología filosófica que tiene como objeto de estudio al hombre en su temporalidad tridimensional (pasado-presente-futuro) y en su universalidad, nunca tan real como en nuestros días.

Igualmente se define al historiador como un científico social integral, en el sentido de que está realmente preparado, por sus antecedentes y formación, para desenvolverse con eficacia en este mundo complejo de lo interdisciplinario y con capacidad para equilibrar el especialismo más riguroso con las generalizaciones más sistemáticas.

Desde otro punto de vista, y ya concretándonos a nuestro medio de sociedad en transición, la historia realizada, pensada y elaborada por nosotros, está llamada a contribuir poderosamente a configurarnos como pueblos con identidad consciente y a participar en esta historia, que solamente hoy adquiere veracidad y sentido universal.

El historiador nuestro, sin descuidar su formación y quehacer tradicional, así como su herencia universal, debe abocarse a un trabajo de estudio global y comprensivo del hombre de hoy que, como nunca, necesita y exige una conciencia histórica que le permita cumplir con éxito su papel de protagonista y no ser mero espectador del paso de una época histórica a otra, de una edad a otra.

El historiador y la historia tienen como misión proporcionarle al hombre de hoy, convulsionado y neurótico, la seguridad del pasado, la comprensión del presente y la fe en su destino.

Dentro de nuestra realidad, y por lo dicho hasta aquí, el aprendizaje del historiador debe realizarse esencialmente en las ciencias sociales, y la historia constituirse en vínculo fundamental de las mismas.

Un historiador sin la perspectiva de las ciencias sociales, se reduce a la mitad de sus posibilidades, ya que hoy el mayor descubrimiento es la dimensión social de lo humano. Debemos trocar la imagen de eruditos por la de científicos sociales y la historia estructuralmente comprensiva.

Estudia al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos.

E. H. Carr

Toda la historia es Historia Contemporánea.

B. Croce

Capítulo I

I. Historiador

Definición y problemática

En esta temática la primera dificultad que enfrentamos es la imprecisión del instrumental conceptual, así como la profusión de conceptos y definiciones.

Si partimos del criterio de que la realidad es parcialmente aprehensible, podemos concluir que toda definición es incompleta y hay tantas como historiadores existan.

Igualmente se puede afirmar que toda conceptualización es amplia, compleja y por ello mismo susceptible de muchos puntos de vista. La historia en una primera aproximación, se nos presenta íntimamente relacionada y encarnada en el historiador como ser humano, en afán de verdad a través de la historia, como profesional que vive una problemática permanente que amerita solución y replanteamiento sucesivo.

La primera dificultad se plantea cuando el incipiente historiador pone a prueba su vocación, aptitudes y estudios. Nada más diverso al aprendizaje recibido que el ejercicio profesional y la tímida primera investigación. Al estudiante de historia se le ha acostumbrado al fastidio de una memorización alimentada en anécdotas y datos inútiles, así como a principios repetidos pero no aprendidos. Igualmente se le ha ido cercenando y castrando el conocimiento histórico, al despojar a éste de todo contenido vital, cuando no deformándolo a través de tesis, prejuicios y filosofías extrañas. La deformación recibida se acompaña con una gran ignorancia. No se recibe la cultura general mínima, ni los rudimentos de la especialización, mucho menos las técnicas y métodos necesarios.

El historiador es aquel que, formado en lo elemental de su disciplina, está consciente de que "el mejor aprendizaje y el más útil, es y seguirá siendo la enseñanza que el mismo historiador adquiere en el curso de su estudio y de su actividad"[1], fórmula que amplía y precisa Lucien Febvre cuando exige del auténtico historiador la inmersión en la vida, la participación y el compromiso pleno con su realidad, su mundo, su tiempo. El historiador es historiador en la medida en que viva plenamente.

Esta inmersión existencial tiene que acompañarse por una vocación probada a través del entusiasmo y fraguada y puesta a prueba en la perseverancia y el método. El verdadero genio es el que más trabaja, vale decir el que más se esfuerza.

El historiador, en nuestros tiempos, vive angustiosamente la dialéctica objetividad-subjetividad; por un lado, la exigencia metodológica que permite servir a la verdad con la humildad del sabio, y por el otro, el mundo complejo de nuestros intereses, prejuicios, fanatismos y dogmas que conspiran contra la posibilidad de veracidad. Este enfrentamiento, el historiador debe vivirlo a plenitud, y hasta sus últimas consecuencias; sólo de este combate puede salir la parte de verdad que buscamos, y la mejor garantía está en la humildad sentida, aprendida y practicada que, partiendo de nuestras limitaciones, nos valoriza en la tarea emprendida y perseverada.

Este historiador, que algunos han definido como "científico social integral", en cuanto se le reconoce una importancia relevante y una misión crítica y concientizadora, se realiza y responde a las exigencias despertadas en la medida que, a través del conocimiento del pasado, contribuye a una toma de conciencia que convierta a la historia en una auténtica maestra de la vida, para evitar cometer los errores del pasado o, como precisa Barraclough, "la cuestión decisiva versó sobre lo que el historiador tiene que ofrecer a su generación... su responsabilidad primaria es la relación de su tema con los grandes problemas de la vida contemporánea... no puede dejar de presentar una visión del presente"[2].

---

1 . BAUER, W. *Introducción al estudio de la historia*. BOSCA Casa Editorial – Barcelona. 1952. p. 20.

2 BARRACLOUGH, *Geoffrey. La historia desde el mundo actual*, Editorial Gredos S.A., Madrid 1965, pp. 40-41.

II. Historia

Historia, un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado.

E. H. Carr

Si alguna palabra constituye un reto para ser definida y aprehendida en sus múltiples acepciones, esa palabra es historia, que en todas las lenguas aparece con más de un sentido.

La palabra española historia, la francesa *histoire,* la italiana *storia,* y la inglesa *history* derivan del término "historia" (en latín) y éste a su vez de *Istoria* (griego). En los textos homéricos se habla del *istor,* como el investigador, el informador. Más tarde el término designó los resultados de esa investigación y, finalmente, su exposición por escrito. W. Bauer observa que en los idiomas romances la transformación lexicográfica, partiendo de lo subjetivo, llega a lo objetivo, mientras que en la lengua alemana el proceso ha sido inverso.

En alemán se denomina a la historia, g*eschichte,* que deriva del verbo *geschehen* (suceder). Originariamente este verbo es sinónimo de *schickung y zufall* (suerte, casualidad, azar), pero en la actualidad la palabra *geschichte* tiene, lo mismo que en las demás lenguas, un doble significado; objetivamente: como lo que sucede o ha sucedido, y subjetivamente, como el conocimiento de ese suceder"[3].

Para Halkin, muy sucintamente, historia es, a la vez, realidad histórica y conocimiento histórico.

Resumiendo, pudiéramos decir que la historia, según sea el caso, significa un *acontecimiento, un suceder,* lo que ha acontecido, la suma de actos humanos de importancia social. *Un conocimiento* en la medida en que es producto de una operación intelectual que pretende establecer la veracidad del hecho histórico así como su importancia y consecuencia, cumplido lo cual es transmitido o comunicado. La historia es *consciencia* en la medida en que el conocer pasa de la inteligencia a la voluntad, a la existencia toda, informando y condicionando nuestros actos. La historia se nos convierte en maestra y guía.

3 RAMA, Carlos. *Teorías de la historia,* edit. Tecnos, Madrid, 1968. p. 52.

Pero aquí no termina el problema del sentido y significado de la palabra historia, ésta, en cada época, ha sido concebida de manera diversa —punto que desarrollaremos más adelante—; por los momentos es suficiente referirnos a ello estrictamente desde el punto de vista metodológico y de sus diversas acepciones.

No se olvide que la historia-acontecimiento es coetánea del primer ser humano, no así la historia-conocimiento, cuyo inicio se remonta a quien por esa razón ha sido llamado padre de la historia: Heródoto.

Desde éste hasta Ranke, el historiador es un observador acucioso, un verdadero cronista que cuenta y narra lo visto y lo oído, a partir del asombro que le producen las cosas nuevas y por ello mismo extraordinarias. La historia, pues, es crónica, cada vez más acuciosa y afanada de veracidad, hasta llegar a la pretensión cientificista de Ranke, quien la define como la "narración de las cosas tal como sucedieron", pretensión que choca contra la realidad compleja y múltiple y por ende inaprehensible en su esencialidad.

La historia es hoy igualmente ambiciosa, pero con pretensiones más humildes en cuanto se ha rendido a las realidades y límites metodológicos que le impone el estudio del pasado del hombre. Así pues, hemos venido hablando de *"Historia externa"*, en cuanto a aprehensión de lo más visible de la sociedad: lo político, lo militar, y lo biográfico, o bien de *"Historia interna"*, en la medida que el historiador se sumergía en las estructuras de la realidad, como el estudio de lo económico, lo social, lo cultural, lo ideológico, etc.

De allí a considerar a la historia como un estudio integral de la realidad había un solo paso si se tomaba en cuenta que el deseo de comprensión superaba la simple necesidad de descripción de la realidad. La historia integral es la resultante de esa necesidad acuciante del hombre de hoy para mejor comprenderse.

Pero en la medida en que el hombre contemporáneo se sumergía en su problemática, más impotente se sentía para conocerla, de allí surgen las llamadas "historia coyuntural" e "historia estructural", términos tomados de las ciencias sociales que jerarquizan la realidad de lo menos importante a lo más importante, objetivo, este último, que se persigue con ahínco, ya que en estas coyunturas o estructuras descansa la explicación esencial de la caótica problemática de los hechos. Una vez más, el historiador tiene que demostrar su

aptitud a través de su capacidad para discernir en toda realidad lo esencial de lo accesorio. Este discernimiento responde a la necesidad de comprender lo esencial; comprender y no juzgar es el fin de la historia, que no es un tribunal ni el historiador un juez. De allí que hablamos actualmente de una historia comprensiva, en tanto responda a una necesidad inherente a la misma historia, así como al oficio de historiador, además de presentarse como una síntesis y principio nuevo, a partir de todas las acepciones antes referidas.

En esto de las acepciones no podía faltar el elemento curioso, y ello lo aportan Azorín y Unamuno al acuñar la palabra *intrahistoria*, significando con ello la verdadera historia, la historia de las pequeñas cosas y los pequeños hechos, fortuitos y por azar, pero que a partir de los cuales se desencadenan y se explican los grandes acontecimientos de la historia; historia artificiosa que insiste en la pretensión de narrar, conocer y comprender las cosas en todas sus dimensiones, tal como ocurrieron.

Definiciones. Una buena definición debe ser precisa y concisa, afirma Huizinga, ya que se trata de aprehender en su esencialidad una realidad, un determinado fenómeno. Nosotros, en esto más escépticos y eclécticos, agregaríamos como precaución que toda definición es parcialmente verdadera y parcialmente falsa.

Si bien estamos de acuerdo con Bauer y su opinión historicista, "toda época tiene, en realidad, su modo propio y específico de concebir la naturaleza y las funciones de la historia"[4], también compartimos el punto de vista de Huizinga, de un idealismo absoluto, cuando afirma: "Si la palabra historia encierra un significado general, necesariamente tiene que ser posible definirla de modo que en la definición se exprese la concepción común a todos los tiempos"[5].

Una primera definición de mucho éxito y difusión fue la expresada por Leopoldo Von Ranke: "Narrar las cosas tal como sucedieron", expresión típica de la Ilustración y el Racionalismo, expresión de la fe ciega en la razón capaz de conocer las cosas tal como sucedieron. Imposible metodológico que el optimismo de la época no tomaba en cuenta. Definición limitada por la cultura de la época, pero que tiene el mérito, a nuestro juicio, de colocarnos frente al compromiso

4 BAUER. W. *ob. cit.* p. 8.

5 HUIZINGA J. *El concepto de la historia* y otros *ensayos.* F.C.E. México, pp. 87/98.

de todo auténtico historiador por conocer el pasado, cada vez mejor, en profundidad y superficie. Es la expresión de la voluntad de saber llevada a sus máximas consecuencias. Es la actitud existencial del Fausto que acompañó a su autor hasta el umbral de la muerte: "luz, más luz" fueron las últimas palabras de Goethe. E. Bernheirnen, en su *Tratado del método histórico y de la filosofía de la historia*, publicado en 1889, nos proporciona la siguiente definición: "Historia es la ciencia de la evolución del hombre considerado como ser social". Otra vez, el condicionamiento de la época puesto de manifiesto al tratar a la historia como una ciencia, lo que la delimita, restringe y le da el reconocimiento público que, para el momento, tenía la ciencia. Igualmente, al hablarnos de la evolución del hombre como ser social, lo que hace simplemente es expresar la fe de su generación en el progreso como ley social inexorable; igualmente expresa la creencia en el hombre social, re-descubrimiento *comtian*o muy en boga en aquel momento.

Si aplicamos el criterio de Huizinga, en esta definición se falla por defecto, ya que se pasa por alto la naturaleza permanente de la historia. En este sentido, Bauer satisface más nuestras exigencias de contenido en su definición descriptiva, aunque falla en la norma de concisión; afirma este autor: "Historia es la ciencia que intenta describir y explicar, volviendo a vivirlos, los fenómenos de la vida en aquello en que se trata de los cambios que las relaciones de los hombres con las diversas colectividades sociales llevan consigo, seleccionándolos desde el punto de vista de su influencia sobre los tiempos posteriores o con respecto a sus cualidades típicas y concentrando la atención, fundamentalmente, en aquellos cambios que no pueden volver a repetirse en el tiempo ni en el espacio"[6]. Esta definición, de enorme influencia en los historiadores posteriores, se sitúa en la posición de tratar de expresar la naturaleza permanente de la historia —a pesar de la misma opinión de Bauer antes expresada— de allí que se centre esencialmente en torno al pasado como problemática.

Huizinga, dentro de la misma tendencia de Bauer, trata de establecer una definición lo suficientemente general como para contener todo lo esencial y específico de la historia, así expresa: "Historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuentas de su pasado"[7].

6 BAUER, W. *ob. cit*. p. 38.

7 HUIZINGA, J. *ob. cit*. pp. 87/99.

La concibe como forma espiritual en cuanto actividad total del hombre para conocer y comprender su pasado a través de una cultura, ente superior y autónomo del cual participa, en función de un presente y un futuro que lo condicionan y que exigen de él participación responsable para poder avanzar.

Simplificando mucho esta tendencia llegamos al concepto de Marrou que define a la historia "como el conocimiento del pasado"[8], es decir, la actividad intelectual, expresión existencial de una necesidad personal y colectiva de conocer y comprender el pasado; conocimiento del pasado que se configura en la tarea del historiador a través de su propia persona y de su propio pensamiento; de hecho, la historia se nos presenta casi como una creación del historiador.

Sin querer abusar del número de definiciones, quisiéramos dar una última que trata de recoger, en sus líneas generales, las tendencias metodológicas últimas dentro de nuestra disciplina, así como los problemas del momento; dice así: "La historia es una disciplina dinámica con enfoques diversos y con tendencia integradora. Su objeto es el hombre - como fenómeno cultural, tomado en su totalidad y situado en tiempo y espacio— se pretende comprenderlo y explicarlo".

III. La Historia: ciencias auxiliares. Relaciones con otras ciencias

> *La historia sólo es científica gracias a la crítica histórica y a las ciencias auxiliares.*
> L. E. Halkin

Aquí, en este tema, corremos el peligro de caer en un bizantinismo más, error cometido muchas veces: entrar a discutir, afirmar o negar el carácter científico de la historia. Nos referimos a ello de una manen descriptiva y meramente a título informativo, ya que, por lo demás, compartimos el criterio de Halkin con el cual encabezamos este punto.

El complejo cientificista lo creemos superado, aunque en nuestro medio, sistemas educativos anacrónicos y mentes tradicionalistas nos lo hacen presente y de vez en cuando lo reavivan.

La historia es ciencia, sin lugar a dudas, mientras trajine un conocimiento histórico fundado en la crítica histórica y en todos aquellos métodos y

8 MARROU, H. 1. *El conocimiento histórico.* Editorial Labor S.A. Barcelona, 1968. pp. 27. (25-39).

técnicas que permiten o hacen posible la aprehensión de la porción de verdad posible.

W. Bauer inicia el estudio sistemático del problema a partir de una definición de ciencia. "La historia es una ciencia. Con arreglo a su definición, la ciencia es aquella especie de profesión intelectual que asegura los objetos de su investigación, es decir, que puede demostrar que son así y que no pueden ser de otra manera (por lo menos bajo determinadas circunstancias"[9].

Con ello cree poder probar que en la medida que la historia elabora sus aportes sustentada en documentos irrefutables, nadie puede dudar de su cientificidad. Igual expediente utiliza Carlos M. Rama al partir de una definición de ciencia tomada del diccionario de Lalande: "es el conjunto de conocimientos y de investigaciones con un grado suficiente de unidad, generalidad y susceptible de llevar a los hombres que a él se consagran a conclusiones concordantes que no resultan de convenciones arbitrarias, ni de los gustos o intereses individuales que le son comunes, sino de relaciones objetivas que se descubren gradualmente y se confirman por métodos de verificaciones definidos"[10].

A partir de ella se quiere demostrar el carácter científico de la historia, en la medida que ésta, en su funcionamiento, se ajusta a la definición.

Otros han llegado, casi siempre no Historiadores como apunta Bauer, a formular la cientificidad de la historia en la medida que ésta sea capaz de formular leyes históricas. Expediente peligroso que indefectiblemente terminaba en sistemas y visiones de la historia que utilizaban a ésta como materia prima a ser manipulada, y en la práctica entorpecían su desenvolvimiento, así como levantaban escepticismo y prejuicios mayores en el campo de los indiferentes o adversarios de la historia.

Estos autores, más que aportar demostraciones convincentes en torno al carácter científico de la historia, lo que lograran fue desarrollar la filosofía de la historia, tema a ser tratado en otro capítulo.

En una visión esquemática —y siguiendo a Bauer sobre este problema— podemos referir las diferentes posiciones en torno al tema:

9 BAUER, W. *ob. cit*. p. 43.

10 RAMA, Carlos M. *ob. clt*. p. 35.

1. Los que niegan, en general, la calidad científica y la utilidad del conocimiento histórico: D'alembert, Schopenhauer, Nordau...
2. La historia, no siendo una ciencia, es útil a pesar de esto: Aristóteles, Gervinius, Lessing...
3. La historia es un arte y es una ciencia: L. Von Werke...
4. Los que niegan el carácter científico de la historia anterior, pero quieren elevarla a ciencia en su práctica contemporánea a través de mejores y nuevos métodos: Bourdeaur, Comte...
5. Aquellos que consideran científica solamente una parte de la historia: Harnack, Meyer...
6. Los defensores de la calidad científica de la historia: Droysen, Berheim, Windelband, Rickert...

Dentro de estos últimos hay que colocar a los nuevos historiadores, los que empiezan a sentir, a partir de 1920 aproximadamente, que ya sin necesidad de entrar a discutir y reivindicar el carácter científico de la historia, lo dan por sentado, pero a partir de la utilización de ciertos instrumentos: la crítica histórica, las ciencias auxiliares y, en general, el uso de una metodología inobjetable.

Para nosotros, herederos de este proceso, sin necesidad de entrar a discutir el carácter científico de la historia, en una época en que todo tiende a ser cuestionado, todas las ciencias han sido procesadas en un intento de redefinición y renovación. En el caso de nuestra disciplina creemos importante acentuar su cientificidad, más que en ella misma en el historiador; al fin y al cabo quien hace posible la ciencia es el hombre, en la actitud de éste radica el verdadero sentido científico de las cosas, en la medida en que no pierda su capacidad de asombro, curiosidad y búsqueda, de saber preguntarse, de saber buscar respuestas y, por ello mismo, saber de sus limitaciones así como de su imposibilidad metodológica de aprehender toda la verdad. El verdadero sabio es aquel que cree y practica la humildad porque sabe de sus limitaciones e ignorancia, sabe que no hay un final para sus afanes, búsquedas y preguntas, que todo fin es un nuevo comienzo de un proceso que nunca termina y que siempre excede en mucho nuestras capacidades, nuestra propia existencia; el tiempo y las capacidades del hombre son ínfimos

comparados con el tiempo y la magnitud de los problemas a los cuales se ve enfrentado, y a pesar de ello todo esfuerzo y búsqueda se justifican y son necesarios porque nosotros mismos, más que individuos somos personas, esto es, humanidad, en toda la plenitud y consecuencias del término.

Ciencias auxiliares y relaciones con otras ciencias

> *A favor de un diálogo de la historia y las ciencias humanas, el historiador se impondría realizar una consulta que agrupara al conjunto de las ciencias del hombre, tanto las tradicionales como las más modernas, desde el filósofo al demógrafo y al estadístico.*
>
> F. Braudel

Tema de importancia capital; casi la justificación misma de la historia hoy, tal como lo indica Halkin al plantear el carácter científico de la historia en la medida que utiliza las llamadas ciencias auxiliares y la crítica histórica.

Éste es un punto que normalmente desagrada a los no historiadores, y no les falta razón, pues en tanto que se pudiera entender una subordinación de las llamadas ciencias auxiliares con respecto a la historia, cuando poseen la misma jerarquía o una jerarquía mayor para sus cultores, para quien la ciencia auxiliar sería la historia y no a la inversa.

De allí que, en afán de justicia y cortesía, preferimos utilizar el concepto empleado por Braudel para definir esta problemática: un diálogo necesario de la historia con otras ciencias que, a la par que rompe el súper especialismo empobrecedor, enriquece a la historia y viceversa, al posibilitarle el conocimiento de la realidad en su totalidad e integridad que, de otra manera, le estaría vedado y con ello estaría condenada a una permanente insuficiencia y miopía realmente peligrosa para el éxito y futuro de la disciplina.

Tiene que buscarse un diálogo permanente e irlo renovando de acuerdo con las circunstancias y problemas específicos. Para garantizarlo, todo auténtico diálogo tiene que realizarse en un nivel de igualdad y respeto absolutos; ni la historia invadir predios ajenos, ni éstos usurpar territorios propios del conocimiento histórico. El mejor diálogo se garantiza en función de la exacta delimitación de campos, funciones y objetivos de las ciencias participantes.

Tal como afirma Halkin, el número de las ciencias auxiliares, así como su jerarquía e importancia, es variable; de allí la inutilidad de pretender jerar-

quizarlas o limitar su número; nosotros renunciaremos a hacerlo.

Una clasificación, con las limitaciones que tiene toda clasificación, nos permitiría establecer las siguientes listas:

- Ciencias auxiliares específicas o particulares en función del estudio documental y crítico, así corno de las fuentes no escritas: paleografía, filología, diplomática, arqueología, cronología, heráldica, numismática, epigrafía, sigilografía, toponimia, antroponimia...
- Ciencias auxiliares, generales, sociales o humanas en función del estudio integral de la realidad y de la necesidad global de comprenderla: geografía, economía, estadística, demografía, sociología, política, filosofía, psicología, antropología...

La relación o diálogo entre la historia y las demás ciencias necesarias se irá dando de acuerdo con el problema que se esté estudiando, de allí que unas veces utilizará unas y en ocasiones otras. Es indiscutible la importancia de las ciencias del primer grupo para épocas o períodos remotos, mientras que son imprescindibles las ciencias del segundo grupo para estudiar épocas y períodos más recientes. Con esto simplemente queremos destacar ciertas particularidades ya que de antemano sabemos que cualquiera de las ciencias y técnicas nombradas son susceptibles de ser empleadas por el historiador en cualquier circunstancia, pues sólo dependerá del problema que éste tenga entre manos y las dificultades metodológicas y de comprensión que encuentre.

A título demostrativo, sin intención jerarquizadora a continuación vamos a ejemplificar algunas de estas relaciones.

Toda historia necesita situarse en el tiempo y en el espacio, el hombre es hijo de la tierra y como tal, sus relaciones con ella son decisivas para comprenderlo. La geografía y las geografías le son indispensables al historiador. Igualmente es necesario conocer su número y evolución (demografía) así como sus relaciones de producción y modos de producir (economía) y organizarse y funcionar en sociedad (sociología y política). En fin, podemos concluir diciendo que, sin las ciencias auxiliares, la historia no sólo sería huérfana, sino posiblemente no hubiera nacido; por lo menos, no se hubiera desarrollado ni alcanzado la importancia y el predicamento que hoy tiene.

Capítulo II

Historiografía

Adentrarnos en la historiografía es intentar aprehender la más compleja y vasta temática de toda la ciencia de la historia; de hecho, por sí sola constituye la mejor introducción al estudio de la historia. De allí la enorme laguna que, en la formación histórica, tenemos en Venezuela todos aquellos que de una u otra manera nos vinculamos con esta disciplina, dada la poca importancia y el escaso desarrollo que ha tenido entre nosotros.

El tratamiento que ha tenido la historiografía nos permite distinguir dos tendencias: una que la entiende como una historia de la historiografía: el estudio de los diversos autores y sus obras; mientras la otra la enfoca esencialmente como una historia de la historia, como se han pensado y entendido la historia y sus problemas esenciales; en el primer grupo tendríamos que situar —entre los más conocidos— a F. Wagner y E. Fueter; en el segundo: E. Khaler, B. Croce y A. Toynbee.

Para los primeros, la historiografía tiene un comienzo preciso; mientras que para los segundos, la historia existe antes que se la comience a conocer y se confunde, en la práctica, con la historia del pensamiento y de la filosofía, como es el caso de Croce: "La historia, como la filosofía, no tiene un comienzo histórico, sino tan solo ideal o metafísico, en tanto actividad del pensamiento que está fuera del tiempo". O como la entiende Toynbee: "Las experiencias históricas... son análogas a las experiencias por las que nosotros mismos estamos pasando... reflexiones de mentes humanas (en todo tiempo y lugar) acerca de guerras mundiales y luchas de clases, encuentros culturales a quemarropa entre pueblos con definidas y diferentes herencias sociales, atrocidades y actos de heroísmo, y toda otra norma enigmática, llevada en la red parcialmente colorida del bien y del mal, que estimula la mentali-

dad del hombre a luchar con las paradojas de la naturaleza humana", o bien como dice Khaler: "La historia sólo puede producirse y desenvolverse en conexión con la consciencia o sea que la historia empieza con el hombre".

Historia de la historia: Esta tendencia parte de dos premisas fundamentales:

- Cada época ha desarrollado, su concepción de la historia (del hombre y la naturaleza), es decir, que la ha visto y entendido de una manera determinada.
- El desarrollo del concepto de historia refleja el desenvolvimiento de la consciencia humana (consciencia del hombre sobre sí mismo y sobre las cosas que lo rodean y lo afectan). El desarrollo de esta tendencia o concepción normalmente se ha presentado a partir de la división tradicional de la historia en períodos, edades, o épocas, así tenemos la antigüedad, la edad media, la edad moderna y la edad contemporánea.

Antigüedad: En la antigüedad distinguimos esencialmente dos aportes, el judeocristiano y el grecorromano.

Para griegos y romanos, la realidad es entendida como un cambio dentro de la permanencia, de allí esa actitud paradójica de pesimismo-optimismo frente a los hechos que están decretados y son inevitables; la fortuna y el destino son demasiado caprichosos para merecernos una confianza más allá del terror, pero igualmente desarrollan ese instinto de afirmación positiva que los lleva a entender la historia como algo edificante y, sobre todo, pedagógico.

La realidad se les presenta como una heterogeneidad maravillosa, de allí la necesidad imperiosa de desarrollar una visión integral y global de la historia, una exigencia tantas veces olvidada y tan necesaria para el historiador: trabajar sobre y por una visión comprensiva de la realidad.

Se ven impelidos a entender lo múltiple y maravilloso de la naturaleza y la compleja diversidad humana, especialmente a través de la grandeza, de allí que desarrollarán una auténtica sensibilidad histórica ante lo auténticamente grande e importante. Cuánto realce tiene todo esto, especialmente la idea última, para el historiador y el hombre contemporáneo, el uno por su dificultad para distinguir lo esencial de lo accesorio, en una multiplica-

ción de hechos sin precedentes, el otro sumido en la chateza de su cultura masificada.

> La historiografía antigua ha sido llamada pragmática, y lo es en el doble significado, antiguo y moderno de la palabra, en tanto se atiene al lado terrenal o humano de los hechos y especialmente a los asuntos políticos —la pragmática de Polibio—, y en tanto lo adorna con reflexiones y advertencias —la apodíctica del mismo historiador—teórico[11].

Este pragmatismo se refleja en su preocupación por el presente, se va al pasado para entender mejor o justificar el presente, igual que en el positivismo, se distingue y aprecia la humildad del historiador —cronista que ve y oye; y encuentra— sin desmedro de "la vigilancia crítica, la austeridad científica, el anhelo hacia la historia amplia y severa". Cuántas enseñanzas para un aprendiz de historiador y de hombre, especialmente para nosotros contemporáneos del siglo XX, siglo de guerras y temores, violencia y crisis; tan semejantes en sus tribulaciones como las que suscitaron en griegos y romanos estas concepciones tan vivas y presentes que las llamamos clásicas.

> Para los judíos y cristianos, por el contrario, la historia fue primordialmente una historia de salvación, y en cuanto tal, de interés propio para profetas, predicadores y maestros. La existencia misma de la filosofía de la historia y la búsqueda de su significado, es debida a la historia de la salvación; se originó de una fe en un fin último[12].

En esté párrafo se condensa el aporte esencial de este pensamiento de tan larga y decisiva influencia, hasta convertirse en eje de la cultura occidental. Pensamiento que hoy cobra nuevo vigor y, de hecho, pasa a constituirse en uno de los aportes mayores a la filosofía de la historia.

Para los judíos y cristianos, la realidad histórica tiene sentido como pasado y presente, en la medida que nos hace más claro y accesible el futuro, que es la preocupación fundamental de estos pueblos; un futuro garantizado por ese mismo pasado-presente que se nos aparece como una lucha, en una tensión permanente, verdadera forja de la humanidad. La historia adquiere sentido como propósito y se nos convierte en una teleología a través de unos fines moralizantes. No se olvide que la preocupación fundamental es

11 CROCE, Benedetto. *Teoría e historia de la historiografía*. F.C.E. México, p. 160.

12 LOWITH, Karl. *El sentido de la historia*. Ed. Aguilar, pp. 14-15.

el más allá, la salvación del alma, el juicio final.

En este mismo orden de ideas, tenemos que situar tres aportes básicos del judaísmo:

a) El sentido histórico de misión (misionarismo), tarea asignada y por cumplir.

b) El mesianismo, sentimiento de orgullo y afirmación, saberse y sentirse el pueblo escogido.

c) Vivir de la fe y la esperanza, la confianza ciega en la realización de las promesas (escatología).

Toda esta filosofía se nos cuela hoy con una actualidad impresionante a tal punto que el antecedente más preciso como respuesta —del ansia del futuro que acongoja, angustia y nos esperanza a todos los contemporáneos— hay que buscarlo en esta concepción cristiana, cuyo menor aporte ha sido conservar la frescura de la permanente renovación, así como la garantía de los orígenes.

De allí que hoy, más que nunca, nos sentimos herederos y deudores de judíos y cristianos, cuya concepción histórica permitió, por primera vez, dotar de universalidad y sentido auténticamente humano a toda la historia.

Edad media: Esta época usualmente ha sido mal comprendida; su misma denominación es peyorativa; con ello se ha pretendido reducir mil años a un simple entreacto decadente entre dos esplendores: el mundo greco-romano y el renacimiento, a pesar de los esfuerzos realizados para explicar y entender la complejidad y riqueza de este largo período; período donde se fragua toda la modernidad; hoy nuestros prejuicios siguen siendo más fuertes que la ciencia histórica. Desde el punto de vista de la historia, el medioevo significa el "establecimiento de la existencia histórica del hombre: el proceso de secularización que envuelve una creciente dinamización de la existencia del hombre y de su mundo"[13].

En otras palabras, el hombre adquiere, progresivamente, consciencia de su condición humana y por ende de su libertad y responsabilidad, adquiere un sentido nuevo y diferente de la temporalidad: desciende progresivamente de la intemporalidad divina (la eternidad) al tiempo humano "lapso limi-

13 KHALER, Erich. *¿Qué es la historia?* Breviario 187. p. 62.

tado de los humanos", se empieza a creer en una continuidad cuasi-infinita (en este sentido, hoy somos herederos directos de esta concepción).

La edad media se inspira directamente en la creencia judía de la realización del reino de Dios acá en la tierra, así como en la revisión crítica de Pablo que asienta la necesidad de la muerte (trascender la vida), pata resucitar y gozar del reino hasta llegar a la máxima espiritualización de Agustín, a "una radical destemporalización de la vida cristiana", extremismo doctrinal que engendra ya, de manera efectiva, su negación: el proceso de secularización, indetenible a partir de este momento, que culmina en la "afirmación del libre albedrío por el hombre como fundamento de su real humanidad; implica consciencia —y en consecuencia sufrimiento, dolores y vergüenza— pero también la aspiración a la semejanza de Dios y la creatividad de Dios".[14] - Como dice Croce, "de la misma manen que el humanismo grecorromano no excluía del todo lo sobrenatural, lo sobrenatural cristiano no impedía la consideración humana de las pasiones mundanas y de las cosas terrenales", hasta llegar con ello a la consideración de las cosas más terrenales e individuales con su secuela de temporalidad histórica por encima de toda intemporalidad, victoria decisiva de la razón sobre la fe.

> Por lo que toca a la evolución del concepto de historia: el camino a la salvación que Agustín elevara a una esfera por completo espiritual fue devuelto a la tierra, donde había estado en tiempo de Israel: fue prolongado y rehistorizado según el aspecto de la situación nueva, medieval[15].

A partir de esta época, el hombre se hace —definitiva y conscientemente— habitante de la tierra, se hace humanidad. Se empieza a sentir solidario con todos sus semejantes —el comunitarismo de Joaquín de Fiore— y responsable de toda la creación frente a Dios, los demás hombres, frente a sí mismo. En consecuencia, la historia se le va convirtiendo en el ámbito de su realización, en la palestra de sus combates, en la prueba de su fe y esperanza. En esta perspectiva, la edad media fue el escenario de una lucha larga y terrible, la historización del hombre, cuya culminación y comienzo lo señala el renacimiento "como el establecimiento definitivo del hombre sobre la tierra".

14 Ibid. p. 86.

15 Ibid. p. 106.

Edades moderna y c*ontemporánea:* Etapa que corresponde a lo que Fueter llama acertadamente la secularización de la historia, esto es, la nueva relación existente entre el hombre y el mundo a través del racionalismo; el hombre primariamente se reconoce dotado de razón, como instrumento de humanización, de conocimiento, dominio y control sobre la realidad; paradójicamente, en este mismo proceso hemos ido engendrando toda una irracionalidad creciente en una dialéctica alucinante de racionalismo que, a la par que nos libera, nos esclaviza y así progresamos —retrocedemos, creamos— destruimos; como constatación de lo dicho allí tenemos una humanidad científica y tecnológicamente unida en trance permanente de autoaniquilarse en un gran holocausto atómico, ensayado progresivamente en actos de barbarie tales como el nazismo, el estalinismo, Biafra, Vietnam, etc., igual que, pudiendo liberar a la humanidad de la pobreza a través de la esperanza que significó la sociedad industrial, ésta no solamente creció sobre la explotación de sus trabajadores y en la dependencia de otros pueblos, sino sobre una opresión y deshumanización creciente hasta tal punto que las vitrinas del desarrollo, las grandes metrópolis, son verdaderas junglas de neurosis, locuras, contaminación, agresividad, infelicidad y muerte.

Toda una importante corriente del pensamiento ha venido denunciando esta preocupante realidad: Nietzsche, Kierkegaard, Sartre, Marcel, Jaspers, Mounier; así como en otra vertiente, Horkenheimer, Adorno, Marcuse y tantos otros. De hecho, la literatura, el arte, la filosofía, la religión y la ciencia han sido escenarios permanentes de esta lucha librada entre las posibilidades increíbles desatadas, de afirmarnos como humanidad y como personas, o perecer como irracionales.

Es interesante constatar cómo en la época (moderna y contemporánea) del progreso, la secularización de la idea de salvación, fundada en los principios de continuidad y finitud, al final nos retrotrae al viejo principio de las teorías cíclicas y cataclísmicas, signando con ello nuestra condición de seres desgarrados ante la propia obra que amenaza con exterminarnos, "ante el crecimiento desmesurado, sin control, de una consciencia impersonal, colectiva, en las ciencias, las instituciones, las burocracias y así sucesivamente, y una contracción correlativa de las consciencias personales de los individuos", de allí que la historia se nos convierta hoy, en palabras del mismo

Khaler, "en el problema del significado del hombre, el problema del significado de la vida humana". Vivimos y estamos en una encrucijada, de allí que para nosotros hoy la historia necesariamente es historia comprensiva en síntesis de existencia, conocimiento y consciencia e historia antropológica, en cuanto que su misión esencial aunque no única es "la preservación de la forma humana".

La auténtica nueva religión del hombre moderno es la fe, en el progreso basado esencialmente en los descubrimientos tecnológicos y científicos y en la creencia de la inmutabilidad de la naturaleza y casi la inmutabilidad del hombre. La felicidad del hombre en la tierra, como meta posible y alcanzable, sustituye a la salvación espiritual, de allí que lo distintivo sea un "optimismo progresivo" y una creencia ciega en el futuro. Todo el extraordinario crecimiento científico se mueve en esta dirección, aunque la realidad, a partir del siglo XIX y la misma ciencia en el XX, se han encargado de sembrar algunas dudas sobre la meta a alcanzar; y ya hoy el concepto y sentido de progreso que se va imponiendo se refiere esencialmente a un permanente movimiento hacia delante, de acercamiento a la meta ideal inalcanzable, un poco el simbolismo del mito de Prometeo: llegar para siempre recomenzar.

> De esta manera la historia, en su esencia, no es ni el desarrollo de la conciencia histórica ni el mero curso de los acontecimientos. Es interacción de ambos y la historia de la historia es la constancia de esta interacción expansiva que en su totalidad es inherente a nuestra presente existencia, ya se registre conscientemente o se hunda en lo inconsciente[16].

Historia de la historiografía

Partiendo y aceptando las premisas establecidas en los párrafos anteriores, podemos agregar que la ciencia de la historia existe desde el momento en que un historiador asume, consciente o inconscientemente, las tareas y exigencias de esta actividad, definiéndolas y realizándolas, hasta culminar en el siglo XIX, con la madurez de la disciplina, cuando las técnicas, métodos, teoría y filosofía de la historia elaborada hasta el momento, permitieron acceder en plenitud creciente al conocimiento histórico y a la consciencia histórica.

16 Ibid. p. 185.

Antigüedad: La historia, en el sentido que le estamos dando aquí, surge en Grecia aproximadamente 700 años a.C., cuando entendida esencialmente como indagación y como posibilidad de esclarecimiento crítico de la verdad, inicia su desenvolvimiento con Hesíodo (aproximadamente 700 años a.C.), Hecateo de Mileto (aproximadamente 550 años a.C.), y Her*ó*doto de Halicarnaso (aproximadamente 484-425 años a.C.), este último llamado por Cicerón como el padre de la historia. Heródoto "va más allá de la explicación racionalista de los mitos, de la anotación a modo de crónica, de la descripción geográfica, de la curiosidad etnológica... tiene consciencia de las relaciones históricas de la cultura y escribe la primera historia universal basada en efectos causales"[17].

No es poco el mérito de Heródoto al haber asumido el papel de cronista para que hechos memorables pasaran a la posteridad, dentro de una visión general y coherente. Con todo, Heródoto fue muy criticado, especialmente a partir de la época moderna, como reacción ante el escaso instrumental crítico de sus historias y casi presentado, en consecuencia, como un vulgar fabulador, lo que nos parece una exageración.

> Entre Heródoto y Tucídides no transcurren más de 50 años, cuando parece que al menos hubieran sido 500. Heródoto escribe la historia como si fuese un cuento de hadas, sin distinguirla de la leyenda y el mito... Tucídides, que comenzó a manejar la pluma 50 años después que Heródoto la hubo dejado, parece francamente pertenecer a otra edad. Se nota que entre ambos aparecieron los sofistas y se formó aquella especie de ilustración que tan extrañamente acerca el siglo VI ateniense al siglo XVIII francés[18].

Tucídides (Aproximadamente 456-356 a.C.). Con él triunfa definitivamente el racionalismo escéptico de los sofistas, por cuanto "introduce el enfoque positivista y pragmático de la historia, desentrañando las relaciones causales en un plano de pura terrenalidad mediante una cronología rigurosa y de crítica consciente, aunque no siempre inobjetable, de las fuentes y tratando de llegar a una exposición imparcial"[19].

Tucídides es el verdadero creador de la historia política, un maestro en la reconstrucción de la intriga y capaz de expresar todo el ardor, la pasión

17 WAGNER, Fritz. *La ciencia de la historia*. UNAM, 1958. pp. 19-20.

18 MONTANELLI, Indro. *Historia de los griegos*. Edit. Plaza y Janes, S.A. 1963. pp. 196-200.

19 Ibid p. 22.

y los fracasos que engendra la lucha política; de hecho, su historia traslada todos sus fracasos y frustraciones en este campo, a pesar de que hace profesión de objetividad y aspira a constituirse en testigo imparcial de aquellos acontecimientos que narra. Su gran carencia es el desprecio por todo lo que no sea política: lo económico, lo social, lo cultural, en fin, toda la realidad no política es ignorada y despreciada por su pluma.

Polibio de Megalópolis (Arcadia, aproximadamente 201-120 a.C.). "Prosigue y acentúa metódicamente la manera tucididiana de ver y de describir la historia. Es un historicista clásico de cuño decididamente erudito, animado por la intención de transformar en ciencia a la historia, que estaba cayendo cada vez más en la retórica y hasta en la simple curiosidad recolectora de datos"[20].

Polibio, a pesar de ser griego de origen y ya adulto, es llevado como prisionero y rehén a Roma. Asimila extraordinariamente estas circunstancias que le proporcionan el privilegio de la síntesis grecorromana así como la objetividad del que, viniendo de compromisos existenciales profundos: políticos y pedagógicos, sabe elevarse por encima de toda circunstancia para constituirse en observador veraz y testimonio acucioso de una de las épocas más importantes. De hecho, se convierte en el primer gran historiador de Roma y en el último de los grandes historiadores griegos.

Su vocación era profunda y consciente, "no hay profesión más apta para la instrucción del hombre que el conocimiento de las cosas pasadas", cuando uno se reviste del carácter de historiador debe desnudarse de todas las pasiones, y a veces alabar y elogiar con los mayores encomios a los enemigos, si sus acciones lo requieren; otras, reprender y vituperar sin comedimientos a los más amigos"... "la historia práctica... tiene por objeto investigar las memorias del pasado tiempo y reunir materiales; otras, observar ciudades, comarcas, ríos y puertos, en general las particularidades y distancias de tierra y mar, y la tercera, narrar los sucesos políticos".

Como se puede observar a través de los párrafos transcritos, Polibio, en su misión de historiador, complementa a Tucídides y establece, hasta hoy, tareas y actitudes de plena vigencia para el historiador profesional, complementado con su intención de escribir una historia universal —principio tantas veces abandonado— y que para nosotros tiene plenitud de siempre,

20 Ibid. p. 25.

de allí nuestra tesis de la historia comprensiva, integral, estructural, total.

Tito Livio (59 años a.C-17 d.C.). Es el seguidor de Polibio, aunque de manera más unilateral; gran estilista, pero historiador menos vocacional.

Su interés es una visión global de Roma, desde los austeros y rudos comienzos hasta la preocupante prosperidad presente.

Considera a Roma grande entre las grandes, busca explicar esta grandeza y cree descubrir un destino superior y una pre-destinación.

Su metodología se remite a la fe en las fuentes contemporáneas del hecho que narra y en caso de discrepancias adopta una virtuosa posición ecléctica; lo demás lo deja sujeto a su intuición, en la cual cree a fe ciega y a una real empatía por lo que nos está narrando.

El resultado es uno de los monumentos histórico-literarios más imperecederos y una verdadera epopeya en prosa del pueblo romano.

P. Cornelio Tácito (55-120). Tácito viene a constituirse en la suma, resultante, conclusión y síntesis de toda la historiografía anterior.

Vive del culto al pasado como fuente de enseñanza a través de lo cual aspira a convertirse "en juez de la Roma eterna", en un alarde de discernimiento entre lo esencial y accesorio.

Desconfía de su capacidad y en la de los demás para constituirse en historiadores de la propia contemporaneidad, aunque su aspiración profesional máxima es "tratar de interpretar el modo de actuar de los hombres, para lo que le sirve la investigación de la verdad. *Sine ira et studio*[21].

La historiografía de la antigüedad indiscutiblemente cuenta con 5 grandes maestros: Heródoto, Tucídides, Polibio, Tito Livio y Tácito, quienes han dejado una huella tan profunda en el oficio, que todavía hoy son de obligada lectura y estudio para cualquier aprendiz de historiador; acompañándolos tenemos una galería grande de historiadores y aficionados que, si bien meritorios en sus tareas, no agregaron "nada nuevo" al quehacer historiográfico (Salustio, Séneca, Cicerón, Floro, Aranio, Marcelino, etc.), aunque entre ellos debe destacarse a Plutarco y Suetonio, por su contribución magistral a un género menor dentro de la historia, aunque no poco importante, la biografía.

21 Ibíd. 43.

En este sentido, Plutarco de Queronea (aproximadamente 46-120) merece, aunque sea, una breve consideración, por la influencia que su concepción va a ejercer.

Concibe el arte de la biografía como el desarrollo de una vida ejemplificante para ser imitada en la posteridad, con un gran sentido educativo que de tal manera puede influir sobre las costumbres y mejorarlas.

El epílogo (aunque no cronológico) de todo este original, largo e interesante período lo constituye la figura del poeta satírico y estilista Luciano (aproximadamente de 120 a 180), quien rebelándose contra la desnaturalización de la historia (un poco semejante a la reacción de Nietzsche en el siglo XIX ante el abuso momificante de los historiadores de su época), redactó *Cómo debe escribirse la historia*, intento didáctico de recoger lo fundamental del quehacer historiográfico y transmitírnoslo a partir del modelo tucididiano; con razón, pues, adoptó a Tucídides por ley y distinguió la buena de la mala historia a través de su admiración por Heródoto, llevada hasta el extremo de dar a sus libros los nombres de las musas. Su obra, dice, está escrita para siempre, no para el placer del momento; no busca lo fabuloso, sino dejar a la posteridad un relato de hechos verídicos; y añade que, para toda persona sensata, la utilidad es el único fin de la historia, pues ha de escribirse con la mira de que si en el porvenir sobrevienen acontecimientos parecidos, se pueda, viendo los pasados, proceder con acierto en los presentes. Dadme un historiador que piense de esta manera"[22].

Y a continuación nos propone todo un programa:

I) Indagación de la verdad como fin de la "investigación histórica".

1)El equipo del historiador:

a) Imparcialidad.

b) Instinto político y discernimiento. Arte para exponer.

c) Experiencia práctica en la vida política y militar.

d) Capacidad para reconocer lo esencial en el desarrollo histórico.

2) Sobre la utilidad de la investigación histórica:

"El único objeto, el único fin de la historia es la utilidad, que sólo de la verdad se desprende".

22 Ibid. pp. 46-52.

II) Configuración de una obra de arte como finalidad de la "representación histórica":

En cuanto al contenido.

b) En cuanto a la forma.

c) Deslinde entre la Historia y la poesía.

d) Exigencias de una buena historia:

1) Claridad de exposición y de lenguaje.

2) El equilibrio del relato.

3) Brevedad en la exposición.

4) El discurso público.

Como se puede observar, en toda la antigüedad la historia es entendida esencialmente como maestra de la vida (Cicerón) y expresión de la verdad, aunque para ello se haya carecido de un instrumental técnico y metodológico inobjetable desde el punto de vista crítico.

De hecho, se careció de una historia crítica, aunque ésta fuera ejercida ocasionalmente tal como lo asienta Hailcin, "la crítica histórica ha sido pues practicada a veces desde la antigüedad, no desapareció por completo en la edad media y correspondió al Renacimiento el comenzar a darle la expresión que hoy nos es familiar"[23].

Para el antiguo, la vida era el mayor misterio y la mayor preocupación; era, de hecho, una obra maravillosa cuya aproximación y comprensión sólo era posible a través del arte, de allí que la máxima ambición de estos historiadores, afanados por vivir, conocer y comprender, era escribir una obra de arte, imperecedera como tal, capaz de servir de testimonio y enseñanza para el futuro; de hecho era intuida o concebida como un eslabón entre el pasado y el futuro a través de la forja del presente, un eslabón que se identificaba como humano y sólo se reconocía como humanidad.

Edad media: La edad media, desde el punto de vista de la existencia de historiadores y obras históricas importantes, se nos presenta como una gran laguna; ello tiene su explicación en cuanto a que la historia es concebida, ni más ni menos, como filosofía de la historia, o mejor, como una teología

23 .HALKIN, L. *Iniciación a la crítica histórica*. EBUCU. Caracas, 1968.

de la historia, en donde la única tarea importante es ordenar hechos, de tal manera, que siempre reflejaran el dogma y la fe: "la historiografía medieval sigue siendo una historiografía vinculada al cristianismo, y es en muchos casos, una teología histórica. Su metodología, por muy ricas variantes que en ella se desplieguen, es un medio para fines más elevados, y no para la empírica autocomprensión científica"[24].

El principal aporte de esta historiografía sin hombre es la visión universalista unitaria de la realidad histórica, la llamada concepción cristiana de la historia, de tanta influencia posterior, así como la tenaz y anónima labor erudita de tantos sabios y técnicos, archiveros, críticos, copistas, que hicieron posible, en gran medida, facilitándola, la ingente obra historiográfica de los siglos siguientes.

La edad media fue dominada por un nombre, "el maestro de Occidente" Aurelio Agustín de Tagasta (354-430); igualmente la historiografía fue su monopolio y con él Otto Von Freising, Orosio, Rupert Von Deutz, John of Salysbury, Gioachino di Fiori, Ordericus Vitulis, Hildegard Von Bingen, Tomás de Aquino (1225-1274).

Mil años aproximadamente en los que no hay un solo historiador en el sentido estricto del término, ya que los antes nombrados le dedican a la historia reflexiones de pasada y energías menguadas. A nuestro juicio, la razón de todo esto hay que buscarla en el hecho de que la realidad, al no presentarse incomprensible ni problematizada en el sentido filosófico, no creaba una motivación suficiente ni una exigencia existencial especial de aplicarse a ella, cuando de antemano la solución y comprensión de todo estaba dado por la fe, "verdaderamente mi obra tiene como base nada más que la fe"... "Por lo tanto, no hace un esfuerzo inútil y vano quien se dedica a la historia...". "Pero la ciencia se gana con la azada de la inteligencia de las más recónditas profundidades del alma y no está obligada a ningún servicio al cuerpo perecedero, sino que forma y enriquece el espíritu de aquél que le ha hecho brotar por su influencia"[25].

Edad moderna: La edad moderna insurge en la historiografía con una fuerza revisionista y crítica incontenible; es la secularización trasladada al

24 WAGNER, Frits. *Ob. cit*. p. 53.

25 Ibid. pp. 61-68.

quehacer historiográfico; se caracteriza por la búsqueda y utilización novedosa de textos clásicos y por el acopio de nuevas fuentes y el examen crítico de las mismas, así como de las ya conocidas.

Esta historiografía arranca del humanismo y tiene como eje a Italia, asumiendo como tareas básicas el retomo a las formas retóricas de los antiguos y adquiriendo una finalidad política muy concreta de propaganda de la ideología del autor y de promoción para su grupo o partido y con ello, por añadidura, logra la autopromoción. A pesar de sus excesos es una ventana abierta en las tareas enmohecidas del historiador que, una vez más, se atreve a proseguir la búsqueda definitoria de su disciplina en consonancia con la época y su problemática.

El historiador va marcando el paso del "autodesenvolvimiento de la razón", unas veces precediéndola, otras al lado o detrás.

Es interesante constatar cómo los ejes historiográficos van siendo aquellos países con un mayor dinamismo histórico, así como la metodología y las técnicas al uso es la traducción, al campo de la historia, de las ideas y descubrimientos más significativos en el campo de la cultura. De allí lo razonable de la afirmación de Halkin cuándo asienta "la historia sólo es científica en la medida que utiliza las ciencias auxiliares y ejerce la crítica histórica". Esta afirmación última es el programa fundamental de los historiadores hasta nuestros días. "¿Narración o erudición? ¿Es insoluble esta antinomia? El problema ha atravesado los siglos, sigue vivo, y las más sosegantes soluciones teóricas no han podido suprimirlo"[26].

Siglos XIV, XV, XVI y XVII: La historiografía humanista se inicia con Petrarca (1304-1374) y Bocaccio (1313-1375), quienes se interesan por la historia, concretamente por Roma, como rechazo al presente (todo tiempo pasado fue mejor), se ocupan de la crítica de las fuentes y lo que es más importante: todo esto lo hacen por iniciativa personal y no por encargo de nadie.

Ahora, desde un punto de vista estricto, el primer historiador es Leonardo Bruni (Aretinus, 1369-1444) con su *Historia florentina* y su *Historia de Italia*. De hecho, es el primer historiador moderno que hace crítica por principio.

26 HALKIN, L. *Ob. cit*. p. 26.

Coincidente con estos comienzos, la historiografía se moverá entre un "individualismo retórico": cada ciudad o región escribió su historia local y destacó a sus personajes siguiendo el ejemplo florentino; por otro lado, se tiende a superar el localismo por una visión más nacional, europea y universal, tal como se da por ejemplo en Paolo Giovo (1483-1552).

Haciendo un breve paréntesis en la exposición, quisiera asentar una inquietud: ante ciertas características de nuestra historiografía venezolana: anecdótica, localista, estrechamente nacionalista y patriotera, más retórica que crítica, nos preguntamos, ¿en qué estado de la evolución historiográfica nos hallamos?

Retomando el hilo de los comienzos de la historiografía moderna, sin duda, sus representantes más conocidos son Nicolás Maquiavelo (1469-1527), autor de *Istorie Fiorentine* y *Vita di Castruccio Castracane*, y F. Guicciardini (1483-1540), autor de una *Storia Fiorentina* y una *Storia d'Italia*.

El primero, esencialmente es un político y teórico de la política, que se caracterizó como historiador por un estilo realista, crítico e interpretativo, que rechaza la anécdota y la crónica.

Posee una amplitud de visión en donde se reconocen las grandes conexiones históricas y se engarzan los hechos particulares en un desarrollo general. Guicciardini, más historiador que Maquiavelo, se caracteriza por una inteligencia política superior, capacidad penetrante de análisis psicológico e independencia casi absoluta de juicio. Sabe distinguir lo esencial de lo accesorio. Profundamente realista; es el primer historiador serio de su época, que supera la historia local de un estado determinado para darnos la historia general de una entidad geográfica mayor.

El otro aspecto resaltante de esta historiografía es el desarrollo y cultivo de la biografía, con la cual se perseguía enaltecer un personaje así como suplir la falta de una historia de la cultura y la civilización, a través de biografías de artistas y sabios, como por ejemplo en Vasari. De acuerdo con la opinión de Fueter, el género biográfico no dio más debido a la subordinación al modelo antiguo.

Esta primera etapa no tendría el valor que tiene sin los aportes esenciales de autores a los que Halkin llama, con propiedad, técnicos de la historia.

Ellos, con su esfuerzo y sus innovaciones, signaron el paso decisivo de la historia retórica a la historia erudita. Blondus (1388-1463), L. Valla (1407-1457). Dice Fueter, "entre los historiadores humanistas Blondus fue el primer erudito, Valla fue el primer crítico. Blondus fue el primero en recopilar todas las fuentes conocidas sobre un problema determinado; Valla había demostrado la falsedad de un documento (crítica sobre la autenticidad de las fuentes)"[27].

Bernardo Giustianini (1408-1475) inicia la historiografía erudita o filológica acompañado por Eneas Syluius Piccolomini (Pío II, 1405-1464), éste con su libro *Libres recuerdos de las andanzas de la vida del autor*.

Este auspicioso comienzo sufre un estancamiento y un lamentable retroceso ante los embates de la contrarreforma, pero como proceso es indetenible "con la merma y pérdida de la libertad la historiografía no avanza, continúa simplemente el camino ya iniciado"[28].

Esta historiografía humanista va a tener una rápida difusión por Europa y va a ejercer una decisiva influencia en el desarrollo de los estudios históricos en los diversos países.

Por muchos años hay una evidente primacía de Italia en el campo historiográfico y una dependencia, de los otros pueblos, de los modelos, métodos e iniciativas de los historiógrafos italianos.

Francia: El primero en Francia fue un italiano, Pulus Aemilius de Verona (Paul Emile, en 1529), quien escribe la primera historia de Francia que, según Fueter, constituye una ventaja; igual sucederá en Inglaterra y (con casi toda Hispanoamérica): las primeras Historias nacionales fueron escritas por extranjeros.

Dentro de esta vertiente, conocida con el nombre de analistas, se puede mencionar a Ferromus (1515-1563), Du Maullan (1535-1610), Mezeray (1610-1683), De Thou (1553-1617), Daniel (1649-1728), Henault (1685-1770) y Velly (1709-1759).

Por otro lado, encontramos a los llamados "memorialistas'; en rigor, las memorias no entran en la historia de la historiografía. Cuando uno escribe los recuerdos de su vida puede aportar una contribución a la historia pero

27 FUETER, E. *Historia de la historiografía moderna*. (2 tomos). Edit. Nova. Buenos Aires, 1953 p. 125.

28 Ibid. p. (133).

no escribe historia"[29]. En esta situación se encuentran Philippe de Commines (Commines: 1447-1511) y Saint-Simón (1675-1755).

Inglaterra y Escocia: Esta historiografía se encuentra en condiciones semejantes a la anterior, aunque cuenta en su haber con la obra de Buchanan (1506-1582). "La nueva historia de Escocia, en verdad no era clásica más que por la forma. En su juventud Buchanan había imitado a Cátulo y a Marcial; en su ancianidad reprodujo con el mismo virtuosismo la manera de Tito Livio. Por el estilo fue superior a la mayoría de los humanistas italianos. Pero como crítico e investigador queda muy por debajo de ellos"[30].

En el mismo orden de ideas que venimos desarrollando, se destacan Tomás Moro (1478-1535), Polidoro Virgilio (1475-1555), Francis Bacon (1561-1626), Clarendon (1609-1674), Burmet (1643-1715).

Alemania: Llama poderosamente la atención, cómo un país que va a llegar a dominar y casi monopolizar el horizonte historiográfico al final de este período, en sus comienzos fuera tan pobre y estuviera tan rezagado.

La misma realidad política, heterogénea y fragmentada, les impidió llegar a una historia nacional, de allí que se movieran entre "una historia del mundo en el viejo sentido cristiano de la palabra, por la otra historia local y familiar"[31].

Cultivaron un *pathos* nacionalista como reacción a la dependencia italiana en el campo historiográfico; su actitud negativa hacia los historiógrafos italianos era simple despecho. Todo esto lleva a Fueter a afirmar "no hay país en que [la historiografía] se haya librado tan poco de las concepciones teológicas medievales. No hay ninguno en que la critica histórica haya quedado en general a un nivel tan bajo"[32].

Suiza: En contraste, Suiza, tan insignificante en la historiografía posterior, cultivó con asiduidad extraordinaria la historia nacional a la manera de los humanistas, en función de una necesidad sentida en el siglo XVI, para constituir una unidad confederada de cantones. Simultáneamente se desarrolló una historiografía de las ciudades, como la contraparte necesaria para afirmar la identidad local frente a la reciente unidad nacional.

29 Ibid. p. 167.

30 FUETER, E. *Ob. cit.* p. 193.

31 Ibid. p. 202.

32 Ibid. p. 201.

España: En una historia de la historiografía, España ocupa, para nosotros, un lugar especial; por un lado, porque el conocimiento histórico y la consciencia histórica nos vienen inicialmente de allí y, por otra parte, porque durante tres siglos compartimos casi una misma existencia, de allí que lo que podamos decir de España, de hecho, lo estamos refiriendo de nosotros mismos, por lo menos hasta la época independentista, cuando otras influencias y otros avatares sustituyeron la influencia hispánica en América.

La historiografía española es profundamente nacionalista, patriotera y subjetiva, igual que en tantos otros países, prevalecían escuelas y tendencias pseudo-científicas; historiografía nacionalista reforzada en España se cumplía el proceso de unificación con los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Historiografía oficial representada esencialmente por Florian de Ocampo (1498-1558, cronista real de Carlos V) y por Juan de Mariana (1535-1625); esta tendencia nacional se complementaba con la historia de los reinos particulares y los cronistas en general: Lebrija, Sepúlveda, Colón, Cortés, Pedro Martyr, Oviedo, Las Casas, Gómara, Bernal Díaz, Herrera, Solís, Garcilaso de la Vega. Estos últimos dentro de un tratamiento historiográfico tradicional aportaron la novedad del "tema: América", ante el cual su actitud fue esencialmente testimonial y directa (memorias) o bien reflexiva, a partir de un asombro que implicaba siempre una indagación sistemática y racionalizante de la nueva realidad.

En un primer momento, la presentación de los hechos fue caótica, como la misma realidad historiada; posteriormente, ya en el siglo XVII, la historiografía se hace ordenadora y clasificadora.

Verdadera eclosión historiográfica a partir del descubrimiento de América (el tema posee al autor) que nos conduce a una verdadera especialización temática, tal como lo asienta el profesor Sánchez Alonso:

- Historiadores generales
- Historiadores religiosos
- Historiadores de diversos territorios
- Historiadores indigenistas
- Historia de sucesos particulares"[33].

33 SÁNCHEZ, Alonso. *Historia de la historiografía española.*

O como asienta el profesor Ballesteros al distinguir entre: Historiadores, eruditos, polemistas, investigadores e informadores[34].

Otros aportes de los cronistas, y no menos importantes, son los de llamar la atención sobre aspectos que el historiador tradicional ignoraba o despreciaba (de hecho, inauguran en su época los estudios etnográficos y antropológicos en la perspectiva de la historia), igual que el análisis introspectivo comienza con los jesuitas psicologismo) y el análisis utilitario y político comienza con Maquiavelo y Guicciardini, de la misma forma la historia económica se inaugura con los movimientos sociales.

Esta etapa va a estar signada profundamente por la reforma y la contrarreforma, las cuales vuelven a introducir en la historiografía el método de interpretación teológico que, en realidad nunca había desaparecido totalmente.

De hecho, la historiografía eclesiástica moderna es producto de la Reforma, ya que la corriente humanista había desdeñado totalmente la historia de la iglesia. Estas corrientes están representadas esencialmente por Matías Vlacich (Flavius Illirycus, 1520-1573), el cual rescata, para la historia moderna, la edad media, aunque su método es una regresión en cuanto a que su concepto de historia es teológico; así como para Bossuet (1627-1704), la contraparte católica de la reforma, "con él la historia sale por primera vez de la narración de los hechos exteriores y de la crítica de los actores para buscar las consecuencias generales de un acontecimiento"[35].

La culminación de esta primera etapa la constituye el trabajo de la escuela erudita: Mabilon (1632-1707), Leibnitz (1646-1715), Muratori (1662-1750), Papebroch, Du Cange, etc..., quienes inauguran firmemente los trabajos de crítica histórica y el recurso metodológico de las ciencias auxiliares, hechos a través de los cuales "por primera vez en los tiempos modernos, los investigadores comenzaron a poner en duda la validez de las autoridades tradicionales". "El siglo XVII fue, en verdad, el gran siglo de las ciencias auxiliares. Por todas partes triunfaba el documento, sin el cual no hay historia en absoluto"[36].

34 BALLESTEROS, M. Universidad Central de Madrid (U. C. M.), Seminario "Historia del Americanismo". Curso de Doctorado 1968-69.

35 FUETER, E. *Ob. cit*. p. 294.

36 HALKIN, L. *Ob. cit*. p. 27

La contraparte de esta tendencia fue el cultivo de una desviación en el campo historiográfico, de vieja data, pero que a partir de este momento va a iniciar un desarrollo que culminará en los siglos siguientes, en las llamadas novelas históricas e historias noveladas.

Un hecho comprobado es que la historia ha generado dos tipos de lectores, o mejor, ha respondido a las exigencias de dos tipos de lectores: unos, que van a la historia como simple distracción, otros, esencialmente a aprender.

"Lo que había sido el fin y el orgullo de los humanistas, la exposición de conjunto, en estilo elevado de la historia nacional, se dejó de cultivar". "La nueva escuela erudita..., trató de responder a las exigencias de una sociedad instruida en las ciencias naturales. Pero sus obras no ofrecieron más que una compensación parcial por la pérdida de la historia humanista. En desquite se creó para el público que sólo buscaba en la historia una diversión, un nuevo género de historiografía que puede calificarse de historiografía galante"[37].

Siglo XVIII: La evolución historiográfica va a estar influida grandemente por el llamado movimiento de la Ilustración, no sólo por renovados ataques a la concepción teológica de la historia, sino por la incorporación a nuestra disciplina del espíritu de las ciencias naturales, que en su campo tan extraordinarios logros había alcanzado.

El movimiento historiográfico iluminista va a tener como epicentro a Francia e Inglaterra, y arranca como un rechazo y una continuación del movimiento humanista, destacándose en él "dos corrientes, totalmente diferentes de un lado, ideas de política especulativa análogas a las que habían fecundado: la obra histórica de los grandes florentinos; del otro, la lucha contra la superstición y la concepción teológica de la historia. Cuanto más dominan las tendencias del primer género, tanto más valor original tiene la historiografía de los iluministas"[38].

Esta corriente se va a caracterizar esencialmente por:

1. Destacar la correlación sistemática entre causas y efectos al estudiar la realidad histórica.

37 FUETER, E. *Ob. cit.* pp. 363-366.

38 Ibid. *tomo II*. p. 11.

2. Vivir y proyectar una concepción individualista, El culto a los grandes hombres, entendiéndose la historia como producto de la acción consciente de individuos aislados.

3. Reconocer igualmente la presencia decisiva de fuerzas inconscientes en el acontecer histórico.

4. Iluminar y ver el pasado a través del presente, perspectiva que si bien enriquece el estudio del pasado también propicia desviaciones graves cuando se superponen y confunden hechos y realidades de una época con otra.

5. Recibir la crítica un mayor impulso y enriquecerse gracias al desarrollo de las ciencias naturales y al influjo que éstas llegan a proyectar.

6. Ampliar considerablemente el campo histórico en la medida que son objeto de estudio y atención por parte del historiador, la política, el comercio, las industrias (lo económico), lo social, la civilización y la cultura. Se propende a las síntesis históricas y adquieren gran auge tanto las historias nacionales como las continentales y mundiales. (Se comienza a practicar el principio convertido en ley posteriormente por Droysen y Ranke, actualizado por Unamuno, de que a través de lo particular se llega a lo general y viceversa).

7. Adquirir una gran difusión y aplicación la llamada Teoría histórica catastrófica, es decir, la pretensión de querer explicar la dinámica de la historia como expresión esencial de unas catástrofes que se suceden periódicamente.

8. Presentar esta tendencia, en último lugar, unas características que constituyen un auténtico retroceso metodológico con respecto a tendencias anteriores.

a) Existe una falta de método manifiesto, así como una arbitraria selección de los materiales.

b) Escasa fundamentación erudita y documental.

c) La historia es cultivada como propaganda de ciertas tendencias.

El máximo representante y fundador de la historiografía de la ilustración va a ser Voltaire (1694-1778).

Hito teórico que, de hecho, cultiva, intuye e inaugura casi todas las principales tareas historiográficas posteriores hasta nuestros días.

Escribe el primer libro de historia moderna: *El siglo de Luis XIV*, la primera historia auténticamente universal, superando inclusive la perspectiva europeocentrista, así como acuña el término "filosofía de la historia". A pesar de ser este campo su punto débil, era demasiado realista para hacerle concesiones a la metafísica. A la crítica histórica le aporta su total falta de respeto a cualquier principio de autoridad o de subordinación a prejuicios nacionales o políticos; en todo el sentido de la palabra, va a ser un espíritu auténticamente libre, prototipo de su época.

Elimina la cronología como aspecto básico y establece la llamada Historia cajón o de compartimientos, relacionada entre sí por acontecimientos interiores (este modelo lo seguirá Mommsen en su *Historia de Roma*).

De hecho, Voltaire ha sentado las bases de lo que después se llamaría Historia estructural; igualmente al relacionar la historia política con la historia del comercio y la economía, se adelanta al enfoque marxista de la historia. Voltaire va a ejercer inmediatamente una gran influencia en Inglaterra y Alemania, aunque en ambos países los historiadores conservaron la mayor parte de sus carencias y limitaciones, así los alemanes, si bien siguieron cultivando la historia documental erudita y desarrollaron grandemente los estudios filológicos, adolecieron de una falta de originalidad total así como carecían de erudición y cultura bibliográfica suficiente: "no solamente eran profesores sino que escribieron como profesores" (Schlozer, Gatierer, Schimidt, Spittler, Plank, Federico el Grande).

En Inglaterra se destacan, bajo la misma influencia y características semejantes aunque con méritos propios mayores, los siguientes: D. Hume (1711-1776), quien como filósofo que era, concibe que la historia, "no ofrece una enseñanza sino un entretenimiento al espíritu filosófico que quiere recrearse en el espectáculo cambiante de la ambición y las pasiones humanas".

William Robertson (1721-1793) y Eduard Gibbon (1737-1794), con su muy conocida obra *Historia de la decadencia y fin del imperio romano*".

El otro aporte fundamental, en esta época proviene de Montesquieu (1689-1755), a quien, según el decir de Althusser, es necesario redescubrir y rescatar de aquellos que lo enmascaran, esconden y momifican, así como de las propias mentiras del autor, quien refiriéndose a sí mismo se presenta-

ba como un historiador, "porque estaba al margen de toda facción, al abrigo del poder y de sus tentaciones, libre de todo por un milagroso azar", mentira grande que apenas quiere expresar su deseo de comprensión objetiva de una realidad que, metodológicamente, se fundamenta en un error.

Si bien, en un sentido estricto, Montesquieu no fue un historiador, sus aportes son decisivos en el desarrollo historiográfico; así tenemos como, siguiendo a este autor, se llega a valorar en toda su importancia el clima y la geografía en la constitución de los estados; igualmente se destaca la importancia del comercio en la vida de una sociedad, se cultiva un optimismo político-jurídico en cuanto que se cree que una buena constitución transforma un pueblo y sabias instituciones lo hacen feliz (recuérdese a este respecto a nuestros próceres y la impronta que han dejado en nosotros con estas mismas ingenuas creencias abrevadas en el autor del *Espíritu de las Leyes*).

No podría faltar en este breve recuento el tercer astro de la trilogía de la ilustración: J. J. Rousseau; revolucionario, rebelde, en cierta forma anarquista: el filósofo que cree en la bondad natural del hombre, en su libertad y su dignidad.

También él, sin ser historiador, va a influir vigorosamente en la historiografía, especialmente —dadas las condiciones que allí se vivían— en Alemania, donde la burguesía era limitada poderosamente por el despotismo.

Las otras influencias que se hacen sentir provienen de campos diferentes a los cultivados normalmente por la historia, así tenemos a Malthus y A. Smith, cuyas ideas van a ir configurando, de hecho, una nueva historiografía al ir llamando la atención sobre temas y problemas que el historiador desdeñaba o descuidaba.

Este clima de influencia extrahistórica va a acompañar un movimiento historiográfico en Alemania de repercusiones y trascendencia para el futuro de la disciplina; así tenemos a Herder (1744-1803), cuya filosofía de la historia nos lleva directamente a Hegel.

Este autor concibe la historia como un proceso educativo mediante el cual el género humano es conducido por una potencia superior, a estadios de libertad creciente. Concibe una idea de humanidad signada por entidades nacionales particulares y éstas, a su vez, las concibe como unidades

orgánicas de civilización, en otras palabras, cree en una realidad global supranacional formada por unidades nacionales.

Esta incipiente escuela alemana no sólo recoge la herencia y las influencias más diversas sino que origina, al mismo tiempo, tendencias independientes e ideas originales en el tratamiento de la historia.

A este respecto, Johann Winckelmann (1717-1767) va a ser un auténtico maestro, cuya gran innovación radica en escribir la historia del arte y no la historia de los artistas, a la manera de Vasari.

Fue el primero que hizo de un problema artístico abstracto el tema de la historia; todo ello lo fundaba en la creencia —que es su tesis fundamental— de que hay un desarrollo inconsciente del arte y éste no marcha precisamente hacia su perfección, sino a su decadencia.

Si Winckelmann —según el decir de Fueter— se hallaba fuera de las corrientes intelectuales de su época, Justus Moser (1720-1794) se encontraba en oposición a ellas. Este autor escribió la primen historia constitucional y administrativa merecedora de tal nombre, además de incorporar a la historiografía la historia social. Nunca aisló los diversos aspectos y fue un maestro en la capacidad de relacionar y combinar lo individual y lo colectivo.

Con toda intención hemos dejado de último a J. B. Vico (1668-1744), cuyas geniales anticipaciones apenas van a ser valoradas en los siglos XIX y XX. Establece la relatividad del conocimiento, así como las diferencias entre un siglo y otro (perspectivismo); de hecho inaugura el historicismo, así como dota al historiador de la humildad del sabio ante la verdad inalcanzable y de la necesidad de situarse en las características y ambientes de cada época que quiere estudiarse y que se quiere comprender.

Como puede verse, la Ilustración en su heterogeneidad significó la arrancada decisiva para el quehacer historiográfico; puede decirse que todas o casi todas las tareas y, los problemas que han ocupado y obsesionado a los historiadores hasta nuestros días, se originan en este movimiento y, algo sumamente significativo, viene a establecer y demostrar la dependencia de la historia de otras disciplinas, a instancias de las cuales nuestra ciencia se constituye y crece. Enfoque actualísimo recogido y expresado por los historiadores de hoy cuando propugnan una asociación estrecha con las ciencias

sociales, como es el caso de F. Braudel, quien esgrimía que sin esta especie de alianza la historia se agotaría en el círculo estrecho de su autosuficiencia.

La Ilustración viene a demostrar la interdisciplinaridad como necesidad, así como la fe en una razón libre, indagadora y problemática como fuente de conocimiento.

En el siglo XVIII se inicia la madurez de nuestra disciplina, cuya configuración más plena se alcanzará en el siglo XIX, con las tendencias y autores que todavía hoy (siglo XXI) siguen imponiendo las direcciones fundamentales de la historia como ciencia.

Siglo XIX

Siguiendo una vieja costumbre historiográfica, el siglo XIX perfectamente puede ser catalogado como el siglo de oro de la historia como ciencia. Su epicentro va a estar en Alemania y sus coordenadas van a ser el trabajo artesanal y erudito (búsqueda de las fuentes y crítica de las mismas); la visión particular, general y sintética de lo humano, como expresión histórica y conciencia de independencia, va a permitir a nuestra disciplina utilizar a todas las ciencias auxiliares para labrarse su coto específico, con metodología propia, una teoría de la historia enriquecida permanentemente, así como una filosofía de la historia propia, aunque claramente deslindada de la historia entendida estrictamente como ciencia.

La obra historiográfica alcanzará excelsitudes como por ejemplo en Ranke y Droysen, quiens saben combinar la ciencia más exacta y metodológicamente meticulosa con el arte expresivo más depurado.

Este siglo privilegiado para nuestra disciplina estimula hasta el infinito "el número de las opiniones acerca de la meta, del método, de la justificación, de la misión de la ciencia de la historia"[39], así como se vivió hasta el máximo la tensión entre el superespecialista, refugiado en la estrechez de la especialidad y en el trabajo sobre problemas parciales, frecuentemente minúsculos, con las esperanza, muchas veces desesperada, de que la suma de los buenos trabajos parciales acabaría integrándose, alguna vez, en una imagen de conjunto, y por otra parte, "personas de predisposición especulativa que trataron de vencer el caos creciente de los detalles elaborados en una

39 WAGNER, Fritz. *Ob. cit*. p. 275.

síntesis sistemática basada en una selección arbitraria de las observaciones empíricas y en morfologías de la cultura, a las cuales penetraron muchas construcciones llenas de fantasía"[40].

En este siglo prodigioso, la historia se expande caudalosa y tiende a abarcar el fenómeno humano en toda su extensión, con una afinamiento metodológico permanente, hasta llegar a la pretensión desbordante de que todo es historia y nada queda fuera del campo de la historia; así resuelve su vieja rivalidad con las ciencias naturales, asumiéndolas, en un acto de imperio que después, en el siglo XX, se ha venido revisando desde la perspectiva humilde de una disciplina que se sabe importante, pero que al fin de cuentas es una más entre tantas.

La historiografía del romanticismo y *del liberalismo. Positivismo* y m*arxismo.* Casi se puede adoptar como principio el hecho que la historiografía evoluciona esencialmente a instancias de grandes e importantes acontecimientos históricos, así tenemos que, gracias a la Revolución francesa y a la influencia de la escuela romántica, se desarrolla una reacción contra todo lo que representaba a la Ilustración, a partir de lo cual se afirma un nuevo concepto y un nuevo sentido de la historia. "La Revolución francesa y sus consecuencias inmediatas produjeron una transformación completa en la manera de considerar el valor y la tarea específica de la historia. Se creyó que en la historia residía una sabiduría oculta muy superior a toda perspicacia humana. La historia nacional fue considerada poco menos que la única digna de atención y dentro de ella el período medieval. Estas consideraciones inclinaron al Estado, sobre todo en Alemania, a favorecer los estudios históricos"[41].

En estas afirmaciones de Fueter, por un lado, se expresa la concepción romántica de la historia y, por otro, se intenta explicar el porqué Alemania va a ser el centro historiográfico más importante.

La teoría histórica del romanticismo se va a caracterizar por las siguientes ideas:

1. Las creaciones históricas no son productos conscientes de los individuos.

40 Ibíd. pp. 275-276.

41 FUETER, E. *Ob. Cit.* Pp. 91-92 (Tomo II)

2. Es necesario respetar la tradición como fuerza histórica.
3. Se establecen las diversidades fundamentales entre las naciones.
4. Se rechazan los factores económicos, concentrándose en la existencia de fuerzas míticas que denominaron "genio del pueblo".
5. Se muestran partidarios de un estatismo político. Eliminan a los hombres que tratan de crear, y ponen en su lugar fuerzas espirituales que operan misteriosamente. Personifican conceptos tales corno la nacionalidad, el derecho nacional, el arte nacional, la fe religiosa y les hace producir por sí mismas la historia; según Fueter, esta manera de ver ha dañado mucho la ciencia histórica.

Esta teoría se ha mostrado incapaz de apreciar la historia del absolutismo en los siglos XVII y XVIII (nótese que es el pasado inmediato), época que comprendieron tan mal como los iluministas a la edad media, y después desfiguraron los períodos por los cuales sentían preferencia. Así tenemos que, por ejemplo, los ingleses, que habían tenido la historia política más revuelta y de más ensayos político-revolucionarios, pasan por conservadores, en tanto que los franceses, cuya historia es un verdadero modelo de continuidad política, se tenían por revolucionarios natos.

"Como toda filosofía dogmática de la historia, la teoría romántica se concilia mal con la historiografía. Ello fue desarrollado sobre todo por hombres que se ocupaban poco de historia"[42]. Ejemplo de ello lo tenemos en F. C. von Savigny (1779-1861), jurista y estadista prusiano.

Simultáneamente, es un reto que se le planteaba a la nueva ciencia, en su pasantía a la madurez, con el auge y predominio de la corriente romántica e igualmente como consecuencia directa de la Revolución francesa, que al romper con todo lo anterior, propicia el desenmascaramiento total de la realidad anterior al decretar y generalizar la apertura de los archivos, medida de incalculable valor para el desarrollo de los estudios históricos en este período y subsiguientes.

El complemento necesario que hizo posible el cabal aprovechamiento de los archivos recién abiertos fue la llamada ideología histórica. En Alemania (G. de Humboldt 1767-1835), que a la par inaugura y fundamenta la

42 Ibid. p. 97.

historia de las ideas, a través de la búsqueda del fondo espiritual, las raíces teóricas de las grandes transformaciones históricas, establecía y practicaba el principio científico de ir directamente a las fuentes, al documento "ya que la idea no puede ser reconocida más que en y por los acontecimientos mismos".

Estas circunstancias preliminares a las grandes figuras de la historiografía alemana decimonónica, estarían incompletas sin la presentación, aunque somera, de quien tuvo la pretensión de resumir y encerrar en un sistema la realidad histórica total: G. W. F. Hegel (1770-1831) "Hegel reunió en su sistema panlogístico todos los aspectos del saber, y su historia universal abarcaba todas las formas del espíritu, porque era la meta misma del universo. Su unilateralidad intelectual autárquica le dio al principio una posición dominante en la vida cultural alemana"[43].

En este clima intelectual van a formarse y trabajar tres historiadores de los mayores que ha producido la historia: Niebuhr (1776-1831), Ranke (1795-1886) y Droysen (1808-1884), en la perspectiva de la crítica histórica y de la crítica filológica.

> Desde que con Blondus surgió la historiografía de las antigüedades, todo historiador erudito que se respetaba había buscado dar la apariencia de cimentar su narración en las fuentes..., además, los antiguos historiadores tenían el hábito de considerar todo escrito histórico como un bloque, se tratara de una fuente o de un escrito de segunda mano. Pensaban que el que estaba bien informado sobre un tema debía estarlo sobre todos. No se tomaban el trabajo de buscar de dónde podía haber sacado esos materiales el autor. En general sabían que narraciones aproximadas al tiempo en que habían sucedido los hechos eran más seguras que otras más recientes. Pero no se les ocurría preguntarse, en el caso de que no dispusieran más que de estas últimas, hasta qué punto podían pasar por reproducciones de antiguos y buenos datos[44].

Aquí es donde interviene el nuevo método de crítica filológica o crítica histórica.

> Se caracteriza porque el historiador, antes de ponerse a redactar su narración, examina las fuentes como tales y, eventualmente, las descompone. Hay dos operaciones a considerar aquí, una, el trabajo filológico propia-

43 WAGNER, Fritz, *Ob. cit*. p. 210.

44 FUETER, E. *Ob. cit*. pp. 137-138. (Tomo II).

> mente dicho, consiste en descomponer la fuente en sus elementos utilizables y no utilizables, sean los antiguos y los nuevos; sean las narraciones de primera o segunda mano. La segunda se ocupa de la crítica interna. Busca. descubrir la tendencia que ha guiado al autor en su composición y establecer la concepción que dominaba en su pensamiento. Quiere explicar la fuente por la situación de su autor[45].

Este momento culminante de la historiografía tiene en Niebuhr al filólogo y al erudito que se empeñó en conseguir la objetividad científica posible en la ciencia de la historia, luchando a brazo partido con su propia imaginación, a pesar de lo cual logró intuiciones geniales en la reconstrucción de la realidad a través de la interrelación de lo político, lo económico y lo social.

Niebuhr "formó un método exegético e interpretativo" que no sólo inspira y guía a todos los historiadores posteriores, sino que permite editar profusamente fuentes del siglo XIX.

Por su parte, Ranke va a representar la síntesis genial de una visión global, universal y sistemática de la realidad por él estudiada; por ello se somete, voluntario, y conscientemente, a la tensión del científico que quiere anularse como intermediario subjetivo, para llegar al metodólogo y crítico que apenas aspira a la objetividad más absoluta con su pretensión exacerbada de "conocer las cosas tal como sucedieron". Pretensión inalcanzable, pero que hizo posible conjugar el rigor científico con el descubrimiento fecundo del que supo no renunciar a la imaginación del artista. En él, de hecho, se da una síntesis extraordinaria de método, intuición y capacidad crítica, que aunque bordea permanentemente el escepticismo nunca llega a rendírsele; al contrario, a partir de allí funda su propia visión y su propia fe histórica.

Se le ha acusado de complejo y contradictorio, y no podía ser de otra manera para quien al modo sofístico, por ser historiador, nada de la materia histórica podía serle indiferente.

En compensación, Droysen significa el orden después del caos, ya que "logró la ordenación sistemática más importante de la historia como ciencia en la Europa del siglo XIX", a partir de la cual hace posible una lógica de la historia, sin la cual Dilthey y tantos otros quizás no hubieran logrado sus aportes fundamentales en esta dirección.

45 Ídem.

El siglo XIX se sigue configurando como el siglo de la historia por la actividad de los franceses, quienes siguiendo su tradición historiográfica se constituyen en el mejor y necesario complemento y contrapeso de la historiografía alemana. Así vemos como van surgiendo y cultivándose aspectos de suma importancia: se valoriza la literatura, ya no como simple objeto de placer estético, a la manera de Voltaire, sino como expresión de una realidad y en concordancia u oposición con la misma (es la época de la novela histórica); se desarrolla la llamada doctrina del color local, cuya importancia permitió establecer la dependencia de lugar y tiempo (historicidad) en que se encuentran los seres humanos, aunque tuvo como defecto grave fijar la atención en lo folclórico, en los detalles externos, en lo anecdótico, descuidando y dejando que se le escapara lo esencial de la realidad histórica.

Se sentaron las bases de la tendencia geográfica en historia (Ratzel), de tanta importancia en la historiografía posterior. Se cultiva la curiosidad por lo exótico y extraño, exaltando la curiosidad y la indagación del viajero y el cronista, lo que permitió una entrada de aire fresco al quehacer historiográfico que con demasiada frecuencia tendía a asfixiarse entre puros archivos y documentos.

Una enseñanza decisiva de este período historiográfico es que la concepción ideológico-política de un historiador es determinante en su concepción de la historia así como la experiencia política práctica es fundamental para el historiador (Thiers 1797-1877), Macaulay (1800-1859), Guizot (1787-1874), Prescott (1796-1859), Ranmer (1781-1873), Gervinius (1805-1871), Thierry (1795-1856), Michelet (1798-1874) y Carlyle (1795-1881).

La escuela romántica y liberal fue frondosa y fructífera en Alemania, Francia e Inglaterra. Sus cultores supieron labrar sus obras en el compromiso diario, en una tensión permanente entre el rigor científico y la intuición genial; al inclinarse la balanza de un lado o de otro, fue proporcionando los matices de una obra historiográfica importante como ninguna otra; de hecho, constituye el período clásico de nuestra disciplina. Esta obra historiográfica se nutre de las múltiples influencias existentes y de un rico substratum cultural y con todo, el siglo XIX no se haya agotado, al contrario a instancias de acontecimientos importantes (las sacudidas revolucionarias),

del gran desarrollo científico-tecnológico y de la gran prosperidad económica provocada por la revolución industrial y la expansión europea, la historiografía se apresta a dar otros aportes decisivos en el tránsito de la plena historización de la realidad con el consiguiente desarrollo de la consciencia histórica, proceso que culmina con el movimiento historicista y que va a servir de transición a caballo entre dos siglos, conjuntamente con la crisis creciente que se inaugura con la primera guerra mundial y la progresiva pérdida de optimismo.

Como decíamos en páginas anteriores, normalmente la historiografía es impulsada por los grandes acontecimientos; así va a suceder con la revolución de 1848, la cual marca el inicio de una manera definitiva, de la presencia real, viva y actuante del pueblo en la historiografía, haciendo retroceder o compartiéndose con la vieja concepción elitesca.

Ya la historia no es sólo un problema intelectual, moral, ideal, etc., sino una realidad que se mueve a instancia de motivaciones muy concretas (lo económico, lo social). Esta tendencia se va a corresponder con el realismo en arte y literatura.

"El apogeo de esta nueva historiografía se coloca en los años de 1850 a 1870". Era la época de las osadas síntesis científicas, de las esperanzas científicas ilimitadas.

Las grandes obras historiográficas de la época están representadas por *La historia romana*, de Mommsen (1827-1903); *La historia de la época revolucionari,* de Sybel (1817-1895); *Los orígenes del cristianismo*, de Renan (1823-1852; *La historia de la literatura inglesa"*, de Taine (1828-1863)"[46].

Tanto el historiador como la historiografía asumen el papel de factores conscientes de la grandeza y desarrollo nacional (no sólo estamos en el siglo del nacionalismo en auge, sin que esto había constituido una vieja tarea de los historiadores de todas las épocas: enaltecer su ciudad, estado o nación).

Afincada en el movimiento de 1848, la historia empieza a buscar las relaciones existentes entre los hechos económico-sociales y las instituciones políticas; sobre este particular destacan dos historiadores franceses: A. de Tocqueville (1806-1859) y Fustel de Coulanges (1830-1889). El prime-

46 *Ibid*. p. 212. (Tomo II).

ro es un auténtico antecesor de la historia estructural y concretamente de Braudel y su idea de la larga duración. "Antes que él nadie había penetrado tan profundamente la esencia ni reconocido tan claramente bajo las formas exteriores cambiantes, el núcleo permanente, la continuidad histórica"[47].

Tocqueville tiene la inmensa capacidad de la visión sintética, la visión de conjunto que, por ejemplo, en su libro *Democracia en América* le va a permitir vislumbrar no sólo el futuro de los Estados Unidos sino su proceso de convergencia y paralelismo con Rusia. Tocqueville, a la manera de héroe problemático, se va a constituir en contemporáneo del futuro en la medida que se sentía aislado de su época y de su país.

Coulanges, en cambio, se asimila a su época y se impone como tarea primordial, no juzgar sino explicar, comprender y tratar "de poner al desnudo los resortes ocultos del movimiento y de hacer derivar de ellos los hechos históricos. Las transformaciones de las condiciones sociales engendraron por sí mismas nuevas instituciones políticas"[48].

Esta historiografía de alto vuelo convivió con una escuela menor que, como las parásitas, siempre han existido a la sombra de los grandes árboles, una tendencia que cultivó lo parroquial, el populismo, lo folclórico, el patrioterismo popular, "tomaron exclusivamente como objeto de la historia la vida social y espiritual de los pueblos, es decir, de las clases que no tenían una parte directa en el gobierno"[49].

Se desarrolló especialmente en Alemania a través de Freytag (1816-1895) y Janssen (1829-1891).

En esta panorámica del siglo XIX y su historiografía, faltando por referir los aportes derivados del positivismo y el marxismo, se hace necesario y saludable un alto en honor de quien supo ser diferente en su concepción y tratamiento de la historia: J. Burckhardt (1818-1897); una diferencia originalísima enraizada en las más antiguas tradiciones clásicas y humanistas, "refiere la historia al hombre como portador y creador de cultura; al hombre cuyas formas de expresión cultural se modifican, pero cuyo ser espiritual es imperecedero. En las obras cumbres del arte es donde más claramente le

47 Ibid. p. 238. (Tomo II).

48 Ibid. p. 241. (Tomo II).

49 Ibid. p. 246. (Tomo II).

resplandece esta imagen interna del hombre; allá puede permanecer para obtener, del desfilar de los fenómenos, algo constante, típico, de interpretación inequívoca, altamente educativo. Lo estético, lo ético, lo político y lo religioso se reúnen en la historia como cultura"[50]. Concibe la historia a la manera de Huizinga. "La cuenta que una sociedad se rinde de sí misma"; elogia el diletantismo y al pensador asistemático; repudia "el mundo de la máquina y del estado nacional de fuerzas, el cesarismo, la masa proletaria y la democracia igualitaria, el mito biológico del progreso y el mito hegeliano del espíritu del mundo". Se elevó por encima de su época, en un afán de contemplación y equilibrio, en busca de lo esencial y eterno, de la conciliación de los opuestos dentro de un romanticismo inicial y un escepticismo-pesimismo que lo llevó a mirar lejos y desdeñar lo cercano por caótico y crítico, de allí su popularidad y vigencia en el siglo XX (siglo de crisis, violencia y conmociones de todo tipo), cuando su lectura es sosegante y nos permite una fe renovada en los valores permanentes de la cultura y en el hombre que ha sido capaz de producirlos.

A la altura de 1870, y a manera de inventario, la orientación de la historiografía abarca:

- La historia económica y social.
- Vivencia una crisis de la visión europecentrista y haciéndose posible una auténtica historia universal.
- Desarrollo de las ciencias sociales que empiezan a ejercer una grande y benéfica influencia sobre la historia.
- En el aspecto metodológico la historia tiende a afirmarse como disciplina autónoma.
- La tendencia a evitar en lo posible la especulación y las generalizaciones.
- La idea de que la historia es igual a vida y el historiador esencialmente debe nutrirse en esto.
- La historia como ciencia que se enriquece por los aportes provenientes de las ciencias naturales (evolucionismo, positivismo) y del marxismo.

50 WAGNER, F. *Ob. cit.* p. 313.

Como puede observarse, de hecho y a partir de 1870, se insinúa y tipifica todo el programa cumplido por la historiografía hasta nuestros días, programa que va a estar marcado profundamente por tres doctrinas: el positivismo, el marxismo y el historicismo y ya en pleno siglo XX por el cristianismo que, renovado, participa en favor de los afanes de la humanidad que busca desesperadamente un asidero, una referencia crítica y conceptual suficiente que le permita un margen existencial mínimo de seguridad.

El positivismo se muestra como la continuación natural de la ilustración y del racionalismo. "El relato del desarrollo histórico, que había llegado a ser tan popular en Alemania, fue usado para explicar los procesos naturales mismos (Spencer, Darwin). Con sus métodos, pronto las ciencias naturales se aprestaron a penetrar triunfalmente hasta el campo de la historia. Lo hicieron en una forma mucho más incondicional y unilateral que los racionalistas del siglo XVIII, y exigieron aún más, que la historia se elevara por fin, al rango de una ciencia natural, como lo expresaba J. Stuart Mill"[51].

La historia individualizó al máximo sus pesquisas y se contrajo metodológicamente al dato particular como fundamento de todo conocimiento histórico; vio en la historia un gran organismo diseccionable y comprensible a través del descubrimiento de leyes generales. El principal propulsor de esta tendencia y fundador en sí, fue Augusto Comte quien, en un intento por abarcar la realidad histórica global, distingue en la humanidad tres estadios o etapas sucesivas: la teológica, la metafísica y la positiva.

En la historiografía esta corriente estuvo representada por H. T. Buckle (1821-1862) y H. Taine (1828-1893).

Donde alcanzó verdadero auge el positivismo fue aquí, en América Latina, impulsando la generación de historiadores más homogénea y de más sistemática dedicación y resultados.

Se ubica dentro del positivismo el grupo más brillante que ha producido Venezuela en el campo de las ciencias sociales y quizás nuestro mejor historiador: J. Gil Fortoul.

El marxismo, a su vez, ha sido la doctrina de más intensa y extensa influencia en el siglo XX y lo que va del XXI. La historiografía se ha enri-

51 Ibid. p. 277.

quecido enormemente con sus aportes y, de hecho, en Latinoamérica ha permitido un auténtico redescubrimiento de nuestra realidad histórica. Los historiadores marxistas o aquellos marcados o influidos decisivamente por esta doctrina "han trazado nuevos rumbos a la historiografía universal, han desentrañado en la realidad histórica la dinámica de fuerzas aparentemente ocultas y en el proceso mismo de la investigación definieron esas mismas categorías"[52].

A pesar de una tendencia dogmática y esquematizante que inicialmente se reduce a un determinismo económico, historiadores fuertemente influidos por la línea político-ideológica, a pesar de lo cual "no se puede silenciar el aporte en conjunto y el haber trazado un rumbo diferente a los estudios históricos de acuerdo con la metodología inspirada en el marxismo"[53].

De hecho, no hay historiador que de una u otra manera no haya experimentado, total o parcialmente, esta influencia.

La concepción de la historia de K. Marx (1818-1883), el materialismo histórico y el materialismo dialéctico "está indudablemente acuñada por el dominio de la imagen del mundo de las ciencias naturales. El hombre se halla encerrado en la cadena de la estructura del medio, al que se adapta; solamente a través de la transformación de éste puede obtener un mejoramiento de su estado. El carácter económico-sociológico de la historia corresponde a la razón y se desenvuelve en un proceso dialéctico, puramente terrenal, de necesidad lógica. Marx pone las fuerzas materiales de la producción en el lugar del mundo de las ideas de Hegel, y quiere sin embargo, servir un fin más elevado, el estado social mejor y más feliz, a través de la socialización de estas fuerzas, que se realiza mecánicamente. El hombre declarado producto del medio, es llamado, al mismo tiempo, a autoliberarse y a ser creador de una sociedad ideal"[54].

Mientras que el positivismo fue para la historia un estímulo, el marxismo es un método asombrosamente fecundo, el historicismo se constituye en el intento de absolutización más importante desarrollado por la historia

52 BRITO FIGUEROA, F. *La historia en la U.R.S.S.* Ediciones Revista Venezolana de Sociología y Antropología. p. 25.

53 Ídem.

54 WAGNER, F. *Ob. cit.* p. 284.

como ciencia; de la pretensión de las ciencias naturales por convertirnos en vasallos, hemos pasado a la realidad opuesta. Toda realidad es realidad histórica y, por consiguiente, objeto de conocimiento histórico y éste a su vez se nutre en la conciencia histórica.

El historicismo va a ser el último gran aporte historiográfico alemán (para Meinecke, el segundo gran aporte alemán después de la Reforma) antes de cederle el liderazgo, a partir de entonces en el siglo XX a Francia.

El historicismo se centró en dos ideas claves: desenvolvimiento y continuidad —hoy tan maltratadas por los acontecimientos del siglo XX— y se fue tipificando a través de los diversos autores: W. Dilthey (1833-1911), E. Troeltsch (1865-1923), M. Weber (1864-1920), F. Meinecke, Lamprecht, Spengler, Croce, a través de las siguientes características:

1. La historia humana es cambio, evolución, devenir perpetuo.
2. No existen verdades, ideas o valores universales y eternos.
3. Cada hecho o proceso histórico tiene una individualización absoluta dada la multiplicidad y variedad de lo humano, aunque admite el uso del método comparativo.
4. No existe una naturaleza humana inmutable.
5. El hombre social es un ser histórico.
6. Los fenómenos psicológicos, sociales, culturales, etc., son históricos, pues el objeto de la historia es la suma de la existencia. Esto es historicismo en sentido restringido.
7. Todo juicio lógico o vulgar es juicio histórico.
8. Cada época se explica en una unidad teniendo en cuenta antecedentes, ambiente, etc.
9. Una concepción histórica del mundo sustituye a las concepciones filosóficas o teológicas del mundo"[55].

El historicismo presente todavía, aunque en retroceso, no sólo significó la relativización de todo sino el cinismo de una generación creyente en la determinante absoluta de "tiempo y lugar", generación escéptica y pesimista en la medida que la historia del siglo XX se les fue presentando como una

55 RAMA, Carlos M.

discontinuidad revolucionaria y convulsiva. Para G. Barraclough, el historiador posterior a 1945, redefiniendo su condición frente a las nuevas realidades necesita, como condición *sine qua non*, superar el mito historicista.

Como reacción frente a las tres corrientes antes nombradas y a la vez estimulado por las mismas, el pensamiento cristiano se vuelca decisivamente hacia la reflexión histórica, empalma en la vieja tradición agustiniana y se constituye en una de las referencias obligadas, no sólo ya de la filosofía de la historia sino de una teoría de la historia en general para el historiador de hoy; nombres como los de: J. Maritain, Teilhard de Chardin, E. Mounier, J. Lebret, H. Butterfield, K. Lowith, C. Dawson, K. Jaspers, P. Tillich, son inseparables en el estudio de la reflexión histórica y la producción historiográfica hoy.

Siglo XX

> *Períodos de avance, de seguridad y pacífico disfrute —como al fin y al cabo fue el siglo XIX para el historiador profesional— engendran una cierta actitud hacia el pasado, como tiempos de derrota y colapso producen otra actitud distinta, y traen consigo la necesidad de explorar en busca de nuevas rutas.*
>
> G. Barraclough

> *La historiografía contemporánea occidental reclama un serio esfuerzo de clarificación.*
>
> Ángel A. Castellán

El siglo XX, en la perspectiva historiográfica, se nos presenta como una culminación y un comienzo. Decimos culminación porque la historiografía nos ha demostrado dos cosas muy importantes: la historia como disciplina ha delimitado sus áreas de estudio y ha desarrollado su propio método, y decimos comienzo porque, a pesar de evidente madurez de la historia, ésta se enfrenta, especialmente a partir de 1945, a nuevas tareas de definición y al establecimiento de nuevos objetivos. Lo normal del cultivo historiográfico hoy es la convivencia de tendencias, definiciones y aspiraciones diversas y, en el caso latinoamericano (realidad dependiente), a la par que participamos, en teoría y metodología, de las corrientes más avanzadas, en la práctica historiográfica seguimos rezagados en muchas áreas y con enormes lagunas tempo-espaciales por llenar ordenadamente. De hecho, nos movemos simultáneamente entre

el cronista aficionado, el erudito sin destino, el especulador nato y el historiador serio que, a la par que trata de suplir las tareas más urgentes (Historias locales, regionales, nacionales; historia económica, social, de las ideas, cultural, etc..., búsqueda y organización de fuentes, organización de archivos y bibliotecas, etc.) trata de manejar con soltura la más novedosa teoría de la historia que le permita acceder a la condición de historiador universal, como paso previo a la presencia de nuestros continentes (América Latina, África y Asia) en el liderazgo del mundo en la nueva época que se inicia.

La historiografía del siglo XX va a estar comandada e inspirada, sin duda alguna, por la llamada Escuela Francesa, primero en torno a la *Revista de Síntesis Histórica* orientada por H. Berr y posteriormente alrededor del grupo de la revista *Annales* (L. Febvre, M. Bloch, F. Braudel, C. Morazé). Todos estos historiadores constituyen, inicialmente, una reacción a las exageraciones cientificistas y eruditas que tendían a asfixiar a la historia en detalles y particularidades; según el decir de M. Bloch, el historiador llegó solamente a ser capaz de mirarse el propio ombligo, sin ir más allá, sin ni siquiera intentarlo; igualmente L. Febvre nos dirá que el historiador, al menospreciar la vida, circunscribiéndose al documento y al archivo, está renunciando a la verdadera inspiración del historiador. Esta reacción de afirmación existencial y vitalista fue acompañada por una búsqueda afanosa de nuevos métodos y nuevas experiencias, especialmente desde la perspectiva de la historia social y económica, así como la perspectiva de la historia estructural. Sin lugar a dudas, el exponente historiográfico mejor logrado de estos historiadores y estas tendencias es *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, de F. Braudel.

Esta escuela francesa, hoy en pleno vigor y expansión, nutre de hecho a nuestra disciplina de tal manera, que ningún historiador, no importa la tendencia o especialidad, escapa a su influencia.

Ahora bien, como reconocía el mismo Febvre, todo esto fue posible gracias al rigor técnico-científico de su formación inicial, así como a los aportes e intuiciones de historiadores geniales como H. Pirenne.

Alemania en el siglo XX apenas cosecha, empobreciéndola, la siembra del XIX; a falta de otra cosa se dedica a sistematizar y reflexionar sobre la historia como ciencia, iniciándose nuestro siglo con los excelentes manuales de *Introducción a la historia*, de G. Bauer y E. Berheim.

Se da también el canto de cisne del sombrío y profético Spengler, con su *Decadencia de Occidente*, verdadero final patético de una historiografía que se agotó en sus excelencias.

Con posterioridad les ha faltado tiempo para asimilar su alucinante peripecia histórica, que se inicia con la derrota, en la primera guerra mundial, la gran crisis económica posterior, el ascenso del nazismo, la derrota en la segunda guerra mundial, el desmiembramiento nacional y un lacerante complejo de culpa.

Las nuevas promociones de historiadores tratan de establecerse en la filiación y continuidad de los grandes historiadores germanos del siglo XIX, reconciliándose con otras escuelas y tendencias. Si en Alemania el panorama ha sido sombrío, no ha sido así en Inglaterra, donde sin estridencias han surgido una serie de historiadores, verdaderos maestros, comenzando por Lord Acton y el famoso Arnoldo Tóymbee, quienes continúan a través de G. Barraclough, acucioso teórico que le busca una nueva justificación a la historia y al historiador, enfrentado a las nuevas realidades y tareas múltiples de un siglo multifacético y complejo. Por otro lado, E. H. Carr, historiador de la revolución bolchevique, es la cima de toda una riada de historiadores que no sólo se han ocupado, como jamás se había intentado, de la historia contemporánea, sino que lo han hecho dotados como nadie, de una sensibilidad especial.

En torno a estos tres países, epicentros de la historiografía universal, ésta se ha desarrollado como heredera e innovadora; de hecho, todas las historiografías nacionales han recibido esencialmente estos influjos y estímulos, aunque con ello no desconocemos la riqueza y variedad original que se ha dado en tantos otros sitios.

España, dentro de una larga tradición historiográfica y erudita, se renueva a instancia de Vicens Vives y su escuela que no sólo introduce en España las nuevas corrientes, sino que estimula revisiones interesantes, especialmente en el estudio de América hispana, tal como lo hace M. Hernández Sánchez Barba en su interesante *Historia universal de América*.

Aquí en América, una sólida escuela anglosajona se ha compartido con una amplia escuela latinoamericana, si no original por lo menos entusiasta, en un proceso rápido de superación de etapas.

En este sentido, México es pionero y estímulo; allí se ha logrado no sólo una escuela seria de investigadores, sino que se están sentando las bases con respecto a que de la comprensión de lo particular se puede llegar al estudio y comprensión de lo universal.

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el Colegio de México son las referencias obligadas de toda indagación historiográfica hoy en Latinoamérica. De la historia mundial occidentalizada hemos pasado a la historiografía occidental del mundo. Hoy la historiografía renueva y amplía su campo, tanto desde el punto de vista de la teoría y filosofía de la historia, como desde el punto de vista temático; de hecho, el historiador se ha abierto, asombrado e interrogante, ante el amplio aspecto fenomenológico del mundo contemporáneo: guerras, crisis, revoluciones, descolonización, violencia, tecnología, desacralización, etc. No solamente se han enfrentado a los problemas metodológicos y filosóficos (Aron, Collingwood, Marrou, Walsh), sino que lo han hecho con la conciencia imperativa de utilizarlo corno medio para una comprensión nueva e integral del hombre. De hecho, hoy, nada escapa a la atención y al interés del historiador, tal como se demuestra, por ejemplo, en el temario del XIII Congreso Internacional de Historiadores realizado en Moscú en 1970, así como en la profusión y calidad de las historias generales y universales.

Igualmente se está consciente de la importancia de la problematicidad metodológica que somete al historiador y a su disciplina a una justificación y redefiniciones permanentes, además de colocarlo sabiamente en un punto equidistante de la erudición necesaria y la intuición existencial imprescindible, todo ello gracias a una preparación técnico-metodológica exigente, una cultura extraída y confrontada permanentemente de la vida y de la realidad.

Nunca, como hoy, el historiador había estado mejor pertrechado y auxiliado (con el desarrollo de las ciencias sociales) en sus tareas, pero igualmente nunca las tareas del historiador habían sido más exigentes.

No quería terminar este sucinto bosquejo de la historiografía sin una referencia, más breve todavía, sobre nuestra historiografía, así como estudio y enseñanza de la Historia en Venezuela.

Paradójicamente, hemos sido un pueblo de gran tradición historiográfica, al mismo tiempo que hemos padecido y padecemos una penuria impre-

sionante de ciertos estudios históricos, por ejemplo en el campo de la historia regional y local, así como en la proyección universal de nuestra historia, ni hablar de la inexistencia de las necesarias monografías en la perspectiva de la economía, de lo social, del arte y la religión, etc. Nuestras síntesis, cuando no son plagios descarados, son ensamblajes artificiales.

En relación con el estudio y enseñanza de la historia, basta con decir que es opinión generalizada que la enseñanza de la historia es vacía e inconsistente, y de ella apenas se justifica acordarse en las fechas patrias.

Esta realidad nuestra, se explica a través y en correspondencia directa, con nuestra situación de atraso y dependencia, pero precisamente por ello mismo estamos obligados a un esfuerzo doble para no sólo desarrollar unos estudios históricos de primera categoría, sino además estimular una historiografía temática y metodológicamente actual que, aunados, nos proporcionen la conciencia histórica requerida para acceder a nuestra plena soberanía y desarrollo.

La historiografía venezolana ha sido caracterizada por el profesor G. Carrera Damas como inexistente o, en el mejor de los casos, como deficiente; para ello llama la atención sobre sus fallas fundamentales:

1) *Temática hagiográfica:* Nuestra historia se nos ha convertido en un santoral de nombres y fechas, mitos y leyendas.

2) *Periodificación subjetivista y antihistórica:* Despachamos las centurias pre-hispánicas, así como el período colonial, en cortas e imprecisas páginas: mientras que nos explayamos en el período independentista, nos avergonzamos de la República caudilesca y oligárquica; ignoramos la contemporaneidad.

3) *Descuido de las fuentes:* Descansan su olvido cuando no su destrucción. El trabajo de archivo (búsqueda, catalogación, organización, consulta, etc., de documentos, de testimonios en general) está por hacerse, de allí que, entre nosotros, no se ha hecho o se ha hecho empíricamente una sistemática investigación histórica propiamente dicha.

4) *Olvido de las provincias históricas:* La historia ha sido escrita "amarrada a la cola del caballo de Bolívar", expresión gráfica a través de la cual se quiere indicar la falta de criterio geográfico entre nuestros historiadores, que han despreciado e ignorado la mayor parte del territorio nacional.

5) *Ausencia de técnicas, métodos y criterios:* Precisamente lo que hace de la historia una ciencia ha estado ausente entre la mayoría de nuestros historiadores, de allí que éstos, en el mejor de los casos, no han pasado de ser simples literatos.

Está de más advertir que estas apreciaciones y generalizaciones excluyen a aquellos historiadores de casta y valía que, aun cuando pudieran incurrir en algunos de los errores anotados, se colocan por encima gracias a su profesionalismo, capacidad y genio historiográfico.

En lo que respecta al estudio y enseñanza de la historia, entre nosotros, brevemente podemos llamar la atención sobre sus aspectos críticos más resaltantes. Se utilizan:

1. Programas inadecuados: Éstos responden a criterios particulares y oficialistas, con excepción de los elaborados en las universidades, aunque estos últimos igualmente adolecen de un tradicionalismo paralizador.
2. No se toma en cuenta la edad del educando para orientar el contenido programático.
3. Inadecuada formación y estancamiento progresivo en el maestro y en el profesor.
4. Patrioterismo deformante en la enseñanza, así como inhibición crítica ante los hechos que se estudian.
5. Noción insuficiente y deformante de tiempo y espacio, tanto en el educador como en el alumno.
6. Ignorancia y divorcio de lo contemporáneo.
7. Escasa capacidad de memoria lógica; predomina y se estimula la memoria mecánica, así como el pensamiento y la representatividad simple.
8. Divorcio entre aula y sociedad, enseñanza y realidad; entre historia y vida.
9. Nula o escasa participación del alumno en el proceso del aprendizaje, a la que se suma una crónica falta de material didáctico y bibliográfico.
10. Falta de conciencia histórica generalizada.

En fin, como se puede observar, en Venezuela tenemos planteada una inmensa responsabilidad todos aquellos que nos dedicamos a estos menesteres del estudio y enseñanza de la historia; por un lado, crear y fortalecer una conciencia histórica que, a partir de nuestra identidad, nos lleve a ocupar nuestro lugar entre los pueblos del mundo, poniendo fin a nuestra crisis de pueblo, en el decir de M. Briceño Iragorry; y por otro lado, dignificar la profesión y el quehacer historiográfico elevando, entre nosotros, a la historia a su legítima condición de disciplina científica. En este orden de ideas, creemos que la primera palabra y la máxima responsabilidad recae en nuestras universidades y, concretamente, sobre las escuelas, departamentos e institutos de historia.

Es de allí donde puede y debe surgir una nueva historia, así como los lineamientos esenciales para una política de los estudios y enseñanza de la historia en todos los niveles. Con esto no desconocemos ni el mérito ni la responsabilidad de otras instituciones, como por ejemplo, la Academia Nacional de la Historia, que, no obstante, por su condición oficial y anquilosamiento, difícilmente asuma este compromiso, a diferencia de lo que pasa con las universidades, cuya autonomía y libertad académica las convierten en las más idóneas para encarar las tareas propuestas.

Capítulo III

I. Teoría de la Historia

Tiempo y espacio

Son dos problemas fundamentales, referencias necesarias de la historia, límites y recursos metodológicos imprescindibles. Son el nombre y el apellido de la historia; sin ellos la identidad de nuestra disciplina se diluiría en una inexactitud e imprecisión que harían imposible el juicio y la conciencia histórica.

Problemas que han preocupado fundamentalmente a filósofos y físicos, pero que atañen decisivamente a los historiadores en sus manifestaciones concretas de tiempo y espacio histórico.

"Kant designó espacio y tiempo como las dos formas de la intuición sensible, como principios del conocimiento a priori y vio en el espacio una necesaria representación a priori que subyace a todas las intuiciones externas en tanto que se define al tiempo como una condición a priori de todo fenómeno en general". Simmel habló del "tiempo como solamente una relación de los contenidos de historia entre sí, en tanto que la totalidad de la historia es atemporal", concepto que amplía la afirmación aristotélica: "tiempo es la medida del movimiento en relación al antes y al después".

Tanto Husserl como Bergson distinguirán un tiempo concreto, tiempo subjetivo producto de la experiencia biográfica, del "tiempo abstracto, tiempo objetivo, producto de una racionalización". Los físicos, a partir de la teoría de la relatividad de Einstein, nos hablarán "de un continuum, cuatridimensional de tiempo y espacio". Un viaje especial a una velocidad cercana a la velocidad de la luz que dure diez años, el regreso plantea a los viajeros un problema como el de encontrar a su planeta mil años más viejo.

Lo anterior apenas pretende ser un muestrario al azar, de la complejidad temática y el sinnúmero de respuestas posibles; una cosa hay en común y es que el concepto de tiempo y espacio son dos referencias profundamente existenciales, casi diríamos orgánicas: llegamos a la comprensión de ellas a partir de nuestras experiencias vitales más profundas y esto es lo que precisamente le concede valor y posibilidad al historiador en el tratamiento de esta problemática, ya que a partir de estas vivencias llegamos al concepto de tiempo y espacio histórico.

El tiempo histórico ha sido entendido esencialmente de dos maneras como un retorno cíclico y como una progresión lineal, hasta un fin fuera de la historia; las otras concepciones no son más que combinaciones o variaciones de estas dos ideas.

El sentido cristiano de la historia, igual que el marxista o el progresismo liberal, es teleológico. El sentido catastrófico de la historia de O. Spengler es cíclico; Toymbee explica todas las historias cíclicamente, menos las últimas etapas, las actuales, en donde plantea una posibilidad teleológica.

Tiempo histórico

El tiempo histórico para el historiador, es la posibilidad y la necesidad de comprensión de una época distinta y lejana; por lo que debe elaborar toda una racionalización que le permita fijar y delimitar el momento histórico en cuestión. Para ello necesita de una serie de referencias, las más usuales, las llamadas décadas y centurias. En este caso, la cronología respondería a las unidades, diez años, cien años, ambas dimensiones contenidas en la experiencia vital de todo individuo. Igual sucede con el criterio generacional, una división temporal producto de la experiencia compartida por un grupo humano, en una escala de treinta años aproximadamente.

Cualquiera que sea el criterio utilizado, lo importante es señalar su convencionalismo. Todo criterio de periodificación, tiene ventajas y desventajas, así como se encuentra profundamente condicionado por el tipo de material histórico que se pretenda contener.

Toda periodificación es convencional, es una racionalización de la historia en su proyección temporal y casi siempre responde a exigencias pedagógicas de comprensión y claridad. En este sentido, la cronología es auxiliar indispensable para la cabal comprensión histórica.

Para el historiador, es fundamental saber distinguir el *antes* y el *después*. Tener una clara conciencia de época histórica, tanto de su ubicación cronológica como de su esencialidad definitoria. A este respecto, es bueno apuntar una exageración cronológica en que normalmente se incurre dentro de nuestro medio, en todos los niveles educativos, en el estudio y enseñanza de la historia, ésta es el culto a la fecha por la fecha en sí; a nuestros estudiantes se les atiborra de ellas, de tal manera que, llegado un momento, las saben de memoria, pero les resultaría difícil ubicarlas en un contexto histórico mayor, por ejemplo, en una época.

La problemática del tiempo histórico nos lleva hoy a plantearnos una serie de problemas a los cuales el historiador se ve enfrentado constantemente:

a) El problema de la continuidad y la discontinuidad. Causas y efectos

Una verdad de Perogrullo nos enseña que todo hecho histórico tiene unas causas y produce unos efectos, de allí ese sentido de imbricación y dependencia en la realidad histórica, que se traduce en el momento de periodificar cómo precisar y delimitar el fin de una época o período y el comienzo de otro. Hoy en día se rechaza el simplismo de dar día, mes y año para identificar la divisoria entre una época y otra; al contrario, tiene razón Barraclough cuando rechaza este criterio y propone el principio más flexible de distinguir un período de otro a través de la supremacía y presencia de unos rasgos o características dominantes de una época sobre otra.

Una evidencia que ha sido ley para los historiadores se refiere a la continuidad radical de la historia; nadie pone en duda que el hombre es heredero de su pasado, heredero y producto de una larga línea evolutiva, dentro de una dinámica de renovación incesante.

Si bien compartimos esta evidencia, resulta interesante anotar una idea que anda por allí, como consecuencia de la observación del caótico y complejo mundo contemporáneo, la idea de una discontinuidad en la historia, como si ésta marchara o progresara a saltos, salto que adquirió proporciones gigantescas en el siglo XX.

No se olvide que hay una corriente historiográfica que identifica a los siglos XIX y XX como los siglos de las revoluciones, y la primera impresión que produce una revolución es, precisamente, la de un cataclismo

que acaba con un pasado e inaugura un futuro cuyo signo es la ruptura total con todo lo anterior. Una observación más atenta del fenómeno revolucionario nos demuestra fehacientemente que la ruptura total sólo es aparente y superficial, porque en el fondo hay una continuidad, que se evidenciará a la larga, cuando el proceso revolucionario se haya asentado, ya que resurgirá a la superficie el hilo vivo de la tradición histórica; como ejemplo allí tenemos a Rusia, uno de los países más tradicionalistas del mundo de hoy, en el mejor y el peor sentido de la palabra. Si nos hemos detenido en esta idea de la discontinuidad, lo hemos hecho en un afán de reflejar el estupor y desconcierto que, hasta en los historiadores, ha sido capaz de producir el mundo de hoy.

b) Cuadros y secuencias. El problema de las duraciones

Lucien Febvre, criticando cierto tipo de historia de manual, la llamó "historia-cuadro", dando a entender con ello que es lo opuesto a lo que él llama "historia-vida", es decir, aquella historia intemporal, sin vida y sin sangre, momificada, en oposición a la vitalidad y dinamicidad de la auténtica historia.

La historia que se despoja de su vitalismo, de su carga secuencial, es una historia suicidada.

Íntimamente relacionadas con esta problemática de proyección temporal del hecho histórico, están las tesis de Fernand Braudel sobre la duración, enfoque nuevo y original, ubicado dentro de las corrientes estructuralistas. La historiografía ha oscilado, según Braudel, entre la historia fáctica o de corta duración y la historia coyuntural, especialmente la económica y social, o de duración media. Ambas formas, según nuestro autor, incurren en un error de perspectiva: una se queda en la anécdota y la otra en la simple historia de causas y consecuencias; Braudel nos propone una tercera posibilidad, no necesariamente excluyente, la larga duración, la historia capaz de bucear tan profundamente que logre identificar las líneas profundas del acontecer histórico, en donde el hecho particular apenas es su manifestación superficial.

La larga duración es la auténtica realidad histórica, es la proyección en siglos de elementos y factores condicionantes del hombre: una idea, una institución, un sistema, elementos que en el desarrollo de sus potencialida-

des van tipificando todo el acontecer histórico. El historiador llega a comprender realmente la realidad histórica solamente a través de estos elementos de larga duración.

Precisamente, la historia puede aportarle algo importante a las demás ciencias sociales en esto de las duraciones; no hay nada más engañoso que el tiempo del sociólogo o del economista o del político, tiempos cortos por excelencia y por consiguiente engañosos. En cambio, el tiempo del historiador es tan largo que le permite diferenciar lo esencial de lo accesorio y para ello nada más útil que su sentido de las estructuras, vocablo asimilado de otras disciplinas, pero enriquecido extraordinariamente:

> Buena o mala —la palabra estructura— es ella la que domina los problemas de larga duración. Los observadores de lo social entienden por estructura una organización, una coherencia, unas relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, los historiadores, una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda, enormemente, en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas constituyen, al mismo tiempo, sostenes y obstáculos. En tanto que obstáculos se presentan como límites (envolventes, en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. Piénsese en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad, y hasta determinadas coacciones espirituales: también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración[56].

Cuando nos enfrentamos angustiados a los problemas de hoy, avasallantes y graves, sólo la perspectiva histórica del tiempo: la duración, puede convertir nuestra actitud en optimismo y nuestra acción en eficaz, porque tenemos fe en ella.

Todo esto puede resumirse en el viejo precepto bíblico, del tiempo de Dios y tiempo de los hombres; así como hay un tiempo de cosas y cada cosa a su tiempo, hay un tiempo más real que otros y éste es la larga duración, el más auténtico tiempo de la historia.

56 BRAUDEL, F. *La historia* y *las ciencias sociales,* Alianza Editorial, pp. 70/71.

c) Aceleración y evasión histórica. Conclusión

A manera de conclusión, queremos referirnos a algunas ideas de carácter general y específicamente a dos problemas que tiene planteados el hombre de hoy.

El historiador, además de las cualidades que debe reunir, encuentra una especie de perspectivas históricas que le permiten caer en cuenta de que, si bien está condicionado profundamente por su época, necesita de un poder de ubicuidad temporal —los psicólogos lo llaman empatía— para poder estudiar y comprender cualquier época pasada.

Además, es importante tener en cuenta el problema del presente en el pasado, lo que E. Croce identificó con la frase "toda historia ha sido contemporánea". Todo hombre en la historia vivió un presente, esperó un futuro y sintió un pasado. Hay que intentar situarse en su momento y lugar; de lo contrario, la historia se nos convertiría en una fábula absurda e incomprensible. El historiador debe tener el sentido del momento histórico que estudia, así como la percepción de la distancia real entre una causa y sus efectos; la conciencia clara del tiempo de difusión e influencia de unas ideas o de unos acontecimientos. Si no es capaz de todo esto, el tiempo histórico será para él, una pobre y débil proyección de su estrecho presente. Nuestro diálogo con el pasado tiene sentido, cuando el pasado, significa algo para nosotros, un algo con el cual simpatizamos y por consiguiente podemos comprender.

El historiador debe evitar todo esquematismo temporal; por principio, desconfiar de toda periodificación. El pluralismo histórico sobrepasa el problema del tiempo periodificado, no siempre las edades se corresponden en los diferentes continentes y países, ni los elementos culturales y civilizatorios que configuran al ser humano evolucionan al mismo tiempo.

El problema del tiempo histórico nos proporciona hoy dos tentaciones intelectuales: el tratamiento de la aceleración histórica, así como el de la evasión histórica. Hans Freyer identifica el primer problema con la frase "la simultaneidad de lo no simultáneo", entendiendo con ello la convivencia, en nuestros días, en una misma sociedad, de varias etapas históricas y por consiguiente de varias culturas; por ejemplo, en las comunicaciones dentro de un mismo país, se puede utilizar, indistintamente, el avión supersónico y la tracción animal. Esto ha significado un verdadero reto a la imaginación, así como al sentido progresivo y gradualista que teníamos del suceder

histórico. Hoy un pueblo africano se incorpora rápidamente a la contemporaneidad, saltándose etapas previas y haciéndolas convivir. Fenómeno excepcional —gracias al desarrollo científico y tecnológico— aunque no novedoso, ya que una atenta observación histórica nos enseñaría una especie de encogimiento de las etapas o épocas históricas; la humanidad, cada vez en menos tiempo, ha pasado de una época a otra, de una a otra etapa.

La otra tentación del especular histórico la constituye la evasión en el tiempo, la historia convertida en refugio de personas y pueblos que "no están a las alturas de los tiempos". Aquí vale el decir del poeta, todo tiempo pasado fue mejor, o el escapismo futurista, todo tiempo futuro será mejor. Ni una cosa ni la otra.

A este respecto vale la pena anotar que en Venezuela hemos sufrido y sufrimos esta enfermedad; del pasado, apenas valorizamos la Independencia; lo demás es pensar en nosotros siempre como posibilidad, como futuro, mientras el presente se nos escapa en una mediocridad histórica que nos ha impedido, hasta ahora, ser contemporáneos de la avanzada de la humanidad, lo cual en su nivel concreto ha significado una permanente y siempre renovada dependencia, dependencia terrible no sólo por la duración sino también por su multiplicidad.

El espacio histórico

> *Sabemos que la tierra ayuda al hombre, que lo estimula y que lo decepciona: lo que deseamos conocer: es la importancia real de las influencias geográficas y de las reacciones humanas en el desarrollo de la historia.*
>
> L. Halkin

El espacio histórico es la presencia permanente de la geografía en la historia, esa dialéctica del dar y el recibir, en donde el hombre se permite una superioridad de decisión y de acción, pero siempre atento a lo imprevisible y amenazador de la naturaleza, así como a sus propias leyes; a esto hoy lo llamamos equilibrio ecológico, una frase que encierra el sentido profundo de interdependencia entre el hombre y la geografía.

Para llegar a esta definición teórica —todavía muy lejos de la práctica— hemos tenido que superar, por un lado, el determinismo geográfico y, por otro, la prepotencia de los seres humanos. De allí que particularmente me

agrada la fórmula de Carr trasladada, en este caso, al tema en cuestión: lo que existe es un permanente diálogo entre el hombre y el medio. El espacio histórico o la geografía histórica no son otra cosa. El hombre está reflejado en el espacio; y éste está reflejado en el hombre.

A la idea de espacio nosotros llegamos existencialmente. Saber ver y calar nuestra circunstancia histórica no sólo es necesario sino que constituye una experiencia extraordinaria; en este sentido, nuestra percepción y conciencia del espacio varía: se amplía o se reduce, se empobrece o se enriquece, nos emociona o nos es indiferente. Por ejemplo, actualmente lo que hemos perdido en profundidad de conocer y sentir el espacio inmediato, lo hemos ganado en amplitud y universalidad. Es muy difícil que hoy algún paisaje nos resulte extraño; hasta la misma tierra la hemos podido observar en su totalidad esférica, así como en su insignificancia planetaria. El sentido de distancia se ha acortado, pero igualmente se ha reducido la capacidad de sentir profundamente el espacio, la naturaleza toda.

El problema del espacio nos plantea ingentes problemas históricos de la influencia del medio, así como el de la interdependencia entre éste y el ser humano; el problema de la territorialidad y las fronteras; la proyección espacial de culturas y pueblos y en la época actual, el no menos importante problema de la sobrepoblación, así: como el de la sobreexplotación y empobrecimiento progresivo que está sufriendo toda la tierra.

El espacio terrestre es una unidad diferenciada; por consiguiente, es una problemática común y diversa. El hombre se enfrenta a ella como un reto permanentemente renovado.

El espacio le habla al historiador, igual que un documento o un mapa. Para muchos historiadores es artículo de fe creer en la imposibilidad del conocer histórico sin la experiencia visual de la territorialidad o espacialidad del hecho que se estudie. Realidad que, trasladada al terreno didáctico, hace imprescindible la utilización de gráficas y mapas en el estudio —y enseñanza— de la historia, recurso hoy posibilitado extraordinariamente gracias al desarrollo de las técnicas audiovisuales, así como al perfeccionamiento y generalización de la técnica gráfica.

> La estrecha relación existente entre la geografía y la historia es tan antigua como ambas ciencias y se manifiesta ya de manera viva en las narraciones de

> Heródoto. Las dos disciplinas se complementan precisamente por su naturaleza, pues todas las situaciones y los acontecimientos humanos estudiados por la historia están indefectiblemente ligados al espacio, como todas las situaciones naturales, culturales y políticas del globo tratadas por la geografía, lo están al tiempo. Pero la constante transformación de estas situaciones es objeto de la consideración histórica. De ello deriva la necesidad de un enfoque geográfico de los escenarios históricos para el historiógrafo y de un estudio histórico de las zonas terrestres cuyo estado actual no podría comprenderse sin conocer el que tuvieron anteriormente, para el geógrafo. Por eso la introducción a una obra de historia debería consistir siempre en el examen de la escena ocupada por colectividades humanas estáticas y animadas por los hechos y las vicisitudes de los pueblos y los estados[57].

De la geografía de Ratzel (determinismo) al servicio de la interpretación histórica, hemos pasado a la colaboración más fecunda con las tesis de Vidal de la Blanche y su escuela (posibilismo geográfico).

Hoy geografía e historia marchan juntas, lo cual no significa que lo hagan sin problemas.

La geografía se ha centrado en el hombre (geografía humanista) y la historia pretende reinterpretar todo el pasado humano, en su afán desesperado por contribuir a una nueva definición del hombre, así como a una mayor y mejor comprensión del fenómeno humano global a través del proceso civilizatorio (antropología filosófica).

Esta colaboración se hace patética en un momento cuando el hombre contemporáneo, en su voracidad, está destruyendo su hábitat en un suicidio a corto plazo, incomprensible en una especie que se autocalifica de racional.

La humanidad se enfrenta a sus mayores retos: la sobrepoblación y la contaminación ambiental; el éxito o el fracaso dependerá, en gran medida, del grado de conciencia histórico-geográfica que logremos desarrollar.

Paradójicamente, cuando el espacio se ha hecho planetario y universal, la tierra sigue siendo la tierra prometida y nunca, como ahora, morada del hombre. Si la historia ha sido un proceso permanente de descubrimientos, exploraciones y poblamiento, desde los espacios individuales y diferenciados hasta las síntesis nacionales y continentales, actualmente tenemos que reinvertir el proceso e ir individualizando cada espacio (regionalización),

57 HASSINGER, Hugo. *Fundamentos geográficos de la historia*. Ediciones Omega. Barcelona, 1958, p. 13.

aprovechándolo al máximo, e ir estableciendo el equilibrio racional y civilizatorio entre el hombre y el medio, dentro de un equilibrio dinámico, de paz y bienestar.

El hecho histórico

> *Mi primera contestación a la pregunta de qué es la historia será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado.*
>
> E. H. Carr

Los problemas que suscitan el estudio del hecho histórico afectan directamente la idea que nosotros tengamos de la historia, de allí la importancia y necesidad de su estudio. En un sentido primario, pudiera equipararse hecho histórico con acto humano, ahora bien, no todo acto humano es histórico, en cuanto tengamos memoria de él o haya tenido repercusión e influencia. Esta situación nos plantea la naturaleza del hecho, es decir, su caracterización, como acto singular, irrepetible e importante. Decimos singular e irrepetible para expresar su identidad absoluta, es lo que es y no es otra cosa; de lo contrario, la historia se nos convertiría en una confusión de cosas y hechos inasibles por cuanto se diluirían en un impersonalismo absoluto.

Decimos importante para destacar la trascendencia del hecho, algo que tuvo o tiene consecuencias, que merece ser tomado en cuenta. Se pudiera concluir diciendo que un hecho histórico viene siendo la expresión simple de una totalidad, o bien, la reducción mínima posible de la realidad en cuanto operación mental; de lo contrario, esta realidad nos resultaría incomprensible, tal como lo asienta Aristóteles cuando afirma: "La comprensión se logra a través de lo general y esto no es posible sin el conocimiento de lo particular".

Dentro de la historia, "el siglo XIX fue una gran época para los hechos y por consiguiente para los documentos", afirmación de Carr que testimonia la principal preocupación de los historiadores de ese siglo, especialmente los alemanes, para quienes la historia fue reducida a "un cuerpo de hechos verificados" resultante de aquella concepción humilde en su enunciado, pero enormemente ambiciosa en sus pretensiones, el historiador tiene como tarea "narrar las cosas tal como sucedieron".

La primera dificultad, para estos principios, la encontramos en la imposibilidad metodológica de conocer todos los hechos, así como el poder verificarlos en toda su extensión, sin que hubiera duda alguna sobre ellos. Esta dificultad ha sido obviada, en parte, en la medida que "los hechos se han transformado en hechos básicos, verdadera materia prima de la historia común a todos los historiadores". Pero también, con respecto a ello, subsisten las dificultades: ¿qué es realmente un hecho básico? La misma carga valorativa que implica nos enfrenta a un callejón sin salida, a menos que la solución provenga, tal como lo hace Carr, del replanteo del problema desde la perspectiva y a través del historiador, lo cual nos permite hacer una afirmación, rica en consecuencias y posibilidades. Quien fija los hechos es el historiador, el que los recrea en un proceso necesariamente selectivo. Así G. Barraclough pudo decir "la historia que leemos, aunque basada en los hechos no es, en absoluto fáctica, sino más bien una serie de juicios admitidos". No es difícil desarrollar y tratar de demostrar esta tesis. La historia necesariamente descansa en los documentos y los testimonios. Cualquiera que haya operado con estos elementos sabe que no sólo ellos mismos —documentos y testimonios— responden a criterios subjetivos, sino además al criterio del historiador que los utiliza. De allí que B. Croce, en su oportunidad, pudo afirmar que "toda historia siempre es contemporánea", fórmula extremista pero que tuvo el mérito de llamar la atención sobre aspectos esenciales del conocer histórico que permitieron "superar el furioso objetivismo" de la historiografía del siglo XIX, "objetivismo" de innegable valor en la afirmación de la historia como ciencia, pero peligrosa posibilidad de dogmatización y de reducción a la muerte de lo que es por definición vida: la historia. De allí que, siguiendo a E. H. Carr, podamos decir: "Toda la historia es la historia del pensamiento", la historia es la reproducción, en la mente del historiador, del pensamiento cuya historia estudia. A algunos, este subjetivismo absoluto —que conlleva una carga terrible: la relativización— los asusta y nos previenen contra el exceso, recordándonos la sabiduría griega que estableció como equilibrio el término medio. No hay que olvidar que somos la resultante de una época entre cuyos máximos aportes están la psicología profunda y la teoría de la relatividad".

Continuando con la fundamentación de nuestra tesis podemos afirmar con H. I. Marrou: "El conocimiento histórico siempre es indirecto".

Los hechos de la historia nunca nos llegan en estado puro y el historiador, para tener acceso a la comprensión de los mismos, necesita de una imaginación comprensiva, de una verdadera concordancia existencial, consciente o inconscientemente sentida; el mismo tema de estudio o la elección de la investigación conlleva una participación decisiva de la subjetividad del historiador. De allí que Carr puede concluir diciendo que la relación entre el historiador y sus datos (los hechos) es de igualdad, de intercambio, un diálogo permanente entre el presente (el historiador) y el pasado (los hechos).

El problema de la verdad histórica

Uno de los temas más difíciles, pero de más variadas y ricas consecuencias para el quehacer historiográfico, es el problema existente en torno al concepto y definición de la verdad. A este respecto podemos anotar dos corrientes, una, la llamada reduccionista, que soluciona el problema terminológico eliminando la palabra misma de verdad, por su equivocidad e imposibilidad teórica de definición, así tenemos que es suficiente decir: "Bolívar, el Libertador", sin tener que formular "es verdad que Bolívar es el Libertador". Esta corriente se reduce a la realidad factual sin entrar en consideraciones teóricas.

La otra corriente, llamada ampliacionista, elabora un concepto de verdad por sucesión, a partir de un primer concepto, otro posterior y así sucesivamente hasta llegar a nuestros días. El otro presupuesto en que descansa esta posición es el principio platónico idealista de que la única realidad es el de las ideas en contraposición con nuestro mundo de sombras y simples reflejos. Por consiguiente, la verdad ideal apenas se nos hace aprehensible parcialmente. Nuevos prometeos, estamos condenados a un eterno suplicio, a una eterna búsqueda. Está en la condición humana escindida desear la plenitud de la verdad y apenas obtener jirones o simples reflejos de ella.

En esta perspectiva tenemos que situar el problema de la verdad histórica, hoy definida como verdad consensual, verdad por consenso, o verdad perfeccionada. La búsqueda de la verdad es un proceso dialéctico que se basa en una verdad constantemente perfeccionada.

Las enormes implicaciones que esta problemática encierra pueden ser estudiadas desde dos puntos de vista, uno positivo y otro negativo.

Desde el primer punto de vista decimos que es positivo por cuanto en esta actitud de búsqueda permanente se resume, a nuestro juicio, el carácter científico de toda actividad o disciplina. El eterno preguntar y repreguntar del científico se resuelve en captación pequeña del gran proceso de la realidad, de la totalidad. Respuestas simples y parciales, pero que hacen posible respuestas posteriores mejores. El secreto mismo del progreso científico y humano en general, hay que buscarlo allí en esa permanente aventura científica, igual que la humildad del auténtico sabio está en su conciencia de la modestia de sus capacidades y esfuerzos, aunque en una escala común nos pueda proveer a nosotros impresionante su saber.

Esta búsqueda incesante es lo que ha hecho posible ese proceso de hominización de que hablaba Teilhard de Chardin. Nuestro comportamiento va cambiando, de una actitud dogmática a una actitud libre y abierta. Nuestro deleznable conocimiento va haciendo posible ese mundo nuevo que es el futuro, que tanto nos sobrecoge y asombra.

Desde un punto de vista negativo, el peligro se nos presenta al exagerar nuestra inseguridad, anonadándonos ante la pequeñez del saber comparado con la magnitud del conocer, el "sólo sé que no sé nada" socrático, en vez de incentivo se nos convierte en lastre. De allí tanto escepticismo, ironía y pesimismo a nuestro alrededor; conscientes de la imposibilidad del todo, terminamos renunciando a la parte.

El otro problema es el peligro del relativismo absoluto que nos acecha, peligro que llevó a los historicistas a perder el equilibrio y la perspectiva. Si bien es cierto que la realidad histórica es cambiante, no es menos cierto que hay, dentro de nuestras limitaciones, una posibilidad grande de conocimiento histórico, y esta misma, dentro de su heterogeneidad y complejidad creciente, presenta líneas fundamentales que nos identifican y le sirven de referencia al historiador.

Le doy especial importancia a esto último dada la tendencia nihilista de nuestra época, así como el pesimismo escéptico de los intelectuales o el pesimismo vital de la juventud, prematuramente envejecida o de adultos que siempre fueron viejos. Comparto la tesis que establece que en Venezuela y América Latina es necesario volver al sano optimismo, al idealismo realista de nuestra generación independentista, asumir plenamente nuestro

pasado, para construir un futuro siempre mejor, más plenamente humano; esto, que es válido para nuestro proceso histórico, es igualmente válido para nuestra actitud científica en el campo de la historia.

El concepto mismo de verdad consensual nos agrada en la medida que despoja al término de toda su carga especulativa y lo reduce a una realidad humana, quizás hasta demasiado humana, y ello no puede ser de otra manera, por cuanto nuestra actividad se nutre de limitaciones y obstáculos.

Ampliando el concepto, podemos decir que una verdad histórica, producto tan deleznable tal como lo asienta Marrou —"ese sutil punto de la verdad que él habrá sido el único en entrever y asir"— descansa en el principio, no sólo de su perfeccionamiento constante sino en la actitud científica que presupone la veracidad de un hecho hasta que no se demuestre lo contrario, al igual que un juez supone la buena fe y sólo cuando se prueba, acepta la mala fe.

Para la historia y el historiador resulta clave el problema de la verdad histórica, ya que precisamente uno de los argumentos que comúnmente hay que enfrentar es lo poco científico del conocimiento histórico; sin entrar en detalles, podemos afirmar que la historia, como disciplina, ya lleva suficiente trecho recorrido en función de una metodología rigurosamente desarrollada como para aceptar el cuestionamiento, aunque somos los primeros en reconocer las dificultades del conocer histórico y lo sutil del juicio histórico.

La evidencia última radica en el proceso historiográfico cumplido, que no sólo ha permitido configurar a la historia como ciencia, sino en los aportes dados para un mayor y mejor conocimiento de la realidad. En este sentido, el problema de la verdad histórica queda resuelto favorablemente en la medida que el hombre se conoce mejor, conociendo mejor su pasado.

Individuo y sociedad

> *Este problema de las relaciones entre el individuo y la colectividad, entre la iniciativa personal y la necesidad social, es quizás el problema capital de la historia.*
>
> L. Febvre

Para E. Carr, el problema es insoluble desde un punto de vista lógico. Siguiendo sus puntos de vista, este problema puede ser planteado desde

la perspectiva del historiador como ser individual y social, así como en las perspectivas de los hechos: el comportamiento de los individuos o la acción de las fuerzas sociales.

Antes de estudiar la historia, estúdiese al historiador y antes de estudiar al historiador estúdiese su ambiente histórico y social. Su actitud ante el problema de lo individual y lo social en la historia variará de acuerdo con la época en que viva y escriba.

Para desarrollar este problema se ha acostumbrado enfocarlo a través de dos posiciones o tesis. Una tesis individualista y otra sociologista.

La tesis individualista es la que tuvo mayor predicamento y popularidad, ello se explica si aceptamos la observación de Carr de que "la tendencia a proclamar genio individual como fuerza creadora de la historia es característica de las fases primitivas de la conciencia histórica"[58]. Ello es así por una razón elemental, lo más evidente y captable es la acción del gran hombre, su inventiva y capacidad de transformación; los demás y lo demás pasan a un segundo lugar, medran y viven a la sombra del genio. De allí el éxito de esta concepción, "son los grandes hombres quienes hacen la historia". No poco tuvieron que ver con este éxito los intereses creados en torno al personaje importante; el propio afán de éste de enaltecerse y, en muchas ocasiones, la necesidad de una cohesión social y una identidad nacional que proporciona el culto al grande hombre; ejemplos recientes: el culto a Mao y en Venezuela el culto a Bolívar, que tan bien logra diseccionar G. Carrera Damas.

Los máximos representantes de esta tesis son, sin lugar a dudas, el escocés Carlyle y el norteamericano Emerson, ambos contemporáneos, enemigos del siglo XVIII, expresión fiel del siglo XIX; el primero "fue un escritor romántico de vicios y virtudes plebeyas; Emerson, un caballero y un clásico", según el decir de J. L. Borges.

Para el pesimista Carlyle:

> la historia universal, el relato de lo que ha hecho el hombre en el mundo, es en el fondo la historia de los grandes hombres que aquí trabajaron. Ellos fueron los jefes de los hombres; los forjadores, los moldes y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad.

58 CARR, E. H. *¿Qué es la historia?* Seix Barral, p. 59.

Para el "instintivamente feliz" Emerson, no solamente la historia es producto de los grandes hombres, sino en el fondo de una sola persona. Emerson cultiva un monismo total: "Diríase que una sola persona ha redactado cuantos libros hay en el mundo; tal unidad central hay en ellos que es innegable que son obra de un solo caballero omnisciente". Vivimos un eterno ahora.

En Venezuela, y en general en toda Hispanoamérica, esta tesis ha tenido mucho éxito, todavía hoy lo tiene y no es la menos culpable de nuestro providencialismo político, así como del fatalismo de unos pueblos que apenas son objetos, segundones y pasivos de la genialidad de unos caudillos.

En nosotros se aplica bien aquello de las: "fases primitivas de la conciencia histórica"; resulta asombroso que a esta altura de la historia, todavía estemos tan subordinados a esta creencia que tantos males nos ha producido, una concepción individualista y egoísta que nos ha impedido la madurez necesaria para reivindicar la participación de todo un pueblo en el quehacer histórico, así como el asumir nuestra responsabilidad con respecto a nuestra realidad. Nuestra conciencia no dormitaría tan tranquila si aceptáramos el presupuesto de que lo bueno y lo malo que heredamos, proyectamos y nos rodea, no es tanto responsabilidad de un individuo como de todos y cada uno de nosotros.

El líder dirige y hace a la sociedad, fórmula extremosa que pretende circunscribir todo el quehacer histórico en el pensar y en el hacer de ciertos individuos.

Profundizando en esta concepción llegamos a observar cómo el hombre es concebido en un afán de libertad permanente y la historia como necesidad en proceso de satisfacción.

"La libertad no es más que la necesidad hecha conciencia" y expresada a través de propósitos; así tenemos que la conciencia de la necesidad absoluta de un determinado fenómeno sólo puede acrecentar la energía del hombre que simpatiza con él y que se considera a sí mismo como una de las fuerzas que originan dicho fenómeno. De allí que los grandes hombres, definidos esencialmente como aquéllos que tienen de manera consciente los mayores y mejores propósitos, son los hacedores, por excelencia, de la historia.

Esta concepción individualista de la historia ha dado lugar a un género histórico muy cultivado y de mucho éxito: la biografía, género que comenzó y continúa siendo elogioso y laudatorio, que hoy se inclina hacia un mayor psicologismo, gracias a la influencia del psicoanálisis. Son muchas las biografías escritas y muy pocas las que tienen un valor científico y artístico.

Normalmente, las biografías son versiones demasiado condicionadas por las circunstancias, por el biografiado y por el mismo biógrafo. La exageración de la biografía, corno elemento de valor histórico, lo constituyen las autobiografías, valiosas como fuentes y testimonios, pero peligrosas y difíciles para el investigador.

> La biografía es un arte difícil. Tiene su técnica, sus exigencias, sus límites. Su técnica que controla y presenta los rasgos elegidos. Sus exigencias sobre todo, las que tienden a poner de relieve la verdad psicológica. Sus límites, que son los de la historia y los del historiador.

En suma, la biografía muestra y demuestra la libertad de la Historia[59].

La segunda tesis que hemos llamado sociologista, reivindica el papel y la importancia de las llamadas causas generales, que cada historiador definirá y que hoy existe casi acuerdo total en identificar con la sociedad. La historia, de acuerdo con esta concepción, será una ciencia de procesos, de allí que las grandes individualidades apenas serían personajes apropiados a las circunstancias, debido a que una sociedad exige cierto tipo de líder que la dirija y encarne.

El personaje principal es la sociedad, con sus aspiraciones, anhelos y necesidades; el líder o dirigente apenas es quien recibe el mandato: "El gran hombre de una época es el que sabe formular con palabras el anhelo de su época, el que sabe decir a su época lo que ella anhela, y sabe realizarlo. Lo que él hace es corazón y esencia de su época; él da realidad a su época"[60]. Igual cosa sucede con el artista, el poeta, quienes no inventan nuevos valores, sino apenas expresan de una manera específica lo que el sentido y gusto estético de la sociedad exige; y así es en todas las cosas. La historia casi se convierte en sociología, igual que en la concepción anterior, la historia se convirtió en biografía.

59 HALKIN, L. *Ob. cit*. en el capítulo II. p. 75.

60 HEGEL, *Filosofía del Derecho*.

En esta tesis sociologista, el ser individual apenas aporta el azar, lo imponderable de su conducta: lo decisivo es la sociedad. Esta corriente ha sido expresada con mayor insistencia por el marxismo, en su afán de establecer una teoría científica del cambio social y en general de la historia:

> Así pues, particularidades individuales de las personalidades eminentes determinan el aspecto individual de los acontecimientos históricos, y el elemento casual, orientación ésta determinada en última instancia por las llamadas causas generales, es decir, de hecho por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones mutuas entre los hombres en el proceso económico-social de la producción[61].

La tesis sociologista fue una continuación y una reacción frente al heroísmo de Carlyle, y una continuación del determinismo histórico, ya no individual, sino social. La diferencia entre Hegel y Spencer, máximos representantes de esta corriente, con Marx, es que para los primeros, la causación es de orden ideal o metafísico, mientras que para el marxismo (Marx, Engels, Plejanov, Trotsky, ...) es de orden estrictamente histórico.

En Venezuela, igual que en Hispanoamérica, a pesar del triunfo de la tesis individualista, se intentaron e intentan ensayos de interpretación histórica tardíamente positivistas, superficialmente marxistas, con el resultado nada envidiable de haber ayudado a confundir nuestra visión y conciencia histórica. Así tenemos, por un lado, los que esperan a1 "nuevo Bolívar" y, por otro lado, los que perezosamente, en cafetines y bares, en doradas cátedras universitarias, esperan a la inevitable revolución producida, indefectiblemente, por unas causas generales de signo fatalista, cuando no triunfalista.

Para los historiadores profesionales concediéndole la máxima importancia al problema por cuanto nuestra posición frente a él implica casi siempre nuestra concepción de la historia, la cuestión ha sido resuelta soslayando la antinomia individuo y sociedad a través de una tercera posición. Así tenemos que, por ejemplo, para Halkin el problema se resuelve no contraponiendo masa e individuo "sino en medir la influencia de uno y otro". Igualmente Carr asienta:

> ...así pues la historia, en sus dos sentidos —la investigación llevada a cabo por el historiador y los hechos del pasado que él estudia—, es un proceso

61 PLEJANOV, *El individuo y la sociedad.*

> social, en el que participan los individuos en calidad de seres sociales, y la supuesta antítesis entre la sociedad y el individuo no es sino un despropósito interpuesto en nuestro camino para confundirnos el pensamiento. El proceso recíproco de interacción entre el historiador y sus hechos, lo que he llamado el diálogo entre el pasado y el presente, no es diálogo entre individuos abstractos y aislados, sino entre la sociedad de hoy y la sociedad de ayer. La historia como dijo Burckhardt, es el conjunto de lo que una época encuentra digno de atención en otra. El pasado nos resulta inteligible a la luz del presente y sólo podemos comprender plenamente el presente a la luz del pasado. Hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente, tal es la doble función de la historia[62].

Estas posiciones, más acordes con la esencia y realidad de la historia, en el fondo lo que hacen es rechazar todo determinismo, sea individual o social, ya que el problema más que filosófico es metodológico, y lo resuelven en consecuencia.

II. Metodología e investigación histórica

Si la metodología trata de los diferentes métodos y técnicas a disposición del historiador para lograr sus fines, la investigación histórica viene a ser el proceso específico mediante el cual el historiador accede al conocimiento histórico.

Tanto la metodología como la investigación histórica parten del presupuesto que la historia es una ciencia, en cuanto que constituye:

1. Un conjunto ordenado de conocimientos basados en ciertos principios.
2. Posee métodos propios: la crítica histórica.
3. Posee un grado de objetividad suficiente; o bien, en el sentido que le da Halkin cuando asienta la cientificidad de la historia en la medida que recurre a las ciencias auxiliares o a la crítica histórica.

El problema metodológico es clave en nuestra disciplina, ya que en la medida que ésta se resuelva favorablemente, la historia como ciencia, avanza.

Igualmente, la investigación histórica es la forma concreta como el historiador, provisto metodológicamente, va resolviendo los diversos proble-

62 CARR, E. H. *ob. cit.* p. 78.

mas que la investigación le plantea, "con conocimiento de la cuestión, la simpatía por el tema escogido, la sumisión a la crítica histórica y en fin la sensatez y la imaginación"[63], consciente como está el historiador de que no puede absolutizar ningún método, por bueno que éste sea, sino al contrario, manejarlo con la suficiente flexibilidad, hasta el punto que, de hecho, el problema que está estudiando sea el que le imponga los matices y ajustes necesarios en la metodología empleada.

La investigación histórica

La investigación histórica presupone dos realidades básicas: el hecho histórico y el historiador. A través del primero tenemos conciencia de que la historia "es el conocimiento del pasado", un pasado que no nos está dado, sino que hay que redescubrir, recrear, en fin, dotarle de sentido y coherencia dentro del contexto en el cual se sitúa, y para ello es necesario el "esfuerzo, en un sentido creador, por el que el historiador, el sujeto cognoscente, establece esa relación entre el pasado que él evoca y el presente que es su presente"[64]. Todo ello nos lleva al problema de la observación histórica que se fundamenta en la existencia de huellas o vestigios inteligibles que condicionan nuestro conocimiento, el cual, en función de eso, siempre será indirecto y perfeccionable, de allí la expresión:

> ...la historia que se hace con documentos, pone de relieve una de los límites más rígidos y estrechos entre los que se halla encerrado el conocimiento histórico: su posibilidad, su exactitud, su interés, su valor están determinados (con anterioridad a toda encuesta) por el hecho brutal, enteramente externo, de la existencia o ausencia de una documentación conservada que tenga relación con cada una de las cuestiones que el investigador se proponga abordar, y no es todo, esto dado que los documentos existan, hay que conseguir aún dominarlos[65].

Momento a partir del cual se hace presente la *critica histórica,* fundada inicialmente en el escepticismo moderado de algunos, así como en el sentido común que rechazaba lo inverosímil y grotesco, pero sólo a partir del siglo XVIII, cuando la crítica se hizo examinadora, comienza a configurarse

63 HALKIN, L. *ob. cit*. p. 18.

64 MARROU, H. I. ***ob. cit***. en el cap I. p. 43.

65 Íbid. p. 56.

toda una doctrina de las investigaciones en torno a la crítica histórica, la cual pasa a definirse como:

> ...un método científico destinado a distinguir lo verdadero de lo falso en la historia y en su dialéctica, a distinguir el documento verdadero del falso, a distinguir lo que de falso pueda haber en el documento verdadero, a distinguir lo que de verdadero pueda haber en el documento falso (...) la crítica histórica no busca solamente la verdad de los fenómenos sino también su originalidad relativa[66].

La crítica ha sido clasificada de la siguiente manera por Marrou:

a) Crítica externa

1. *Crítica de la autenticidad:* ¿El texto que tenemos en las manos es o no tal cual su autor lo escribió? ¿Tenemos el original mismo o una copia, o una copia de copias? ¿En estos últimos casos, es una copia fiel o defectuosa? A esta fase se añade, a veces (en realidad se trata de otro aspecto completamente distinto, mucho más activo, del trabajo histórico) la crítica de restitución, crítica de limpieza y reajuste, orientada a reconstituir un original desaparecido.
2. *Crítica del origen:* Mediante el análisis de los caracteres intrínsecos —hasta, si fuere preciso, de la filigrana del papel— y recurriendo al cotejo de los testimonios de otros documentos, trátase de responder a las preguntas: ¿Quién redactó este documento? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? (forma del documento) ¿Por qué caminos ha llegado a nosotros?

b) Crítica interna

1. *Crítica hermenéutica o interpretativa:* Lo que el autor ha dicho y lo que quiso decir.
2. *Crítica de la credibilidad:* Prosecución de la mentira y el error, crítica negativa de la sinceridad, la competencia y la exactitud; se procura determinar el valor del testimonio... ¿ha podido engañarme el autor? ¿Ha querido engañarnos o se ha visto obligado a ello? Al examen de su competencia se subordina el problema de las fuentes: ¿se trata de un testigo directo, ocular, o toma su información de testigos anteriores? Si

66 HALKIN, L. *ob. cit*. pp. 20-21.

> estas fuentes se han conservado, el documento no interesa ya; si se han perdido, la búsqueda de las fuentes se hace enseguida decepcionante[67].

Hasta aquí el esquema formal y general, pero con la advertencia que en él no se agotan, ni mucho menos, las múltiples posibilidades de la crítica histórica, ni tampoco debemos inferir que el orden presentado pueda sustituir a la propia lógica impuesta por la investigación en concreto, de allí que insistimos en el principio básico para nosotros de la originalidad y novedad de cada problema y en cómo el historiador debe aplicarse frente a ello, con inteligencia (conocimiento), voluntad (perseverancia), pero también con imaginación (originalidad). De hecho, el historiador está obligado a una permanente elaboración metodológica. Con toda la seguridad que nos pueda proporcionar la crítica histórica, no está de más advertir que los resultados obtenidos por el historiador nunca pasa de ser meras probabilidades. "La certidumbre histórica nunca pasa de ser una verosimilitud que no parece razonable poner en duda o no se tienen razones suficientes para ello"[68].

Reconocerlo no es renunciar a nuestras pretensiones científicas ni un grado de objetividad suficiente en nuestros resultados, si no es la evidencia humilde de los resultados, así como la honestidad de quienes se mueven en la creencia de que toda verdad absoluta es inalcanzable.

Por último, nos enfrentamos al mayor compromiso del historiador en el proceso de la investigación histórica: el *análisis histórico.* Este es el momento o etapa en que el historiador enfrenta las mayores tentaciones y las mayores posibilidades de yerro y error, ya que se trata de juzgar o comprender la realidad histórica estudiada. ¿Cuántos historiadores no fueron capaces de resistir el canto de sirena de convertirse en sumos jueces de la historia, dispensadores de maldiciones y condenas, o favores y prestigios? Ésta es la gran tentación de la cual, a toda costa, hay que huir; para ello debemos asumir el carácter comprensivo (historia comprensiva).

> Comprender no es una actitud pasiva. Para elaborar una ciencia siempre se necesitarán dos cosas: Una materia y un hombre. La realidad humana, como la del mundo físico es enorme y abigarrada (...) como

67 MARROU, H. I. *ob. cit.* pp. 78-79.

68 Íbid. p. 87.

> todo sabio, como todo cerebro que no hace sino percibir, el historiador escoge y entresaca[69].

Para ello, el mejor norte y la mejor guía es desarrollar al máximo el sentido profundo del amor, la solidaridad y el diálogo. El hombre en comunicación permanente con sus semejantes, la naturaleza y Dios. Para ello, no sólo necesita desarrollar su sensibilidad, sino una conciencia plena de humano y humanidad, de compromiso existencial profundo y de sentida vocación de servicio, hasta incorporar en su esencia la máxima unamuniana de sentir dolor por los demás, o a la manera de los sofistas, no sentirse ajeno a nada humano, idea expresada hoy por esa conciencia lúcida y atormentada como lo fue el Che Guevara: "sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera, en cualquier parte del mundo".

Operaciones historiográficas

Consecuentes con nuestro método deductivo en el presente trabajo, pasamos ahora a particularizar la investigación histórica en sus fases fundamentales, así como en sus problemas más comunes, teniendo como referencia primaria la realidad de la investigación histórica en Venezuela.

Enfrentado a una investigación concreta, el historiador inicia una auténtica aventura metodológica en donde lo normal será la inseguridad del terreno que pisa y la insuficiente carga metodológica de la que está provisto.

Escogido el tema libremente, en función de una empatía consciente o inconsciente del autor hacia el mismo (o bien a partir de un tema obligado o impuesto), lo primero que se impone es:

1. El planteamiento del problema y la formulación de hipótesis de trabajo. Para ello, es útil e imprescindible conocer previamente, estudiar y analizar la bibliografía existente sobre el tema objeto de la investigación, método histórico-historiográfico que nos lleva a "intentar a partir de los textos publicados y sin investigación original nueva: una crítica y una síntesis", lo cual "da una visión completa renovadora"[70], a la par que nos evita caer en duplicidades o simplemente hacer y repetir lo que otros han hecho; realizado esto se nos plantea entonces una de las tareas más laboriosas.

69 BLOCH, M. *Introducción a la historia*. F.C.E. (Breviario), pp. 112-113

70 CARRERA DAMAS, O. *Metodología y estudio de la historia*. INCIBA, Caracas, 1969. p. 116.

La localización y recolección de la información histórica, arqueo y estudio de las fuentes, agregado de datos y filiación. En otras palabras, nos enfrentamos a la investigación documental y de archivos.

2. A pesar de haberse publicado muchas y variadas colecciones documentales, entre nosotros los archivos siguen prácticamente vírgenes y, lo que es peor, su organización y funcionalidad no es la más deseable, a pesar de existir excepciones.

Igualmente comprometedor resulta la búsqueda de fuentes inéditas, a sabiendas de que en el país no ha sido estimado suficientemente el acopio y guarda de testimonios y documentos ni su utilización como bien nacional.

De hecho, en esta etapa el investigador se ve sometido a las exigencias de un trabajo preliminar de organización y búsqueda que, en una sociedad consciente de la necesidad de memorias organizadas, no le correspondería.

En Venezuela se hace patética y urgente la necesidad de una conciencia conservacionista, así como de una organización nacional adecuada en lo referente a archivos, bibliotecas y museos. Inmediatamente que se tenga el acopio mínimo elemental, simultánea o posteriormente entra en juego.

3. La crítica de las fuentes sin detenernos en sus aspectos (ya lo hicimos en párrafos anteriores). Es bueno destacar, una vez más, la importancia de una actitud y habilidad crítica permanentemente presente en el historiador, así como una acuciosidad (entre nosotros extremada por las deformaciones y omisiones en que se ha incurrido) con respecto a los testimonios.

Ya en este nivel de la investigación, el historiador está en capacidad de incorporar los conocimientos adquiridos, así como los descubrimientos, en una comprensión global del tema estudiado (conocimiento histórico), a partir de lo cual lo somete a la explicación y comunicación pertinente a través de la obra historiográfica.

Nuevas orientaciones metodológicas existentes. No cabe duda de que el siglo XX es el siglo de las ciencias sociales; el desarrollo e importancia creciente que han tenido las han convertido, prácticamente, en las disciplinas-símbolo de nuestra época.

La historia no sólo ha participado de este desarrollo, sino que se ha beneficiado grandemente, bien que las consideremos en su papel de "madre de

todas las ciencias del hombre", o bien, como la "auxiliar de todas las ciencias sociales". En este sentido, son notables los aportes derivados de la lingüística, geografía, economía, sociología, psicología, demografía, estadística, antropología, etnología y política, así como los provenientes del desarrollo de las ciencias de la comunicación social.

Actualmente la historia se ha enriquecido tanto metodológicamente, que sin la especialización necesaria al historiador casi se le negaría el ejercicio de su profesión, pues sin recurrir a las investigaciones colectivas e inter o multidisciplinarias muchos avances logrados no hubieran sido posibles.

Igualmente es necesario consignar la deuda inmensa que este auge de las ciencias sociales le debe al marxismo, al psicoanálisis y, más recientemente, al estructuralismo.

De hecho, las principales y más fecundas inspiraciones han derivado de estas corrientes.

De acuerdo con lo que llevamos dicho, particularizaremos globalmente estos aportes metodológicos de las ciencias sociales, especialmente en el ámbito de la historia contemporánea, desasistida como está de la carga documental necesaria, ya que el término general del secreto testimonial abarca un lapso de cincuenta años, así como en el ámbito del estudio de otras épocas, enriquecidas y redescubiertas gracias a todos estos nuevos métodos y técnicas.

Como toda ciencia, la historia se funda inicialmente en la percepción y en la observación, de allí que en primer lugar debemos llamar la atención sobre las diversas técnicas de observación derivadas de las ciencias sociales, que complementan y amplían las técnicas de observación tradicionales del método histórico: en este orden tenemos que anotar la prensa (diarios, revistas, etc.), las estadísticas, grabaciones, fotografías y el cinematógrafo, dentro de lo que Duverger llama la observación documental, así como agrega la observación directa a través de muestras, cuestionarios, encuestas, entrevistas, test y la observación-participación.

Estas novedosas técnicas de observación se acompañan con un análisis sistemático, cuyos fundamentos vienen a ser la experimentación y el método comparativo a partir de un marco conceptual formado en la objeti-

vidad más rigurosa; logrado esto en las ciencias sociales a través de ciertas premisas de valor "que deben satisfacer un cierto número de condiciones"... "deben ser asentadas explícitamente, no encubiertas como supuesto implícito; deben ser tan específicas y concretas como requiere la valoración de la realidad en términos de conocimientos factuales. Deben ser seleccionadas de antemano con un propósito consciente como si no fueran a priori, evidentes por sí mismas o generalmente válidas en términos de estar fundadas en los hechos o en la *naturaleza de las cosas*". Son, por lo tanto, un elemento v*olitivo* en la investigación, necesario allí como en toda actividad que tiene un propósito consciente. Tienen por tanto, sólo un carácter hipotético en tanto es posible la inclinación de la voluntad hacia el desentimiento, "si la racionalidad es una de las premisas del valor, tal y como es normalmente el caso en nuestro tipo de civilización, el conjunto de premisas no debe incluir premisas de valor mutuamente incompatibles sino debe formar un sistema consistente".

"Deben aplicarse no sólo a los *fines* sino también a los *medios.* Las premisas de valor no deben elegirse arbitrariamente, deben fundarse en las valoraciones reales de la gente (realismo) seleccionadas por su significación, relevancia, factibilidad"[71]. Conscientes, como estamos, de que nos movemos en un mundo de subjetivismo (valoraciones, creencias y opiniones, prejuicios y distorsionamientos), tenemos que desarrollar una capacidad "para dirigirme en última instancia al conocimiento verdadero" y para ello tenemos que asumir, no solamente el control y la dirección del método, sino la subordinación a los resultados que el mismo va provocando, indistintamente de nuestras hipótesis, valoraciones, opiniones y creencias.

"La única forma en que podemos bregar por la objetividad en el análisis teórico es exponer los valores abiertamente, hacerlos conscientes, específicos y explícitos"[72]. Se hace necesario tener plena conciencia en cuanto a los prejuicios personales o sociales existentes en torno al tema estudiado, igualmente saber los intereses que se mueven en torno a él, así como qué tipo de intereses están detrás de la propia investigación. De la misma manera, tenemos que estar conscientes de que "las premisas de valor que real

71 MYRDAL, Gunnar. *Objetividad en la investigación social*. F.C.E. (Breviario Nº 212) pp. 67/77.

72 Íbid. p. 59.

y necesariamente determinan la investigación en la ciencia social están generalmente ocultas"[73], así como tenemos que someternos a una utilización terminológica, previamente conceptualizada y connotada, (dotada de sentido) de acuerdo con la idea que queremos expresar.

Todo esto lleva al investigador a un proceso de introspección y autoconocimiento que reactualiza el viejo precepto socrático de "conócete a ti mismo" como paso previo y primero de toda sabiduría. Sabiendo qué somos y qué queremos, qué interés perseguimos y a qué intereses servimos, habremos dado el primer paso en el camino de la objetividad; a partir de allí, ésta nos estará garantizada por el método y técnicas empleados. De allí la importancia, no sólo la necesidad práctica, de que la teoría de la historia contemple, como punto básico, el estudio metodológico y de que al conocimiento histórico siempre se le mantenga en los límites de la metodología.

III. Filosofía de la Historia

La filosofía de la historia, a pesar de su aparente novedad, es un oficio de vieja data que se remonta por lo menos hasta san Agustín, pasando por Vico, aunque la denominación provenga de Voltaire (1765). Alcanzó gran auge y desarrollo en los siglos más recientes (XIX y XX), especialmente a partir de Herder (1774) y Hegel (1837). Si ésta es la historia oficial de la filosofía de la historia, ella existe, de hecho, desde el momento en que el hombre intentaba explicarse la realidad histórica globalmente, buscándole un sentido y elaborando interpretaciones al respecto.

La filosofía de la historia, según el decir de Bauer, es una necesidad para el historiador, quien en la medida que penetre en el núcleo problemático de la historia "sentirá más la necesidad interior de darse cuenta de su propia actividad y de la esencia del suceder histórico"[74].

En la filosofía de la historia, distinguimos claramente dos vertientes o posibilidades, una, entendida como "filosofía de la historia especulativa", constituida por las grandes visiones o interpretaciones de la historia universal, como por ejemplo en san Agustín, Vico, Herder, Hegel, Marx, Toymbee, Teilhard de Chardin, o bien, entendida como filosofía de la historia,

73 MYRDAL, G. *ob. cit*. p. 59.

74 BAUER, W. *ob. cit*. en el capítulo 1. p. 68.

muy en boga en nuestros días, y que se plantea esencialmente problemas de carácter teórico y metodológico, tales como: la naturaleza del conocimiento histórico; verdad histórica y hecho histórico; la objetividad histórica; la explicación histórica; la lógica de la historia, etc., o como dice Marrou:

> ...no se trata de hacer aquí filosofía de la historia en el sentido hegeliano, de especular acerca del desarrollo de la humanidad considerada en conjunto para deducir de él sus leyes, o como se prefiere decir hoy, la significación; sino más bien, de una filosofía crítica de la historia, de una reflexión sobre la historia, examinando los problemas lógicos y gnoseológicos que en su avance investigatorio va suscitando la mente del historiador[75]. A partir de un análisis de las servidumbres lógicas que pesan sobre la elaboración del conocimiento histórico, puede decirse que se ha llegado a constituir una filosofía crítica de la historia o, por lo menos, cierto conjunto de principios fundamentales admisibles en adelante como cosa ya adquirida[76].

El mérito de ello, se debe esencialmente, a filósofos e historiadores tales corno, Dilthey, Croce, Collingwood, Weber, Aron y tantos otros que, directa o indirectamente, se plantearon la necesidad de una elaboración sistemática al respecto a partir de la inspiración de Kant, Hegel y Hume, y estimulados por la crítica de Nietzsche y Paul Valéry.

Actualmente la filosofía de la historia se nos presenta como una parcela importante y necesaria para el estudiante de historia, tanto para cultivar el rigor reflexivo de una lógica del conocimiento histórico, que evite la asfixia metodológica y la sequedad teórica, como desde el punto de vista de la simple especulación que propicie, en nosotros, el valor del riesgo y el desarrollo necesario —hoy más que nunca— de visiones globales y de auténtica síntesis histórica.

75 MARROU, H. 1. ***ob. cit.*** p. 13.

76 Ibid. p, 21.

Epílogo: Hacia una nueva Historia

En el caso de que una nueva inspiración deba penetrar en nuestro trabajo histórico, lo más probable es que nos venga de Francia: parece como si Francia estuviera llamada a desempeñar en este siglo el papel que Alemania desempeñó en el precedente.

Vivir la historia como una explicación del hombre y de lo social a partir de esa coordenada inapreciable, sutil y compleja —el tiempo— (L. Febvre) que sólo los historiadores sabemos manejar y sin la cual ni las sociedades ni los individuos del pasado o del presente pueden recuperar el ritmo y el calor de la vida.

F. Braudel

Necesidad de una nueva historia, una nueva actitud hacia la historia, y de una reconsideración de todos nuestros postulados sobre la historia... El siglo XX todavía se halla a la busca de una historia que le sea adecuada y esté exenta de los prejuicios de una época ya pretérita.

G. Barraclough

El viejo precepto historicista, "la historia es hija de su tiempo", nos lleva directamente al problema de la necesidad y posibilidad de una nueva historia, en donde la superación dialéctica de un oficio positivo pero superado (erudición, historias-cuadro, monografías, especialismos) por un quehacer multidisciplinario (colaboración entre especialistas, así como entre las diferentes ciencias sociales), sea respuesta a la problemática creciente de una época crítica, difícil y compleja, cuya mayor necesidad es un sentido de identidad global del cual carecemos (escindida en antagonismos, servidumbres e irracionalidad), vislumbrado por los pioneros espaciales al visualizar el globo terráqueo como morada única de todos los hombres, perdida y minúscula en la inmensidad del universo; una de nuestras tareas más urgentes es convertir en realidad consciente de toda la humanidad lo que hasta ahora ha sido patrimonio de individualidades.

Necesitamos superar el hecho aislado e individual (tiempo corto) en aras del conocimiento y comprensión de coyunturas (de tiempos medios y largos, además de estructuras) capaces de hacernos comprender y asumir la realidad profunda y verdadera de las sociedades y las civilizaciones.

Para ello tenemos que superar condicionantes metodológicos y filosóficos, útiles en su momento, pero hoy convertidos en rémoras del quehacer histórico.

En el caso concreto nuestro —Venezuela y América Latina—, a pesar de tener lagunas inmensas en la historia de corta duración, lagunas que es imprescindible subsanar en el menor plazo posible, simultáneamente se nos exige encaminarnos a una historia de media y larga duración, a riesgo de continuar rezagados y dependientes, no sólo con respecto a la evolución de nuestra disciplina, sino con respecto a nuestra realidad y presencia en el mundo que se inaugura.

Tenemos que situarnos en la perspectiva de una historia, en una época de cambios, en lo normal es la transición histórica, y en el caso específico nuestro, además la transición social con todo lo que ella implica de rechazo a nuestra cultura de la abstracción, de ensambladores de cultura, de vivir a la moda; todo ello tiene que ser sustituido por una cultura de la realidad y, por ende, por una nueva historia. Como dice el historiador inglés G. Barraclough: "Una de las necesidades más apremiantes de nuestro tiempo es una nueva visión del curso de la historia", así como "la cuestión decisiva verse sobre lo que el historiador tiene que ofrecer a su generación... su responsabilidad primaria es la relación de su tema con los grandes problemas de la vida contemporánea..., no puede dejar de presentar una visión del presente... mirar al pasado como un todo..., hemos de buscar a la historia un fin fuera de ella misma... Utilizar el criterio de importancia —el pasado en relación con nosotros— crear una conexión permanente entre pasado y presente, historia y vida... el problema que el hombre tiene que encarar es el de la convivencia humana; el problema de que los hombres han de vivir juntos en sociedades".

Nuestro quehacer debe ser profundamente humanista y comprometido, ya que nuestra tarea fundamental es ayudar a crear un nuevo mundo, una nueva realidad, a partir de una nueva definición del hombre, la sociedad y la cultura, de allí nuestro postulado de convertir a la historia en antropología

filosófica, expresión necesaria y superación dialéctica de una época de crisis y de transición, donde el fenómeno aparente más evidente es la discontinuidad; igualmente se hace necesario, para cumplir estos cometidos, que nuestra disciplina se defina metodológicamente como historia comprensiva de la *situación histórica*, como el término de temporalidad definido por el horizonte, es decir, sus límites de posibilidad, el contenido, los hechos históricos en sí, y los fundamentos, aquellas ideas que establezcan el eje de la situación, ideas que le dan un sentido profundo, trascendente a cada situación. Complemento y ampliación de lo anterior, dentro de nuestro concepto de historia comprensiva, están los aportes de la escuela histórica francesa contemporánea, tanto en su equiparamiento vitalista (historia-vida) como en sus intentos de comprensión profunda del fenómeno histórico (la síntesis histórica de H. Berr; la larga duración de F. Braudel y, en un sentido más amplio, la llamada historia coyuntural y estructural). Por último, la historia comprensiva se nos define como la coherencia, relaciones en superficie y profundidad entre el hombre y el tiempo, el hombre y el espacio.

Todo esto es metodológicamente posible, de una manera objetiva y sistemáticamente alcanzable, si el historiador es auxiliado, no en poca medida, por un sentido existencial-intuitivo de la realidad.

Nuestro mejor deseo es que la historia, como disciplina, se nos convierta en un *puro problema*, resuelto de mil maneras diferentes y replanteado permanentemente; que a través de ella la realidad se nos descifre de alguna manera y que el desasosiego existencial que nos provoca el cultivo de una disciplina que aspira al conocimiento total, se nos transforme en fuente de realizaciones y avances, en todo orden y sentido.

Bibliografía

ALTHUSSER, Loui, *Montesquieu, la política y la historia.* Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1968.

ARON, R. *Introducción a la filosofía de la historia.* Editorial Losada S.A. Buenos Aires, 1946.

BAGBY, Philip. *La cultura y la historia.* Taurus Ediciones S.A. Madrid, 1959. p. 267.

BALIÑAS, Carlos A. *El acontecer histórico.* Ediciones Rialp. Madrid-México. 1965.

BALLESTEROS, M. *Seminario: Historia del americanismo.* Curso de Doctorado 1968-69. Universidad Central de Madrid (UCM).

BARRACLOUGH, G. *La historia desde el mundo actual.* Manuales de la Revista de Occidente, Madrid, 1959.

BARRACLOUGH, G. *Introducción a la historia contemporánea.* Editorial Gredos S.A. Madrid, 1964.

BAUER, W. *Introducción a la historia.* BOSCA Casa Editorial Barcelona. 1952. p. 20.

BERR, Henri. *La síntesis en historia.* Uteha (166).

BLOCH, M. *Introducción a la historia.* FCE. México, 1967. p. 157.

BRAUDEL, Fernand. *La historia y las ciencias sociales.* Alianza Editorial. Madrid, 1968. p. 221.

BRAVO, F. *Teihard de Chardin, su concepción de la historia.* Editorial Nova Terra. Barcelona, 1970.

BRITO FIGUEROA, F. *La historia en la URSS.* Ediciones Revista Venezolana de Sociología y Antropología. p. 25.

BROM, Juan. *Para comprender la historia.* Editorial Nuestro Tiempo S.A. México, 1972.

BURCKHARDT, Jacob. *Reflexiones sobre la historia universal.* FCE. México, 1961. p. 331.

BURY, John. *La idea del progreso.* Alianza Editorial Nº 323. p. 25.

BUTTERFIELD, Herbert. *El cristianismo y la historia.* Ediciones Callos Lohié. Buenos Aires, 1965. p. 154.

CARR, E. H. *¿Qué es la historia?* Edit. Seix Barral, S.A. Barcelona, 1967. p. 212.

CARRERA DAMAS, Germán. *Metodología y estudio de la historia.* Inciba Caracas, 1969. p. 333.

CASTELLAN, Ángel A. *Filosofía de la historia e historiografía.* Edit. Dédalo, Buenos Aires, 1961. p. 149.

COLLINGWOOD, R. G. *Idea de la historia.* FCE. México, 1965. p. 323. *Ensayos sobre la filosofía de la historia.* Barral. Edit. 1970.

COMMAGER, Steele. *La historia.* Manuales Uteha Nº 348.

CROCE, Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad.* FCE. México. 1960. p. 291.

CROCE, Benedetto. *Teoría e historia de la historiografía.* Edit. Escuela. Buenos Aires, 1965.

CÍIILDE, Cordón V. *Teoría de la historia.*

CÍIILDE, Cordón V. *Progreso y arqueología.*

CÍIILDE, Cordón V.*¿Qué sucedió en la historia?*

CÍIILDE, Cordón V. *La evolución de la sociedad.* Editorial La Pléyade.

DAWSON, Christocher. *Dinámica de la historia.* Emecé Editores. Buenos Aires, 1962.

DELFGAAUW, B. *La historia como progreso.* (3 tomos). Ediciones Carlos Lohie. Buenos Aires. México, 1968.

DIETRICH, Richard. *Teoría e investigación histórica en la actualidad.* Edit. Gredos S.A. Madrid, 1966. p. 204.

OILTHEY, W. *Ciencias del espíritu.* Revista de Occidente.

DRAY, W. *Filosofía de la historia.* Uteha, México, 1965. p. 200.

DUSOVNE, León. *La filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII.* Edic. Nueva Visión, Buenos Aires, 1959.

DUSOVNE, León. *Teoría de los valores y filosofía de la historia*. Paidós. Buenos Aires, 1959

DIJRANT, Will y Ariel. *Las lecciones de la historia.* Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1969. p. 363.

ELIADE, Mircea. *El mito del eterno retorno.* Alianza - Eurecé. 1972.

ENCYCLOPEDIE DE LA PLEIJADE. *L'histoire et ses méthodes.* Editions Gallimard. 1961.

ENGELS, Marx. *Obras escogidas.*

FEBVRE, Lucien. *Combates por la historia.* Ediciones Ariel (núm. 35). Barcelona.

FERRATER MORA, José. *Cuatro visiones de la historia universal.* Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1971.

FLÓREZ, Cirilo. *Dialéctica, historia y progreso.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 196.

FLOTTES, Pierre. *El inconsciente en la historia.* Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971.

FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas.* Siglo XXI. Editores S.A. 1968.

FREUD, Sigmund. *Autobiografía.* Alianza Editorial (Nº 172) 1969.

FUETER, E. *Historia de la historiografía moderna.* (2 tomos). Edit. Nova. Buenos Aires, 1953. p. 125.

GLEGERMAN, G. y KURSANOV, G. *Problemas fundamentales del materialismo histórico.* Editorial Progreso. Moscú, 1969. p. 370.

GOLDMANN, Lucien. *La ilustración y la sociedad actual.* Monte Ávila. Caracas, 1968.

GOLDMANN, Lucien. *Las ciencias humanas y la filosofía.* Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1967. p. 136.

GOLDMANN, L. *Marxismo, dialéctica y estructuralismo.* Ediciones Calden. Buenos Aires, 1968.

GOLDMANN, Lucien. *Investigaciones dialécticas.* UCV. Caracas, 1962.

HALKIN, León. *Iniciación a la crítica histórica.* Eds. Universidad Central de Venezuela, Caracas.

HARNECKER, Marta. *Los conceptos elementales del materialismo histórico.* Siglo XXI Editores S.A. México, 1969. p. 251.

HASSINGER, Hugo. *Fundamentos geográficos de la historia.* Ediciones Omega. Barcelona, 1958. p. 13.

HEGEL. *Filosofía de la historia.* Ediciones Zeus. Barcelona, 1970. p. 474. *Filosofía del Derecho.*

HOOCK, Sidney. *El héroe en la historia.* Ediciones Galatea. Nueva Visión. Buenos Aires, 1958. p. 189.

HUIZINGA, J. *El concepto de la historia y otros ensayos*. FCE. México. pp. 87-98.

JASPERS, Karl. *Origen y meta de la historia.* Revista de Occidente, Madrid, 1968. p. 363.

KAHLER, Erich. *¿Qué es la historia?* FCE. México, 1966. p. 216.

KON, I. S. *El idealismo filosófico y la crisis en el pensamiento histórico.* Editorial Platina. Buenos Aires, 1962.

KURSANOV, G. *Problemas fundamentales del materialismo dialéctico.* Ediciones Palomar. México, O. F. p. 371.

LABROUSSE, Ernest. *Fluctuaciones económicas e historia social.* Tecnos.

Madrid, 1962.

LABROUSSE, Ernest. *Las estructuras y los hombres.* Ariel. Barcelona, 1968. (Nº 17).

LACROIX, Jean. *Historia y misterio.* Editorial Fontanella, S.A. Barcelona, 1963.

LEBRET, L. J. *La ascensión humana.* Editorial Estela S.A. Barcelona, 1962.

LEÓN, E. Halkin. *Iniciación a la crítica histórica.* UCV. 1968. p. 176.

LEVI-STRAUSS, Claude. *Antropología estructural.* Eudeba. 1968.

LEVI-STRAUSS, Claude. *El pensamiento salvaje.* FCE. (Breviario 173). 1970.

LILLEY, Samuel. *Hombres, máquinas e historia.* Editorial Ciencia Nueva. Madrid, 1945.

LOMBARDI, Ricardo. *La historia y su protagonista.* Editorial Atlántida, S.A. Barcelona, 1952.

LOWITH, Karl. *El sentido de la historia.* Aguilar. Madrid. 1968.

LUKÁCS, G. *Historia y consciencia de clase.* Grijalbo, México, 1969, p. 354. (Tomo III Obras completas).

MARAVALL, José A. *Teoría del saber histórico.* Revista de Occidente. Madrid, 1967. p. 310.

MARÍAS, Julián. *El método histórico de las generaciones.* Revista de Occidente. Madrid, 1967. p. 214.

MARITAIN, Jacques. *Filosofía de la historia.* Editorial Troquel, S.A. Buenos Aires, 1960.

MARROU, H. L. *El conocimiento histórico.* Edit. Labor. Barcelona, 1968. p. 221.

MASSUH, Víctor. *Sentido y fin de la historia.* Eudeba. 1963. p. 169.

MARX, K. Obras escogidas.

MONTANELLI, Indro. *Historia de los griegos.* Editorial Plaza y Janes, S.A.

1963. pp. 196-200.

MORAZE, Charles. *La lógica de la historia.* Siglo XXI, Editores S.A. 1966. p. 156.

MOUNIER, E. *El miedo al siglo XX.* Taurus Ediciones. Madrid.

MYRDAL, Gunnar. *Objetividad en la investigación social.* FCE. (Breviario Nº 212). pp. 67-77.

ORTEGA Y GASSET, J. *Historia como sistema.* Revista de Occidente, Madrid, 1970.

ORTEGA Y GASSET, J. *Obras completas.* Revista de Occidente.

PLEJANOV, Jorge. *El papel del individuo en la historia.* Editorial Grijalbo, S.A. México, 1969. p. 158.

PLEJANOV, Jorge. *El individuo y la sociedad.*

POPPER, Karl. *Miserias del historicismo.* Taurus. Madrid.

RAMA, Carlos M. *Teoría de la historia.* Edit. Tecnos. Madrid, 1968. p. 199.

RAMA, Germán. *La enseñanza de la historia,* Eds. Arca. Montevideo.

RATZINGER, Joseph. *Teología e historia.* Ediciones Sígueme. Salamanca, 1972.

REGLA, J. *Introducción a la historia.* Editorial Teide. Barcelona, 1970.

REINHARD, Marcel. *La enseñanza de la historia.* Paideia. Buenos Aires, 1968. p. 194.

RIU, Federico. *Historia y totalidad.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1968. p. 82.

SÁNCHEZ, Alonso. *Historia de la historiografía española.*

SCIIELER, Max. *La idea del hombre y la historia.* Ediciones Siglo XX. Buenos Aires, l967. p.81.

SCHTEDER, Theodor. *La historia como ciencia.* Edit. Sur. Buenos Aires, 1970. p. 161.

SELIGMAN, Edwin. *La interpretación económica de la historia.* Editorial

Nova. Buenos Aires, 1957. p. 135.

STEELE COMMAGER, Henry. *La historia.* Eds. Uteha, México.

STUART HUGHES, 14. *La historia como arte y como ciencia.* Aguilar. Madrid, 1967.

TILLICH, Paul. *La era protestante.* Editorial Paidós. Buenos Aires, 1965.

TOYMBEE, Arnoldo. *Estudio de la historia.* Alianza Editorial Nos. 247, 248 y 249 (Tres tomos).

TOYMBEE, Arnoldo. *El mundo y el occidente.* Aguilar. Madrid, 1967.

TOYMBEE, Arnoldo. *Ciudades en marcha.* Emecé Editores S.A. Buenos Aires, 1971.

TOYMBEE, Arnoldo. *Cambio y hábito.* Emecé Editores, S.A. Buenos Aires, 1968.

TOYMBEE, Arnoldo. *El cristianismo entre las religiones del mundo.* Emecé Editores S.A. Buenos Aires, 1960.

TOYMBEE, Arnoldo. *El pensamiento histórico griego.* Colección Índice, Sur, Buenos Aires, 1967.

VARIOS. (Henri Lefebvre). *Estructuralismo e historia.* (Nº 6). Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1969. p. 156.

VARIOS. (Henri Lefebvre). *Psicoanálisis e historia.* Ediciones Papiro. Buenos Aires, 1971.

VARIOS. (Henri Lefebvre). *Revolución marxista y progreso cristiano.* Editorial Nova Terra. Barcelona, 1968.

VEYNE, Paul. *Cómo se escribe la historia.* Editorial Fragua. Madrid, 1972.

VILAR, Pierre. *Crecimiento* y *desarrollo.* Ariel, Barcelona, 1964.

VOGT, Joseph. *El concepto de la historia de Ranke a Toymbee.* Guadarrama, Punto Omega 116.

WAGNER, Fritz. *La ciencia* y *la historia.* UNAM. 1958. pp. 19-20.

WALSH, W. H. *Introducción a la filosofía de la historia.* Siglo XXI, Edi-

tores, S.A. México, 1968. p. 256.

WEBER, Alfred. *Sociología de la historia y de la cultura.* Ediciones Galatea. Nueva Visión. Buenos Aires, 1960. p. 180.

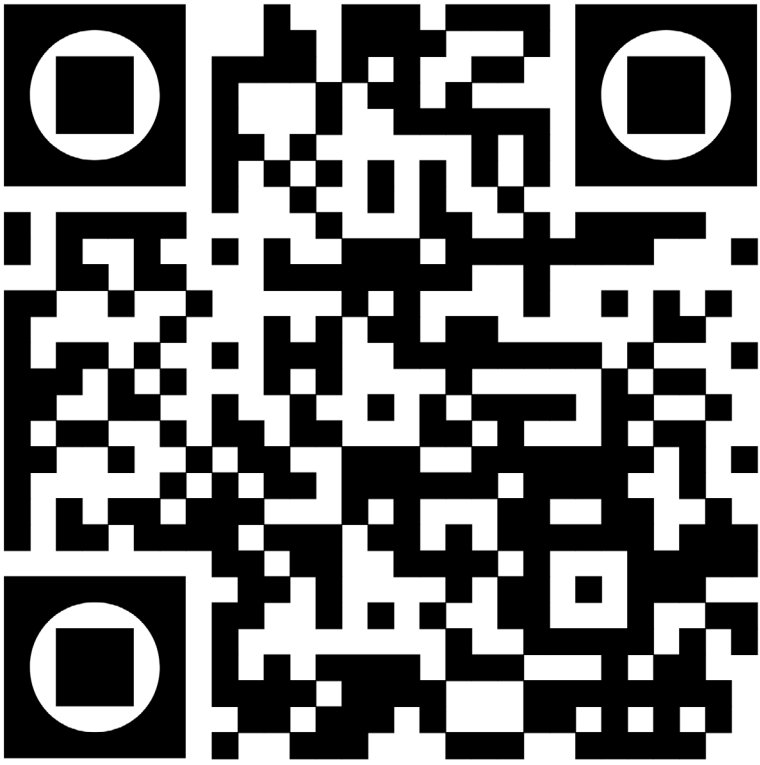
WEISMANN, A. *El historicismo contemporáneo.* Editorial Nova. Buenos Aires, 1960. p. 197.

WISSER, Richard. *Responsabilidad y cambio histórico.* Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1967.

Publicación digital de Fundación Ediciones Clío, Academia de Historia del estado Zulia y Centro de Estudios Históricos de la Unviersidad del Zulia

Maracaibo, Venezuela,

Noviembre 2023



Mediante este código podrás acceder a nuesto sitio web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

Fundación Ediciones Clío

La Fundación Ediciones Clío constituye una institución académica que procura la promoción de la ciencia, la cultura y la formación Integral de las comunidades con la intención de difundir contenido científico, humanístico, pedagógico y cultural en aras de formar de manera individual y colectiva a personas e instituciones interesadas. Ayudar en la generación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales como herramientas útiles en la resolución de los problemas de la sociedad es nuestra principal visión. Para el logro de tal fin; ofrecemos un repositorio bibliográfico con contenidos científicos, humanísticos, educativos y culturales que pueden ser descargados gratuitamente por los usuarios que tengan a bien consultar nuestra página web y redes sociales donde encontrarás libros, revistas científicas y otros contenidos de interés educativo para los usuarios.

El Dr. Ángel Lombardi, reconocido historiador y analista político, ha dejado una huella significativa en la academia. Como Rector de la Universidad Católica "Cecilio Acosta" y la Universidad del Zulia, ha demostrado su amplio conocimiento en diversas disciplinas, plasmado en numerosas obras que abordan la historia, política, economía y cultura. Con estudios en la Universidad del Zulia, la Complutense de Madrid y la Sorbona de París, ha recibido el título de Doctor Honoris Causa en varias universidades. Su enfoque multidisciplinario y su visión integral de la sociedad han dejado una impresión duradera en la educación y la historia

Ediciones Clío

FONDO EDITORIAL
ACADEMIA DE HISTORIA DEL ESTADO ZULIA

Círculo de Estudios Históricos